

CONTENIDO

Edición original en inglés:
LESSONS IN FEAR: A Carter Colborn Mystery,
de Diana Shaw.
Una publicación de Little, Brown and Company, U. S. A.
Copyright © 1987 por Diana Shaw.

Copyright © 1992 para todos los países de habla hispana,
por Editorial Norma S.A.
A.A. 53550, Bogotá D.C., Colombia.

Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra, por cualquier medio, sin
permiso escrito de la Editorial.

Primera reimpresión, 1993
Segunda reimpresión, 1994
Tercera reimpresión, 1994
Cuarta reimpresión, 1995
Quinta reimpresión, 1995
Sexta reimpresión, 1996
Septima reimpresión, 1996
Octava reimpresión, 1997
Novena reimpresión, 1997
Décima reimpresión, 1997
Undécima reimpresión, 1998
Duodécima reimpresión, 1998
Decimotercera reimpresión, 1999
Decimocuarta reimpresión, 2000
Decimoquinta reimpresión, 2002
Impreso por Editora Géminis Ltda.
Agosto de 2002

Impreso en Colombia - Printed in Colombia.

Dirección editorial, María del Mar Ravassa
Edición, Catalina Pizano
Dirección de arte, Mónica Bothe

ISBN: 958-04-1504-8

Capítulo I	7
Capítulo II	21
Capítulo III	33
Capítulo IV	45
Capítulo V	71
Capítulo VI	83
Capítulo VII	99
Capítulo VIII	113
Capítulo IX	129
Capítulo X	151
Capítulo XI	169
Capítulo XII	191
Capítulo XIII	227
Capítulo XIV	241



Sentí tres golpecitos en el respaldo de mi asiento, y extendí la mano por detrás de la espalda para recibir la nota que Linsey quería entregarme.

—¡Señorita Colborn! —la voz de Balboa me golpeó como una bofetada—. ¿Quiere que yo lea la nota, o prefiere compartir lo que dice ésta con el resto de la clase?

Miré el papel y vi que de ninguna manera podía leerse. Su contenido escasamente se prestaba a una descripción. La única manera de compartirlo hubiera sido hacer circular el papel entre todos, idea no muy buena, pues lo que allí aparecía era la figura de Balboa, dibujada con rasgos que en nada la favorecían.

A tal punto había exagerado Linsey los ojos saltones, que éstos se desprendían de las cuencas, mientras que las piernas arqueadas semejabán un cero perfecto. En realidad no había necesidad de exagerar la expresión: Balboa nos miraba siempre como si fuéramos un irritante programa de televisión y se encontrara a punto de apagar el aparato.

Había dibujado sus cabellos aproximadamente como eran — una auténtica maraña —, y había agregado un roedor cuya cola entraba por una oreja y salía enroscada por la otra. En el dibujo, Balboa se disponía a morder un emparedado, consistente, sin lugar a dudas, en un sapo muerto colocado entre dos rebanadas de pan. No era preciso adivinar en qué se había inspirado Linsey: el día anterior, alguien había puesto en la fiamblera de Balboa uno de los sapos sobrantes de la disección. Probablemente había sido Judy Mancini o Corey Phipps, como partidarias que son de los derechos de los animales, entre los cuales está el derecho a no ser clavados en una mesa para que los de noveno grado los descuarticen.

—¿Y bien? —Balboa estaba esperando mi decisión.

—La leeré —dije, carraspeando para dar a mi imaginación el tiempo necesario para cumplir su tarea.

Hay quienes dicen que mi imaginación trabaja

excesivamente. En ese momento deseé que fuera verdad. Mi madre, al menos, lo afirma, especialmente cuando estoy trabajando en un caso. Ella no aprueba mi trabajo como detective. Inclusive cuando dispongo de las pistas, los sospechosos y las pruebas más convincentes del mundo, asegura que todo es producto de mi imaginación.

—La nota dice: «Tengo una laringitis terrible. Si la señora Balboa me pregunta algo, explícale que escribiré la respuesta en lugar de decirla».

Linsey se sorprendió tanto, que soltó una carcajada. Mientras yo volvía trizas el papel, la señora Balboa nos notificó a ambas que, en castigo, debíamos permanecer en el aula después de clases. Esto es lo que en la escuela se llama una «detención».

Miré a mi alrededor en busca de conmiseración y me encontré con que Neil me dirigía una sonrisa. Neil está enamorado de mí, lo cual posiblemente sea una lástima, pues, si bien es cierto que me agrada estar con él, no es amor de verdad lo que siento por él. Tiene gran sentido del humor — dibuja caricaturas para el periódico de la escuela — y es un buen amigo; puedes confiarle cosas tales como cuánto odias permanecer en casa después del divorcio de tus padres, sin que él corra a contárselo a todo el mundo. También es una biblioteca ambulante, lleno de argumentos y hechos que saca de los libros y revistas que lee todo el día.

Sin embargo, no es mi tipo. Mi tipo podría ser un chico más alto que yo, de hombros suficientemente anchos para ajustarse a una chaqueta de cuero, de penetrantes ojos verdes y jugador de baloncesto. En realidad, sería exactamente igual a Tony von Thelan, de quien estoy enamorada desde quinto, pero quien nunca me ha prestado atención, al menos no de la manera como yo quisiera. Tony es lo que uno llamaría divino.

Neil es de menor estatura que yo, y yo probablemente soy la chica más baja de noveno. Es delgado y tiene los ojos negros, nublados por gruesos lentes.

Balboa, al advertir hacia dónde miraba Neil, agitó en sus narices una «notificación de detención». El se irguió inmediatamente. Una cosa era sentir compasión por mí, y otra muy diferente que quisiera acompañarme. Una detención con Balboa es algo que cualquiera, de ser posible, debe evitar. Una vez obligó a Cheryl Sykes a limpiar el salón después de que los chicos de décimo habían disecado fetos de cerdo. Con sus propias manos, Cheryl tuvo que recoger los cuerpecitos destripados y echarlos en una bolsa de basura. Escuché decir que olía tan mal que su novio, Owen, se había negado a besarla durante dos semanas.

Cosas como ésta han hecho de Balboa la profesora más detestada en la escuela de secundaria Thomas A. Dooley (TAD, para abreviar). Sólo

conozco una persona a quien Balboa le haya agradado realmente, y es, créanlo o no, mi hermano Justin. Para mí no cabe otra explicación que el interés de Justin por las ciencias, y supongo que a ella le gustaba tener al menos un alumno que la tomara en serio. A los demás, que sólo buscaban aprobar la asignatura, les resultaba fenomenal divertirse a costillas de Balboa, incluso cuando se trataba de aquellas cosas que normalmente se respetarían. Por ejemplo, su cojera.

La historia era la siguiente: durante una excursión, una serpiente de cascabel le había mordido el tobillo. Balboa había cortado una tira de piel alrededor de la herida y había succionado el veneno. Cuando finalmente llegó al médico, era demasiado tarde para cerrar la herida, y fue preciso que usara el soporte ortopédico que la hacía cojear.

El final del cuento era que Balboa había sobrevivido a la mordedura pero que, como consecuencia de haber probado la sangre de Balboa, la serpiente había muerto.

Puesto que prácticamente a ningún estudiante le agradaba Balboa, es apenas comprensible que los padres y el consejo de la escuela pensaran que era maravillosa. La TAD necesitaba un nuevo director, y muchos padres de familia querían que Balboa obtuviera el cargo, pues era famosa por su capacidad de atiborrarnos con aquellas cosas que en opinión de ellos tanta falta

hacían en la TAD, como «disciplina y alto nivel académico» (o sea, rigor en las calificaciones). Era cierto que en la escuela se toleraba la holgazanería. La mayoría de los profesores estaban dispuestos a escribir «aprobado» con tal que los alumnos y sus padres no los importunaran.

Balboa no era así. Cuando calificaba, lo hacía a conciencia. Y si alguien reprobaba un examen, no permitía que lo repitiera hasta aprobarlo o que lo sustituyera por otro trabajo.

A Merry no pareció preocuparle mucho que Balboa la sorprendiera. Me dirigió una sonrisa y se encogió de hombros, como si dijera: «Suéltalo, pongo que no puedes hacer nada». Merry Jordan es mi mejor amiga, lo cual podría parecer extraño si supieran cuán poco tenemos en común. Comenzando porque siempre busca el mejor lado de la gente, en tanto que para mí se ha convertido en una especie de afición el sospechar lo peor de todos.

No era que antes estuviera prestando mucha atención, pero después de lo ocurrido ya *no pude* concentrarme en la clase, que era un repaso para el próximo examen. Permanecí el resto del tiempo preocupada por mi futuro, incierto ahora gracias a la «notificación de detención».

Mi madre había jurado que si mi informe de disciplina no mejoraba al final del año, me enviaría a un internado. No era que me importara permanecer lejos de mi madre, pero tener que

me quedé en una escuela y abandonar a mis amigos me pareció un castigo.

Al año estaba a punto de acabarse y hubiera querido empapelar mi cuarto con las «notificaciones de detención» que había recibido hasta entonces.

«No busco problemas; parece que los encuentro sin ningún esfuerzo. No recuerdo si fue por eso que me gané todas esas detenciones...»

En realidad la mayoría fue por corregir al profesor (lo llaman «ser insolente») o por leer en la revista *Armchair Detective*.

Una detención significaba también que me perdería la reunión del periódico aquella tarde. Pero leer, a su vez, significaba que me correspondía hacer algún trabajo del que nadie quería encargarse, como cubrir la reunión del comité del anuario o el trabajo de campo del club de historia en el fuerte Ticonderoga.

No me importaría sacrificarme por un amigo, pero hacerlo por Linsey, a quien apenas conocía, no valía la pena. Era una chica mayor, pero se encontraba en mi clase de biología porque la escuela a la que había asistido el año pasado no ofrecía esta asignatura, y era un requisito para graduarse en la TAD. Es una de aquellas personas que se comporta como si no estudiara o no le importara el estudio, pero en realidad sí estudia y le interesa el estudio, y sus notas así lo demuestran.

—Te deseo suerte —me dijo Neil después de

la clase—. No quiero asustarte —sonrió con un poquitín de burla—, pero escuché que los últimos chicos que tuvieron detención fueron internados en un manicomio. ¡Los volvió loocos! —concluyó, poniendo ojos de bizco y meneando la lengua.

—De pronto no sea tan horrible —dijo Merry—. No será peor que aguantarle una clase adicional.

—Eso es suficientemente horrible —dije.

No creo que sea tan mala —insistió Merry.

Neil y yo la miramos como diciendo: «¿Dónde has estado todo el año?» Pero así es Merry.

—Tienes razón, Merry —dije—. Tener clase con Balboa es mi segunda actividad favorita. La primera es mascar vidrios.

—Bueno —dijo Neil mientras me dirigía a la clase de gimnasia—, quizás te rompas una pierna o la crisma en el gimnasio. Así te salvarás de la detención.

—Gracias —dije—. Haré lo que pueda.

—¿Ya votaste?

Era día de elecciones en la TAD, y la rubia de cabello ensortijado, camisa rosada de cuello de tortuga, largas piernas y un ramo de botones de rosa quería que yo votara por ella.

—Yo... no —dije.

Me ofreció una rosa y sonrió. No pude evitar sonreír también.

Soy Adrian, y te agradecería que votaras por mí. Debo irme a clase, pero pregunta a cualquiera de los ayudantes de mi campaña y te dirá lo que pienso hacer si resulto elegida.

No era preciso que me dijera quién era. Era Adrian Attridge. Y me sentí mal al sonreír y aceptar su rosa porque, en realidad, no podía soportar a Adrian Attridge. A decir verdad, ni siquiera la conocía; nunca le había hablado; y sin embargo no podía soportarla.

Tenía mis razones. Quizá sólo era una razón, pero era una buena razón: ella le agradaba a *todo* el mundo.

Diplomas y medallas de honor, la jefatura de la brigada de voluntarios, campeonatos en debates y oratoria, la presidencia del club de teatro, en fin, parecía lograr cuanto se proponía. Si hubiese sido más bonita, lo hubiera tenido todo. Sin embargo, agraciada era el máximo calificativo que podía dársele. Podría pensarse que otras personas, al igual que yo, la detestaban por ser tan popular; pero, al contrario, contaba con más amigos que los que tendré yo en toda mi vida; con más incluso que aquéllos con los cuales yo tendría tiempo de hablar. Todos admiraban la manera como combinaba su vida social con su rendimiento escolar. Decían que era buena sin pasarse de buena.

Ahora se presentaba como candidata a directora de los embajadores, cuatro alumnos de úl-

timo año encargados de promover el espíritu de la escuela y de proyectar una buena imagen de ésta ante la comunidad. Además de supervisar a los monitores y a la patrulla del aseo, realizan trabajos voluntarios tanto en los hospitales como en las clínicas del pueblo; por esto, todos en St. Davids creen que los alumnos de la TAD somos igualmente buenos. ¡Ja! ¡Qué risa!

Al final de cada año, antes de que los antiguos embajadores se gradúen, los estudiantes votan para elegir al nuevo director. Y éste designa a los otros tres.

Es preciso que diga algo en favor de Adrian: era la única de los candidatos que se había preocupado por los estudiantes de noveno. Los demás nos habían pasado por alto, como si no esperaran que la escuela nos interesara lo suficiente como para votar. Al menos Adrian mostraba algún respeto para con nosotros.

—Cerrarán la urna al final de la próxima clase —dijo, dirigiéndose al aula donde Balboa impartía la clase de biología avanzada—. Está en la cafetería.

Me encontraba en medio del pasillo, pensando que tal vez había sido injusta con Adrian y que quizá *debiera* votar por ella, cuando me di cuenta de que había olvidado mi mochila en el aula de Balboa. Cuando regresé allí, Adrian había colocado sus flores en un gran jarrón de vidrio e intentaba ofrecérselas a Balboa.

Preferiría recibir de ti, si no un examen excelente, al menos uno que indicara que te interesa esta clase —dijo Balboa.

Adrian se sonrojó. Algunos chicos, muy pocos, rieron. Adrian era popular, Balboa no.

Tomé mi mochila y salí. La campana sonaría en cualquier momento y lo único que me faltaba era otra detención más, por llegar tarde.

No pensaba enfrentarme sola a Balboa; así que, cuando terminaron las clases, esperé fuera del aula hasta que llegó Linsey, muy contrariada por haberse perdido el ensayo de teatro. (El club de teatro estaba montando *Muchachos y muñecas*, y ella era la encargada de la escenografía.) Nos deseamos mutuamente buena suerte y entramos, pero Balboa no estaba allí.

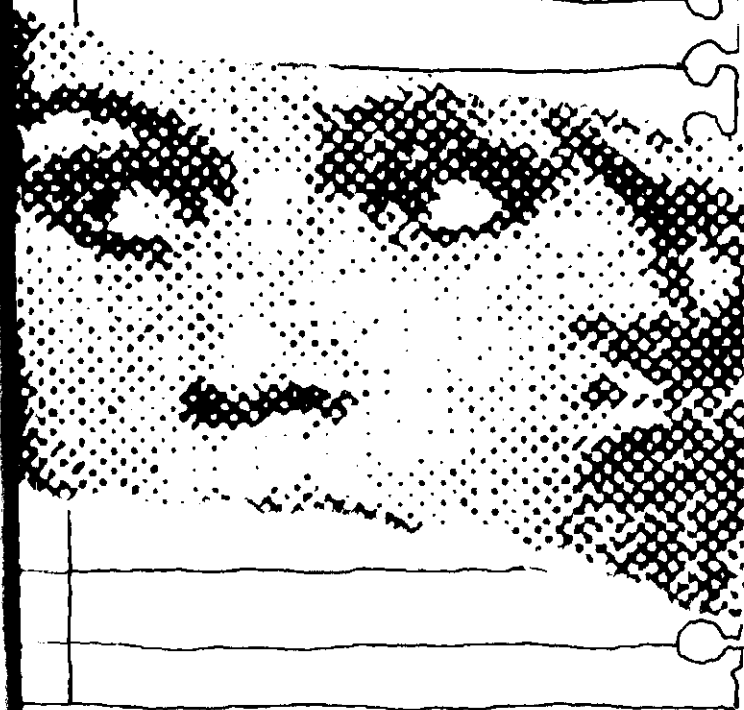
—Tal vez lo olvidó... Vámonos —dijo Linsey.

—¿Olvidarlo Balboa? No bromees.

—Tienes razón.

Estábamos recorriendo con la mirada el salón cuando el rostro de Linsey quedó petrificado, con los ojos tan abiertos que las cejas le llegaban casi a la coronilla. Seguí su mirada hasta la alacena, donde asomaban un par de zapatillas deportivas rojas, prolongadas por un par de piernas, a las que se unía el resto del cuerpo de Balboa.

dos



— ¡Dios mío!, señora Balboa, ¿se encuentra bien? —Linsey se hallaba en cuclillas junto a la profesora—. ¿Qué pasó?

Balboa no respondía: había perdido el sentido; estaba helada.

Examiné si respiraba, y agradecida comprobé que sí. Reconozco que en un momento como aquél no debía pensar en cosas así, pero lo último que hubiera querido era darle respiración boca a boca.

Linsey intentó ponerse de pie, pero sus pies resbalaban como si estuviera totalmente descoordinada, y terminó cayendo sobre el trasero.

— ¡Mierda! —dijo, apresurándose a cubrirse la boca, como si Balboa hubiera podido oírla.

Trató de ayudarlo a levantarse, pero mis pies resbalaron hacia adelante. Me agarré de un estante para no seguir deslizándome. Linsey tendría que incorporarse por sus propios medios, lo cual, después de varios resbalones, logró hacer finalmente. En seguida corrió a llamar a Musgrove, en ese momento director encargado, pues el señor Massey había sido trasladado a otra escuela.

Inspeccioné la alacena, a fin de averiguar de dónde provenía aquella cosa resbalosa y qué era. Provenía de una vasija plástica que había sido volcada, y era un líquido transparente e inodoro que no estaba rotulado.

Parecía como si Balboa hubiera sufrido un accidente, lo cual era una lástima, porque habría sido más interesante descubrir, por ejemplo, que alguien la había hecho tropezar o la había empujado. No era que yo quisiese que algo así le ocurriera. Era cierto que estaba enfadada por la detención, pero no le hubiera deseado mal alguno. Simplemente hacía tiempo no se me presentaba ningún caso, y estaba aburrida y oxidada.

Agarrándome de un anaquel y atenta a mis pies, tomé la vasija de la alacena, le coloqué la tapa y la puse en mi mochila. Merry, el genio científico, podría decirme qué era.

Musgrove llegó bañado en sudor, como si hubiese corrido el maratón en vez de subir las escaleras desde el piso inmediatamente inferior

donde se encontraba su despacho. Todos lo llaman «Mamutgrove», por su conformación física. Mi padre cabría cuatro o cinco veces en uno de sus trajes, y aun así las costuras de los hombros no se templarían del modo como lo hacen cuando Musgrove se mete en ellos. Su rostro parece tallado en un bloque de hielo que se derrite; en vez de tener pómulos y barbilla, todo, desde la frente hasta el cuello, constituye una superficie plana.

Linsey le advirtió que el piso estaba resbaloso, así que se aferró a un anaquel mientras se arrodillaba para tomar el pulso a Balboa.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —Musgrove se dirigía a mí—. ¿Qué sucedió?

—No lo sé —respondí—. Parece que resbaló.

Musgrove me daba pena. Era evidente que no sabía qué hacer. A veces Musgrove se encuentra realmente despistado, como en aquella ocasión en que convocó una asamblea especial para hablar sobre los peligros de la música rock. En primer lugar, los discos que nos hizo oír a manera de ejemplo tenían más de dos años, así que terminó desaconsejándonos una música que de todas maneras *nadie* quería escuchar. Y en segundo lugar, nadie la toma tan en serio como él cree. Nos agrada o nos desagrada una canción. Nadie prenderá fuego a la escuela sólo porque *Search and Destroy* tenga una canción con este tema.

La sirena de la ambulancia comenzó a sonar a lo lejos y su volumen aumentó cada vez más hasta que llegó a la puerta de la escuela, donde enmudeció. Musgrove recobró los colores cuando vio que ya no tenía que hacerse cargo de Balboa por más tiempo.

—Supongo que no tiene sentido permanecer aquí si ella no está —dijo Linsey—. Iré al ensayo de teatro.

—Y yo al periódico.

¡Vaya si tenía noticias!

Podía escuchar la voz de la directora a medida que me acercaba al aula donde nos reuníamos.

—Necesitamos un reportaje sobre el reemplazo del señor Massey. ¿Quién quiere hacerlo?

Me paré en seco. Era el último tema sobre el cual hubiera deseado escribir y, si entraba en ese momento, la directora, Sheila, hubiera podido pensar en asignármelo.

—Mi madre está en la junta directiva de la escuela —oí decir a Wayne Davis—. Yo puedo hacerlo.

Entré en ese momento.

—Les diré algo que descubrí —continuó Wayne—: Se trata de Musgrove y Balboa.

Todos rompieron a reír.

Neil se sorprendió al verme:

—¿Cómo lograste salir de detención?

—No lo creerás. Espera y verás.

Tomé asiento a su lado.

—Carter, me alegra que hayas podido venir dijo Sheila sarcásticamente—. ¿De casualidad has traído tu reportaje?

No lo había redactado. Ni siquiera había *comenzado* a hacerlo, pero no se lo dije. No era preciso. Ella ya lo sabía.

—Carter, quiero ese reportaje. Lo necesitaba la semana pasada. ¿Qué problema tienes?

Me habían asignado un reportaje sobre las nuevas prácticas de evacuación en caso de incendio. La dificultad consistía en que no era de aquellas tareas que te hacen saltar de la cama por la mañana, llena de alegría de vivir. Sin embargo no lo dije.

—La línea telefónica del jefe de los bomberos está siempre ocupada.

Era totalmente cierto, aun cuando sólo había intentado llamar una vez.

—En todo caso —dije, cambiando de tema—, tengo otro reportaje. Acaban de llevar a Balboa al hospital. Yo la encontré. Se resbaló y quedó inconsciente.

—¿Estás segura de que no ha muerto? —preguntó Stephen Sylvester, con sarcasmo.

—¿Estaba realmente inconsciente? —indagó otra persona—. ¿Cómo podías saberlo?

Tal actitud era comprensible. Yo tenía fama de ser muy exagerada, lo cual le había ocasionado dificultades al periódico una o quizá dos veces,

pero eso era cuento aparte. No les presté atención; deseaba escuchar la opinión de Sheila.

Sin embargo, antes de que Sheila dijera algo, Barb Mantell entró para informarnos que Adrian Attridge había ganado las elecciones y sería la nueva directora de los embajadores. Las reacciones de los allí reunidos indicaban que casi todos habían votado por ella. Barb salió y Sheila volvió a la carga:

—Esto también es tuyo —dijo, recordándome que en la última reunión había sido designada para cubrir las elecciones y entrevistar al ganador.

—Está bien: haré el reportaje sobre los embajadores para mañana, lo prometo. Sólo permíteme escribir también lo de Balboa.

—Las prácticas de evacuación...

—Está bien, lo haré igualmente.

—Y todavía necesito que alguien cubra el trabajo de campo del club de historia...

—De acuerdo, haré eso también.

Me hubiera ofrecido a elaborar todo el periódico con tal que se me permitiera escribir lo que había visto aquella tarde.

—Estás loca, Carter. Escasamente cumples cuando te encargo un solo reportaje, nunca los entregas a tiempo cuando te doy dos, ¿y ahora quieres hacer cuatro?

—Ya lo verás.

—Está bien —aceptó Sheila, dándose por ven-

cida—. Espero que tengas todo el material para pasado mañana. Ni un día más.

Eran un poco más de las cuatro, y sabía dónde encontrar a Adrian. De paso me detuve en el baño, para verificar si no tenía residuos de comida en la cara, o algo así.

He oído diversas cosas sobre mi apariencia. Algunas personas dicen que soy «exótica», lo cual es sólo un sinónimo de «rara». Mi padre y Justin dicen que soy bonita, ¿pero qué más han de decir? La opinión de los parientes no cuenta en este caso.

Una de las cosas que me hace «exótica», supongo, es el color de mi piel, que es oscuro para un cabello rubio rojizo como el mío. Cuando alguien habla de una linda rubia, por lo general dice que tiene piel de durazno. Mi madre me llevó una vez a consultar a una experta en belleza, quien afirmó que tenía la piel color «aceituna». No es que sea verde o algo así. Sólo es el nombre que le dan. En serio.

Por otra parte, mi nariz es un poco respingada. Justin dice que esto significa petulancia natural. He estado pensando qué puedo responderle, pero la verdad es que él es muy buen mozo.

Mis ojos son perfectamente redondos; «grandes como monedas», es lo que dice Merry. Cafés. Me dan un aire de inocencia. Daría cualquier

cosa por tener los ojos de mi madre, verdes y rasgados como los de un gato. Le dan un aire misterioso y levemente malévol.

Lo que más me agrada de mí es la conformación física. Soy «compacta» y tengo músculos asesinos de montar en bicicleta. Cuando estoy aburrída, tensó las pantorrillas y observo cómo saltan los músculos.

Supuse que el canto que escuchaba a medida que me aproximaba al auditorio provenía de un disco. Sin embargo, cuando entré, vi que provenía de Adrian Attridge. Estaba cantando una canción acerca de ser una campana que alguien tañía. La canción sonaba un poco tonta, pero la chica cantaba bien. Cantaba *muy* bien. Por eso no pude comprender por qué se detuvo en la mitad y exclamó:

—*Nunca* lo conseguiré.

—A mí me pareció estupendo —opinó Josh Dickerson desde la pared, en donde manipulaba la iluminación del escenario.

—Sí, Adri, estuviste superbién —dijo Linsey entre bambalinas.

—Pero... —Adrian comenzó a explicar por qué pensaba que se escuchaba mal y terminó encogiéndose de hombros—. Está bien, probaré de nuevo.

Y lo hizo, sin que se apreciara ninguna diferencia, tan bien como lo había hecho antes

Cuando se detuvo esta vez, no fue porque estuviera insatisfecha con la canción. Fue por causa mía.

—Lo siento, los ensayos son exclusivamente para los miembros del club de teatro —dijo.

—Sólo deseaba saber cuándo puedo entrevistarte para el *TAD Times*.

—Ya le dije a alguien del periódico que no deseo que escriban nada sobre la presentación antes del estreno —guiñó el ojo, se arrodilló y tocó el piso de madera—. Trae mala suerte.

—No es sobre la presentación. Es sobre los embajadores.

Sonrió como lo había hecho al ofrecerme la rosa... y no pude evitar sonreír a mi vez.

—Estupendo. Cuando quieras... excepto ahora mismo, claro está.

—Bien, ¿entonces cuándo?

—¿A las seis? ¿En mi casa? 42 21 Arbordale. ¿De acuerdo?

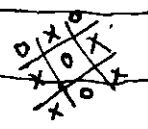
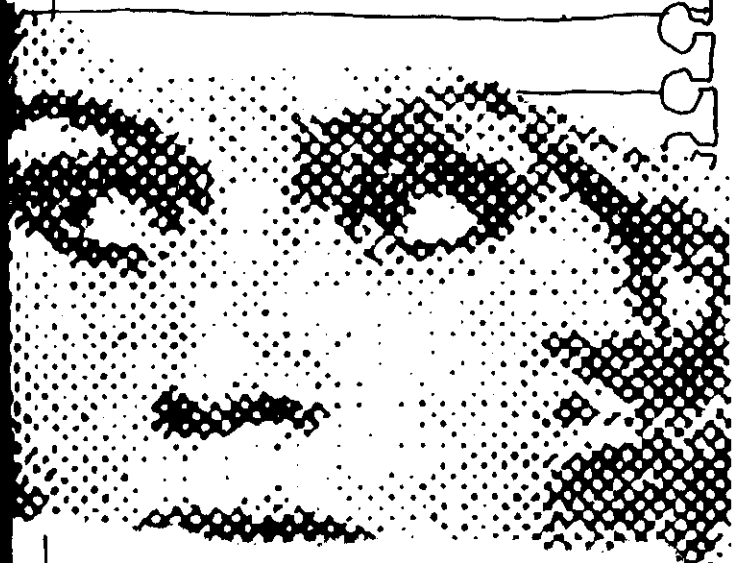
—Sí, gracias.

—Gracias a ti.

Adrian no comenzó a cantar de nuevo hasta que no abandoné el auditorio y me encontraba en la mitad del pasillo.



W



La casa de Adrian se asemejaba a la mayoría de las casas de St. Davids (Pensilvania), entre ellas la mía. Lo que diferenciaba nuestras casas, aparte de que la suya fuese amarilla y la mía blanca, era que sus padres — ambos — vivían en ella. Papá vive ahora en Los Angeles. Se mudó allí hace pocos meses, después del divorcio.

Abrió la puerta la señora Attridge, con sonrisa y delantal, recordándome aquellas madres que aparecen en los programas de televisión que tratan de familias felices.

—Adrian me dijo que vendrías.

Me condujo por un pasillo alfombrado en rojo. Las paredes interiores eran amarillas tam-

bién, y una de ellas se encontraba cubierta con retratos de Adrian: la historia gráfica de su vida.

—¡Qué maravilla que estés escribiendo un reportaje sobre Adrian! —dijo la señora Attridge—. ¿Leíste el que apareció en *St. Davids Tribune*?

—No lo vi —dije, sonriendo por cortesía.

—Aquí está.

Señaló uno de los cuadros colgados en la pared. Era un recorte de periódico. El título, «Campeona de debates», encabezaba una breve reseña y una fotografía de Adrian sosteniendo un trofeo. Era el tipo de información que solía aparecer sobre Adrian en el diario local y que incitaba a todos los padres en el pueblo a preguntar a sus hijos por qué no se parecían más a ella.

—Este es mi retrato preferido —dijo la señora Attridge, señalando una foto de Adrian a la edad de dos o tres años, en la que llevaba una camiseta con un letrero: «Harvard, ¿promoción del ????»—. Su padre y yo siempre hemos estado seguros de que Adrian triunfará... aunque en algunas ocasiones haya que empujarla. Seguramente sabes que Adrian es la protagonista de *Muchachos y muñecas*...

—Lo sé —respondí—. Hoy la escuché cantar. Se inclinó hacia mí.

—Esto puede resultar gracioso en tu reportaje... Cuando era niña, a Adrian le causaba tanta vergüenza actuar en presencia de extraños que

dejaba de cantar si escuchaba volar un avión... ¡Temía que los pasajeros pudieran oír sus canciones!

Me preguntaba cómo era posible sobrevivir dieciséis años al lado de aquella mujer, cuando Adrian, la superviviente, llamó desde la otra habitación:

—Mamá, Carter no desea escuchar cómo fue mi infancia. Por favor, hazla pasar aquí.

La señora Attridge se inclinó de nuevo hacia mí:

—A veces es tan autoritaria...

No obstante, parecía orgullosa de ello. Me señaló el estudio.

Adrian estaba enroscada en un sillón leyendo. Me indicó con la mano que la esperara un segundo. Tomé asiento y procedí a sacar desmañadamente mi cuaderno de anotaciones, fingiendo repasar las preguntas que pensaba formularle.

—Es fabuloso. Debes leerlo —dijo levantándose para colocar el libro en mi regazo.

Miré el título: *Cascanueces*.

—Sé que suena a basura —prosiguió—, pero su autor es un famoso periodista y escribe muy bien. Tómalo. Sé que te gustará especialmente, puesto que tú también eres periodista.

Me sonrojé cuando dijo «especialmente». No creía que la chica más popular de la escuela hubiera pensado en mí.

—Y además eres la mejor. Tus reportajes son

muy vívidos, aunque a veces pienso que exageras un poco.

Sonrió con las comisuras de los labios. Antes de que pudiera desatar la lengua para agradecerle, prosiguió:

—La manera como describiste la cafetería cuando la decoramos para la iniciación de las clases...

Nuevamente mudé de color. Ella y otros miembros del comité de recepción habían pasado días enteros haciendo los decorados, y lo que yo había escrito no era muy halagador, que digamos.

—No te preocupes —dijo—. Sé que «parecía como si un gorila se hubiera enloquecido en una tienda de artículos para fiesta».

Eran exactamente las palabras que yo había empleado. ¿Qué podía responder a esto? Por suerte me salvó al cambiar de tema:

—Entonces —dijo—, ¿quieres saber cómo me siento como directora de los embajadores?

—Así es —respondí.

—Es maravilloso —se dio cuenta de que yo no escribía nada—. Sé que esto no te da mucha información para el reportaje, pero ésa es la respuesta: es maravilloso.

Aun cuando parecía que hubiera terminado no dije nada. Es una técnica de entrevista aprendida de Art, mi papá. Si uno espera un tiempo prudencial después de haber formulado una

pregunta, conseguirá una respuesta mucho mejor que la primera.

—Estoy acostumbrada a recibir premios y cosas de parte de profesores y adultos —prosiguió poco después, confirmando mi teoría—, pero recibir un honor así de parte de los otros chicos de la escuela... es realmente algo superespecial.

—Escribí esto.

—Carter —levanté la vista de mi cuaderno—, ¿te importaría no poner esto en el reportaje? Me hace ver creída y no quiero que piensen que lo soy.

—No me parece —dije—, pero si en realidad piensas...

—Gracias.

Pasé a la pregunta siguiente.

—¿Por qué crees que ganaste?

—Por dos razones. Primera: creo que a la gente le gustaron mis ideas.

—¿Por ejemplo?

—Durante mi campaña insistí en el hecho de que en la TAD los estudiantes no se llevan bien con los profesores, y dije que pensaba que se debía hacer algo al respecto. Supongo que es algo que nos afecta a todos y por eso votaron por mí.

—¿Cuál es la otra razón? Dijiste que había dos.

—He demostrado ser una buena líder.

—¿Cómo?

—Por algunas cosas que he hecho —respondió bajando la mirada.

—¿Como qué?

—Pues, como ser presidenta del club de teatro...

—Y ...

—Y capitana del equipo de debates y presidenta del comité de recepción.

No me miró una sola vez mientras enumeraba sus logros. Si yo hubiera hecho todas estas cosas, lo proclamaría a voz en cuello. En cambio, Adrian parecía casi incómoda con ellas.

—¿Piensas que será difícil encontrar entre tus compañeros a los otros tres embajadores?

—Lo difícil será elegir entre tantos. En mi curso hay muchos que merecen serlo.

Se inclinó hacia mí como si fuese a confiarme algo muy íntimo:

—Esto no es para repetir, pero *algunos* pasan todo su tiempo en la TAD aspirando a ser embajadores. Tienen las mejores calificaciones y se destacan en actividades extracurriculares, pero probablemente no escogería a ninguno de ellos, porque tendría en cuenta el *carácter*; si uno pasa todo el tiempo luchando por un objetivo único, no dispone de tiempo para hacer aquellas cosas que harán de ti una persona completa.

—¿Y por qué desean tanto ser embajadores?

—Porque es algo que se ve con buenos ojos al solicitar tu ingreso en la universidad, y aquellas

personas piensan: «¿Qué sentido tiene hacer estudios secundarios si luego no puedes ingresar a una buena universidad?» Creo que se pierden de muchas cosas por obstinarse en lograr una sola meta.

—Mi hermano es embajador...

Me interrumpió, sonriendo:

—Lo sé.

—Y dice que es tradición de los embajadores realizar unos ritos locos de iniciación. El, por ejemplo, tuvo que hacer que todas las chicas de su clase de inglés le firmaran las piernas. ¿Piensas hacer cosas por el estilo?

—Es una tradición —dijo—. Claro que las haré.

—¿Puedes decirme cómo serán?

Sacudió la cabeza indicando que no.

—¿Ni siquiera confidencialmente?

—Lo siento, pero no.

—Está bien... Entonces voy a preguntarte acerca de otra tradición. En años pasados, la persona que resultaba elegida directora de los embajadores escogía como embajador a quien perdía la elección. ¿Piensas hacerlo tú también?

Se inclinó de nuevo hacia mí:

—No. Y si prometes no decirlo a nadie, te diré por qué.

Asentí con la cabeza.

—Para ser un buen embajador se necesita ser muy popular. Esa persona perdió por demasia-

dos votos... Si la elección hubiera sido más reñida, probablemente la hubiera escogido pero... —sacudió la cabeza y se acomodó en la silla—. Sé que esto suena horrible.

Estuve de acuerdo con que eso *sonaba* un poco desagradable. Sin embargo, tenía sentido y al menos ella era sincera al decirlo.

—Espérame un segundo —dijo, poniéndose de pie.

Mientras estuvo ausente, comencé a hojear *Cascanueces*. Adrian había escrito su nombre en el interior del libro, con aquel tipo de letra adornada que las chicas de mi curso practicaban durante los recreos y la hora del almuerzo. En aquel tiempo pensaba que era una pérdida de tiempo, pero al ver la limpieza de la firma sobre la página, quise haberle dedicado más tiempo a la mía: mi firma parece como si un caracol sucio se hubiera arrastrado sobre el papel.

Cuando regresó, traía un bolso lleno de cosméticos.

—He estado observándote y, al ver tu lindo tono de piel, he pensado que tengo algo que puede serte útil.

—Está bien —dije, aun cuando no podía imaginar qué podía hacer con mi apariencia.

Se dedicó a mi rostro durante algunos minutos, dándome indicaciones mientras aplicaba el maquillaje.

—Debieras poner énfasis en tus ojos —dijo

coloreándolos con maquillaje—. El color apropiado de lápiz labial los hará lucir más grandes... Probemos éste.

Tomó mi barbilla con una de las manos, mientras me aplicaba el lápiz labial con la otra. Luego me ofreció un espejo:

—¿Qué opinas? —preguntó.

Hermosa hubiera sido una exageración, pero lucía bien. Inclusive, muy bien.

Intenté agradecerle, pero me interrumpió ofreciéndome el bolso de cosméticos.

—Puedes quedarte con él.

—¿Estás segura?

—Nada de esto me queda bien. Además... —agregó, acompañándome a la puerta— deseo pedirte un favor.

—Claro —dije—. Lo que quieras.

—Tu hermano Justin... está pensando entrar en la facultad de medicina el próximo año, ¿verdad?

—Eso dice.

—Es muy tímido, ¿cierto? Lo veo en la escuela... No parece tener novia...

—¿Quieres saberlo?

—Entre nosotras, claro.

—Claro.

Justin saltaría de dicha. Adrian Attridge estaba interesada en él.

—No —proseguí—, ya no tiene novia. Antes salía con Holly Lasousa, pero...

Decidí no decirle a Adrian por qué habían terminado para no inducirla a sacar falsas conclusiones. Holly había echado a Justin porque la biología lo tenía completamente atrapado. Holly incluso llegó a decirle que debería salir con la señora Balboa, lo que me pareció obsceno e innecesario.

—Es todo lo que quería saber —dijo—. Avísame si necesitas más datos para tu reportaje.

Sonreímos. Con todos los secretos que habíamos compartido, sentí que éramos viejas amigas.



—¿Justin?
Mamá había oído cerrarse de golpe la puerta y llamó desde algún lugar del interior de la casa.

—No, sólo yo —dije.

Dije «sólo yo», porque sabía que ella hubiera preferido que fuese Justin quien llegara, pues, como me lo recordaba prácticamente todos los días, él siempre «le ayudaba y era bueno». Lo contrario de mí, «difícil y poco colaboradora».

Justin no tiene con su reputación los problemas que tengo yo con la mía. Todos piensan que es fabuloso, incluso mis amigas, quienes vienen a visitarme más por verlo a él que por conversar conmigo.

Mamá se hallaba en la cocina, de pie frente a una alacena, con un cuaderno de notas y un lápiz, observando los anaqueles como un proveedor en el supermercado. Llevaba su overol blanco, que se asemejaba a un traje de karateca, y sus cabellos estaban trenzados y enrollados en moño detrás de la cabeza. Tenemos más o menos la misma estatura, y cuando nos preguntan si somos hermanas se siente realmente feliz.

—Aceitunas, aceitunas, aceitunas... —murmuraba, examinando atentamente las latas—. ¿Ves aceitunas allá arriba, Carter?

—No.

—Entonces supongo que habrá que traer aceitunas —dijo, anotando en el cuaderno—. ¿Alguna idea de dónde está tu hermano? Necesito que me compre algunas cosas.

—Pero yo creía que la fiesta era el sábado en la noche.

Apenas era martes.

—Sí, pero toma siglos arreglar esta casa —cerró la puerta de la alacena—. Un día de éstos nos mudamos a una tolda. Y no daremos la nueva dirección a nadie.

No entiendo por qué sigue organizando fiestas si siempre se queja de ellas. Primero, lo difícil que es alistar la casa; después, lo insulsas que son las personas que invita, y, por último, lo difícil que es limpiar todo de nuevo. Sin embargo, desde que Art se marchó, todo el tiempo

hace fiestas. Probablemente no sabría que esta es mi casa si cuando llego no hay en ella una fiesta o, al menos, está a punto de comenzar. Neil me dijo una vez que esto le recordaba al personaje de una novela: un tipo que ofrecía fiestas descomunales todo el tiempo, con la esperanza de que la mujer a quien amaba asistiera a una de ellas. Finalmente lo hizo, pero el tipo falleció poco después.

Si mamá espera ver aparecer al hombre de sus sueños, la verdad es que invita a los menos indicados. Nadie más estirado que esos abogados y toda esa gente de su estilo. En cambio, nadie tan divertido como Art.

La puerta de entrada se cerró de un golpe.

—¿Justin?

Esta vez había acertado.

Entró en la cocina con sus libros. Hay quienes dicen que Justin y yo nos parecemos, lo que considero un cumplido (a menos, claro está, que quieran decir que parezco un muchacho de diecisiete años, lo cual no es muy halagador). Pero si tenemos la misma forma de los ojos, el mismo cabello rubio rojizo y la misma piel «aceitunada»... sólo que en los muchachos se llama «bronceada».

Me habría mudado a California con Art de no haber sido por Justin. ¿Hubiera sido justo estar tomando baños de sol y comiendo colosales y pulposas naranjas en febrero, en tanto que él, abrigado hasta las narices y pala en mano, des-

pejaba de nieve las aceras de la casa de mamá? Después de todo lo que Justin ha hecho por mí — enseñarme a montar en bicicleta, llevarme al cine y a conciertos, cuando cualquier otro muchacho se moriría antes que salir con su hermana, servirme de cómplice cuando finjo estar enferma para no ir a la escuela —, no podía hacerle esto.

—¿Por qué te demoraste? —pregunté, pues generalmente llega a casa mucho antes que yo.

—Me enteré de lo que le sucedió a la señora Balboa y me detuve en el hospital para preguntar por su estado de salud.

Mamá no sabía lo del accidente, de modo que se lo relatamos.

—Yo estaba allí —dije—. Yo la encontré.

—¿Y cómo está? —preguntó mamá.

—Todavía se halla muy confundida —dijo Justin—. Sufrió una conmoción cerebral.

Justin se dirigió al refrigerador, sacó la leche y echando la cabeza hacia atrás, bebió directamente del envase. Si yo hubiese hecho lo mismo, mamá me hubiera dado una conferencia interminable sobre las enfermedades contagiosas. Sin embargo, él continuaba allí, tranquilito, llenándose de leche.

Yo también tenía hambre, pero sabía que era inútil preguntarle a mamá acerca de la cena. Desde que Art se marchó, mamá no dispone de tiempo para cocinar. Justin y yo nos hemos con-

vertido en expertos: llamamos por teléfono a pedir pizzas, calentamos alimentos enlatados y hacemos espaguetis con salsa ya preparada. A veces sólo comemos cereales o sandwiches. Hoy sería una de esas veces.

—¿Crees que Balboa regresará mañana a la escuela? —pregunté.

—Probablemente. Ya sabes cómo es. No permite que la afecten las cosas —dijo, limpiándose el bigote de leche con el dorso de la mano.

—En otras palabras —dijo mamá—, tiene carácter.

—En otras palabras —dije—, es terca.

—Es bastante descortés decir eso, después de lo que le ha pasado —dijo Justin.

Me sentí culpable, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

Mamá arrancó de su cuaderno la hoja con la lista y la entregó a Justin:

—Son algunas cosas que quiero que me compres.

—¿Qué tan pronto?

—Cuando puedas... pero antes de las diez de la noche.

Justin le echó un vistazo a la lista mientras mamá iba por el dinero.

Era mi oportunidad.

—Le gustas a Adrian Attridge —dije.

—Síii... También al presidente, a la primera dama y a toda la familia real.

Biblioteca Viva
Plaza Norte
Fundación La Fuente

Antes de que pudiera comenzar a tomarme el pelo en firme, regresó mamá.

—Hablando de llegar tarde —ésa era la forma que tenía mamá para reanudar conversaciones interrumpidas horas atrás—, *tú* normalmente regresas a casa más temprano, Carter.

—Tuve que hacer una entrevista para el periódico de la escuela. Con Adrian Attridge, quien está *enamorado* de Justin, aun cuando él finja que no le importa.

Justin me lanzó su mirada de «basta ya».

—Tal vez *no* le importa —dijo mamá—. El hecho de que *tú* estés loca por los chicos no quiere decir que todo el mundo se lo pase pensando en el sexo opuesto.

—No estoy loca por los chicos —repliqué, cuando hubiera debido decir más bien: «¡Mira quién habla!» Es ella quien sale con un tipo diferente cada semana.

Mamá se encogió de hombros y codeó a Justin, tendiéndole un fajo de billetes.

Salí de la cocina para ir a guardar mis libros y cuando regresé a preparar el sandwich, Justin hablaba por teléfono. Por la manera como me miró, parecía que lo hubiera sorprendido en ropa interior... o sin ella.

—Habla Justin Colborn. Llamo para felicitarte por haber ganado la elección.

Lo había pillado llamando a Adrian.

Sonreí, me llevé las manos al corazón y fruncí los labios. Volvió la cara hacia la pared.

—Te divertirás —decía—. Es una gran responsabilidad, pero también es muy divertido. Además, tienes suerte. Al ser la directora, no tienes que pasar por los ritos de iniciación. Sólo tienes que inventarlos.

Escuchó durante un rato. Finalmente dijo:

—Me alegraría. No, en serio, me gustaría. Mañana en la noche. ¿A las siete y media? De acuerdo. Estupendo. Nos vemos. Y felicitaciones de nuevo.

—¿De qué se trata? —pregunté, pestañeando y acercándome hasta casi rozar mi cara con la suya.

—Adrian quiere que le ayude con su trabajo de biología.

—¡Ajá!, ya he oído eso antes —dije—. Estarás allí explicándole la fotosíntesis y... de pronto empezará a pasear los dedos por tu cabello y a susurrarte: «Je t'aime».

—Supongo que sabrás todo esto por experiencia.

—¡Claro! ¿Por qué crees que en esta casa todas las noches una manada de muchachos arma tremendo alboroto tratando de ayudarme con mis deberes?

—En todo caso, me encargó que te dijera que ya designó a uno de los embajadores: Bob Earle.

Bob Earle era un muchacho de aspecto vigoroso que llevaba sólo un año en la escuela, des-

de que se mudó de Maryland. A Adrian debía de complacerle que fuera nuevo, pues no había pasado toda su vida de estudiante aspirando a convertirse en embajador. Bob obtenía las mejores calificaciones y deseaba ingresar en la universidad de Princeton, como su padre. Por lo general no sé mucho sobre los muchachos de los cursos superiores, pero sabía algo sobre Bob porque Merry estaba enamoradísima de él y me había encargado que investigara. Era una especie de bienhechor, y por lo tanto se ajustaba a lo que Adrian había dicho sobre el carácter. Una vez me encontraba esperando el autobús de la escuela, pues caía un fuerte aguacero y no podía ir en mi bicicleta. El autobús tuvo una avería y Bob salió en medio del diluvio a examinar el motor, mientras el conductor llamaba a un taller de reparaciones. Bob jugó con el motor un rato y llegamos a la escuela bastante antes de que llegara el camión de reparaciones a ayudarnos.

Ya tenía material suficiente para mi reportaje. Así que, después de dar cuenta en un santiamén de mi sandwich, me dediqué a redactarlo.

El autobús de Merry estaba entrando cuando llegué a la escuela a la mañana siguiente. Me apresuré a cruzar el estacionamiento para encontrarla. Pensaba entregarle la vasija que contenía esa cosa resbalosa. Si me decía qué era

podría terminar mi artículo sobre Balboa y entregarlo por la tarde.

Era lo que *pensaba* hacer. En vez de eso, choqué contra una piedra, volé sobre el manillar de mi bicicleta y me deslicé por el asfalto.

Estaba más aturdida que lastimada. Y además sorprendida — así como increíblemente avergonzada — cuando vi que no había chocado con una piedra, sino con un par de piernas. Y no con cualquier par de piernas: cuando salieron de debajo del auto del que asomaban, vi que eran las de Tony von Thelan. Peter Findlay se encaminó hacia mí desde el capó del auto y se quedó mirándome como si jamás en su vida hubiese visto a alguien tan tonto.

Tony se puso de pie y ambos se inclinaron sobre mí, con la cintura doblada y las manos en las rodillas, sin la menor intención de prestarme ayuda para incorporarme. No precisamente porque fuesen malos o groseros, sino porque así se comportaban cuando estaban juntos.

Y Findlay y von Thelan *siempre* estaban juntos. Nadie se molestaba en llamarlos por separado; los llamaban von Findlay. Sus aficiones eran los autos y el baloncesto. Sus *vidas* eran los autos y el baloncesto... los autos *ajenos*, pues todavía no tenían licencia y sólo podían jugar con ellos, no conducirlos.

—¿Estás bien?

El rostro de Tony se hallaba tan próximo que

hubiera podido besarlo sin mover nada más que los labios. Lo miré a los ojos buscando signos de preocupación desesperada. En lugar de esto, encontré el reflejo de una estúpida rubia aplastada contra el suelo del estacionamiento de la escuela.

—¿Estás bien? —preguntó Tony de nuevo.

—Oh, sí, claro. Esto me ocurre todo el tiempo. Estoy entrenando para hacer acrobacias en bicicleta. Algunos días resulta mejor que otros.

Debería haber admitido que soy una idiota descoordinada en vez de empeorar las cosas tratando de hacerme la graciosa.

—Pasaste por encima de sus piernas —dijo Findlay, como si intentara comprenderlo.

—Lo sé. Supongo que debía haberlas visto. Lo que ocurre es que como todos los días paso por este sitio y nunca habían estado aquí antes...

Cuando me incorporé, quitaron las manos de las rodillas y se pusieron de pie. Me hicieron recordar el gesto de alivio de Musgrove cuando llegó la ambulancia para llevar a Balboa al hospital.

Comencé a sacudirme el vestido. ¡Auch! Olvidé que había resbalado sobre las palmas de las manos, pero las cortaduras me lo recordaron.

—¿Estás bien? —preguntó Tony una vez más.

Me sentiría mucho mejor si me tomaras en tus brazos y me besaras. Eso es lo que deseaba decir. Pero no soy tan tonta.

Levanté mi bicicleta con las yemas de los de-

dos y caminé con ella hasta dejarla colocada en el soporte de estacionamiento.

—Es lo más tonto que he visto en mucho tiempo —oí decir finalmente a Findlay.

—No es culpa suya. Tal vez iba de prisa, o tal vez necesite lentes.

Tony había sacado la cara por mí. Mi corazón latió frenéticamente hasta que llegué a la escuela.

Alcancé a Merry frente a su casillero y le entregué la vasija.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Eres tú quien puede decírmelo.

Le expliqué dónde lo había encontrado y cómo se relacionaba con Balboa.

Levantó la tapa, olfateó y dejó caer una gota en su dedo índice. Después frotó el índice contra el pulgar para determinar la consistencia.

—Glicerina —dijo.

—¿Solamente eso? ¿Estás segura?

—Sí, la utilizan en muchísimos experimentos. Por eso la mayoría de los laboratorios de biología la tienen. ¿Sabes para qué sirve?

Derramó otra gota y presionó con el dedo debajo de cada uno de sus ojos. Cuando retiró el dedo, había dos lágrimas perfectas. ¡Lágrimas de película! Luego restregó las lágrimas: parecía como si hubiera llorado.

—No necesitabas que te lo explicara. Cual-

quiera de los miembros del club de teatro te lo hubiera podido decir.

Sonó la campana. Merry intentó limpiarse la glicerina, pero aún parecía llorosa.

—Déjala así, Mer, y quizás la señora Hatch se compadezca de ti y te excuse de asistir a su clase.

—No lo creo, Carter. Nos vemos en biología.

Entregué mi reportaje sobre los embajadores y partí, satisfecha de haberlo entregado a tiempo. «Esto le demostraré a Sheila de qué soy capaz cuando se me asigna algo decente», pensé.

La circulación por los pasillos avanzaba lentamente aquella mañana. No era sólo que los alumnos demoraran su entrada a las clases. Había un nudo en torno a Adrian. Todos la felicitaban y probablemente deseaban que los tuviera en cuenta al escoger los dos embajadores restantes. Me abrí camino entre la muchedumbre que la rodeaba, sintiéndome satisfecha de mí misma, cuando oí que me gritaba «¡hola!» por encima de toda esa gente.

Me sorprendió que Balboa apareciera. Sin embargo, parecía que hubiera dejado parte de su cerebro en el piso del depósito. Se movía con lentitud y hablaba como lo hago yo recién levantada después de trasnochar.

Linsey se inclinó hacia adelante y susurró:

—Tal vez esté drogada.

—¡Oiga, señora Balboa! —gritó Judy Mancini desde su pupitre—. Es mejor que suelten esos ratones.

Se refería a los ratones que los alumnos del curso superior guardaban en jaulas, destinados a los experimentos sobre el comportamiento animal.

—Escuché en las noticias esta mañana —prosiguió—, que el gobierno multará a los hospitales que usan animales en sus experimentos.

—Sí —apoyó Corey Phipps, apartando el cabello de su rostro—, podríamos informar lo que pasa aquí, y les costaría una fortuna.

Balboa se veía aburrída. Para ser justos, no era la única. Judy y Corey se estaban poniendo pesadas con lo de los derechos de los animales. No me opongo a que cada cual defienda su causa. Yo misma definiendo que se prohíban los autos en favor de las bicicletas, pero no suelto peroratas sobre ello cada cinco minutos.

—Yo también escuché las noticias —dijo Balboa—. Y el hospital ha sido multado por negligencia y crueldad, no por los experimentos en sí mismos, que son todavía la manera más valiosa y legítima de aprender sobre diversas formas de vida.

—No veo que pueda haber algo más insensible y cruel que encerrar a los animales en cajas para después abrirlos y despedazarlos.

—Ya hemos discutido esto antes —dijo Bal-

boa—. Tenemos diferencias filosóficas. Cuando ustedes enseñen biología harán lo que les plazca, pero mientras estén en mi clase, harán lo que yo diga.

—Si yo enseñara biología, la usaría a usted como espécimen —dijo Judy en voz baja, pero no tan baja que no pudiera oírla—. A ver si le gustaría flotar en un frasco de formol.

—Señora Balboa —Donny Gillespie había levantado la mano, pero no esperó a ser llamado—. ¿No debiera estar descansando en su casa después del accidente que sufrió?

—Si creyera que debiera estar en casa, allí estaría —dejó resbalar sus lentes sobre la nariz—. De todas maneras, gracias por su interés —esta había sido una gran broma de Donny, pues todos sabíamos que a él lo único que le interesaba era divertirse lo cual era mucho más fácil con un profesor sustituto.

Balboa tomó su cuaderno de anotaciones y se encaminó al tablero. Cuando lo abrió, las páginas salieron volando, aterrizando a sus pies y a lo largo de la primera fila.

—¡Dios mío! —chilló Winnie Myers cuando vio las páginas sueltas: fotografías de hombres desnudos.

Todos comenzaron a gatear para recogerlas. Todos menos Balboa, quien tomó una vara y la descargó violentamente sobre el pupitre de Owen Reinhart. Owen saltó aproximadamente

un metro, y todos los demás paramos en seco. Bajo la mirada de Balboa, regresamos a gatas a nuestros puestos.

—Página 104 —dijo, como si no hubiera en el suelo, delante de ella, una fotografía a todo color de un hombre balanceando sus partes colgantes a la vista del público.

Cuando sonó la campana, todos se precipitaron sobre las fotografías, inclusive Merry, quien obtuvo un rubio de anchos hombros, vestido sólo con una mirada que me hizo sonrojar.

—Se lo llevaré a mi madre —dijo.

—¿Por qué? ¿No lo quieres? Parece que él te quiere a ti.

—No es mi tipo.

—Cierto, no es suficientemente flaco.

—Pobre señora Balboa —dijo cuando abandonamos el aula—. Seguramente se sintió muy incómoda.

—No lo demostró.

—Aun así, apuesto a que lo estaba. Y para colmo, el accidente de ayer.

—Me pregunto quién pondría las fotos allí.

—Probablemente Donny.

—¿Por qué?

—La semana pasada lo oí jactándose de que le gustaba robando revistas pornográficas al papá. Además, ya sabes cómo le gusta provocar a Balboa.

—¿Pero por qué el papá habría de tener revisitas con hombres desnudos?

Merry no tenía respuesta para esto.

—Entonces a lo mejor no fue él.

Cambió de tema:

—¿Vendrás a estudiar esta noche?

Merry y yo habíamos estado estudiando juntas para el examen final de biología. El repaso consistía básicamente en que yo hacía cierto número de preguntas y Merry las respondía.

—No lo creo —dije—. Art debe llamar hoy y no quisiera estar ausente. Podría ser mañana, se te parece.

Cuando llegué a casa, encontré un recado de Adrian. Había escogido a Josh Dickerson como el otro embajador. Al igual que Bob, Josh se ajustaba al requisito de que me había hablado Adrian en la entrevista. No había empleado su tiempo en aspirar a ser embajador. Lo había empleado en trabajos de electrónica. Yo lo veía principalmente en las asambleas, donde se encargaba de las luces o del equipo de proyección. Su foto había aparecido hacía algunos meses en los diarios, cuando algún artefacto diseñado por él había recibido el primer premio en una feria científica.

Aparte de esto, sabía solamente que su madre era japonesa, pero no su padre, lo cual explicaba por qué sus estrechos ojos rasgados eran de un

azul claro, y por qué doblaba en estatura a los otros estudiantes asiáticos de la TAD.

Art no llamó y mamá no me permitió tratar de comunicarme con él:

—Si no llamó, es porque está muy ocupado. No le agradecería que lo molestaras —dijo.

—¿Pero si se le olvidó?

—Si lo olvidó es porque está demasiado ocupado para recordarlo. Déjalo en paz, Carter. Otra noche llamará.

No era la primera vez que Art incumplía sus promesas. Y aunque debería estar acostumbrada a ello, me sentí muy desilusionada.

Esperé a que mamá saliera de la habitación y marqué su número telefónico. «No me es posible responder su llamada...» Era el contestador automático. Colgué antes de que terminara la grabación. Intenté pensar qué cosa lo tendría tan ocupado como para que hubiera olvidado llamarme. Reuniones. Cuando no estaba escribiendo uno de sus libretos para la televisión, se hallaba en alguna reunión, hablando del episodio que acababa de escribir o del que se disponía a comenzar. El protagonista de la serie de Art es un detective de Los Angeles. Esta es una de las razones por las cuales se mudó allí. La otra era el divorcio. Oí a mamá decirle que esperaba que se marchara lejos, para no verse obligada a hacerlo ella.

* * *

Al día siguiente, el auditorio se había dispuesto con numerosas sillas metálicas de color rojizo para la asamblea del «Día de las profesiones científicas». Lo mejor de esta reunión era que duraría el tiempo correspondiente a tres clases.

—Esto será fantástico —dijo Merry.

Se nos habían asignado puestos en la primera fila, lo cual significaba que tendríamos que permanecer atentas.

—No estés tan segura —dije.

Aun cuando me alegraba no asistir a clase, no estaba en ánimo de escuchar a monótonos, insulsos y descabellados personajes hablando sobre microbios y galaxias. En seguida recordé que Merry deseaba dedicarse a la ciencia:

—Probablemente será fantástico para ti.

—Eres de una mentalidad tan cerrada que me desesperas —dijo Merry.

Tenía razón. Como dice mamá, uno de estos días tendré que aceptar que no lo sé todo.

Justin me había hablado del «Día de las profesiones científicas» de Balboa. Cada año lo organiza e invita a conferenciantes para que no hablen de aquellas tareas preparatorias que debemos cumplir para triunfar en las ciencias. Era una manera de movernos a trabajar con más ahínco en su clase; pensaba que haríamos un esfuerzo mayor si pensábamos que obtendríamos un buen empleo al final.

Cuando asisten invitados a los actos de l

TAD, la directora de los embajadores debe decir algunas palabras de bienvenida. Así pues, recibir a los conferenciantes era tarea de Adrian, su primera tarea como embajadora. Por ello se encontraba en el podio con un papel en la mano, arrugándolo y alisándolo alternativamente.

Supongo que Adrian no sabía que habían conectado el micrófono, porque le comentó a Josh, quien se encontraba a su lado:

—Estoy jodida con estos nervios.

Todos oyeron y, después de un instante que pareció interminable, rompieron a reír. Excepto, claro está, Balboa, quien se encaminó al podio, no sin tomar la precaución de desconectar el micrófono antes de lanzarse sobre Adrian.

Después de todo, Adrian no pronunció las palabras de bienvenida. Intenté mirarla para sonreírle y reconfortarla, pero pasó con la cabeza gacha cuando fue a sentarse en una de las filas de atrás.

Balboa enchufó de nuevo el micrófono y comenzó. Después de saludar y agradecer nuestra asistencia (¡como si tuviéramos alguna opción!), presentó al primer conferenciante.

—Probablemente se me acusará de favoritismo, pero he escogido para iniciar estas conferencias a mi esposo, el doctor Richard Clarke.

Merry me dio un codazo:

—Me pregunto por qué su apellido es diferente del de ella.

Se veía alto al lado de Balboa, pero ésta es más bien pequeña. Me encogí de hombros:

—Tal vez no quiso usar el apellido del marido; tal vez estuvo casada antes y no quiso cambiarlo de nuevo.

El doctor Clarke colocó una diapositiva en el proyector instalado al lado del podio:

—Aquí tengo unos gráficos —dijo señalando el proyector— que muestran el crecimiento reciente de las carreras científicas patrocinadas por el gobierno... empleos en los cuales es posible trabajar al mismo tiempo para la ciencia y para el país.

Encendió el proyector, pero nada ocurrió.

—No está enchufado —dijo Balboa, buscando el cable y luego el enchufe.

Los encontró, y un segundo más tarde se arrepintió de haberlo hecho. El cable transmitió una descarga que la lanzó contra la pared. Soltó el cable y comenzó a friccionarse el brazo, temblando como gelatina.

El doctor Clarke la llevó a un lado y le suministró en el brazo cariñosas palmaditas. Levantó el cable, lo examinó, lo enrolló y lo colocó encima del proyector.

—Parece que hay un problema eléctrico. Tendremos que proseguir sin los gráficos.

Se volvió y sonrió a la señora Balboa:

—Espero que mi conferencia no te produzca una descarga.

Cuando ella, a su vez, le devolvió la sonrisa, sonrió como nunca he visto a nadie sonreír. Entonces caí en cuenta de que nunca antes la había visto sonreír.

Tuvimos que soportar al doctor Clarke (quien habló de los contaminantes en las fuentes de agua), después a una mujer cuyo trabajo consiste en ir a donde alguien ha muerto, para decir si realmente ha muerto, y a un tipo que trabaja en un laboratorio de cohetes espaciales, antes de que pudiéramos tomar un receso. Me precipité hacia el proyector, pero Tony von Thelan había llegado antes que yo. Me le acerqué, pero sólo porque no había otra forma de ver qué le había producido semejante descarga a Balboa.

Bueno... está bien: no era la única razón, pero sí una buena excusa.

—Alguien recortó la envoltura plástica —dijo, enseñándome un cuadrado perfectamente recortado en la cubierta plástica del cable. Los brillantes alambres se veían en el interior.

—Cuando enchufó, sus dedos estaban tocando el metal del cable. Es como si hubiera metido los dedos en el enchufe —dijo—. ¡Electrizante!

Rió de su propia broma, y yo también, aun cuando no la consideré muy divertida. Leí un artículo donde afirman que los chicos odian a las chicas que no se ríen de sus bromas.

—¿Estás seguro de que alguien lo hizo? ¿No podría suceder accidentalmente? —pregunté.

La mirada que me lanzó me hizo saber con toda claridad que definitivamente pensaba que estaba tratando con una idiota.

—Imposible —dijo, y se alejó. De nada valió reírme de sus bromas.

Después de la asamblea encontré a Justin y a Adrian reunidos en la cafetería. Aún se veía disgustada.

—Estaba *tratando* de ponerme en un aprieto —decía Adrian.

Se hallaban tan embebidos en su conversación que ni siquiera me dirigieron un «hola».

—Eso no es cierto —decía Justin, en tono apaciguador, intentando defender a Balboa y consolar a Adrian al mismo tiempo—. Ella no es así.

—Eres el único en la escuela que opina en esa forma. Cualquiera hubiera pensado que me respetaría por esforzarme en mejorar las relaciones entre estudiantes y profesores; pero en lugar de esto, tenía que humillarme delante de todos.

Si yo hubiera sido Justin, le habría hecho caer en cuenta que era ella misma quien se había humillado al decir palabrotas frente al micrófono. Pero él se limitaba a asentir con la cabeza.

—Bueno, Adrian —dije—, al menos Balboa recibió su merecido por haberte sacado del podio.

Me miró, desconcertada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con voz temblorosa.

—La descarga eléctrica. El accidente fue un castigo para Balboa.

Sonrió.

—En realidad —dije—, no estoy tan segura de que haya sido un accidente.

Les conté que al parecer alguien había dañado el cable del proyector.

—Pero nadie podía saber que sería Balboa quien intentaría conectarlo —dijo Justin.

—Es cierto —dijo Adrian—. Todos saben que es Josh Dickerson quien se encarga de instalar el equipo. Si trataran de inculpar a alguien, sería a Josh.

—No, si lo hubieran cortado *después* de que Josh lo instalara —dije, comenzando a imaginar cosas—. Pudieron desconectarlo, cortarlo y luego dejarlo allí para que alguien, es decir Balboa, lo conectara.

—De todas maneras no podían saber que sería Balboa quien lo haría —dijo Adrian.

—Corrieron el riesgo —dije—. Quizás habían asistido antes a una de esas cosas y recordaban que es ella quien se pone al frente.

La siguiente pregunta de Adrian fue para Justin:

—¿Y tú qué opinas?

—Creo que Carter puede estar en lo cierto.

Esto sí que fue una sorpresa.

—¿Por qué? —pregunté.

—Ayer la señora Balboa me confió que había recibido llamadas amenazantes. Le dije que no debía tomarlas en serio.

—¿Qué tipo de amenazas? —preguntó Adrian.

—Como que debe tener cuidado o de lo contrario tendrá un accidente. No me quiso decir exactamente lo que le habían dicho, pero no me lo hubiera contado si no estuviera preocupada. Y contármelo es una manera de preguntarme si tengo idea de quién podría hacer algo semejante.

—Bueno —preguntó Adrian—, ¿la tienes?

—Sé quién *podría* ser —dije. Adrian dejó de entorchar las puntas de su cabello y esperó a que continuara—. Puede ser cualquiera de los alumnos de Balboa. La manera como califica, la manera como distribuye «notificaciones de detención» como si fueran regalos de Navidad, la manera como trata a los estudiantes... *podría* ser casi que cualquiera.



Iba a colocar mi bicicleta en el soporte de estacionamiento cuando alcancé a ver a la señora Balboa al lado de su viejo Dodge. Observé que buscaba algo en su bolso, sacaba todas sus chucherías y las amontonaba sobre el capó.

Bob Earle también la observó y, mientras yo permanecía mirándola, se dirigió a ella:

—¿Algo anda mal, señora Balboa?

—Parece que he perdido mis llaves.

—¿Las olvidaría en el aula?

—Lo dudo, pero es posible.

—Si quiere, iré con usted y le ayudaré a buscarlas —dije.

Me miró como diciendo «*Usted*, Carter Colborn, delincuente, ¿*usted* se está ofreciendo a

ayudarme?» Debo admitir que no intentaba exactamente ayudarlo. Lo que quería era aprovechar la oportunidad para hablar con ella sobre algunas de las cosas que le habían venido ocurriendo, a fin de recoger información para el periódico.

A causa de su pierna enferma, a Balboa se le dificultaba subir al aula por las escaleras. Habitualmente tomaba el ascensor especial para profesores y estudiantes impedidos. Sin embargo para entrar en él se necesitaba tener la llave y Balboa había perdido las suyas.

Mientras caminábamos lentamente hacia el aula, mencioné el sapo en su almuerzo, las llaves amenazantes, la caída frente a la alacena, las fotos en su libro y la descarga eléctrica. Sin embargo, cuando llegamos al aula, simplemente se encogió de hombros:

—Algunas de estas cosas, obviamente, fueron bromas. Otras fueron accidentes. No he conocido un solo profesor que en algún momento no haya sido víctima de bromas semejantes. Y no conozco una sola persona de mi edad que no haya sufrido unos cuantos accidentes.

Tras una breve pausa, dijo:

—Veo que no está buscando mis llaves.

Miré en su escritorio, en el cubo de la basura y en el armario.

—¿Tiene idea de dónde pudo haberlas olvidado?

—Estaba segura de haberlas echado en mi bolso.

Iba a insinuarle que quizá todavía se hallaba confundida a causa de la conmoción, pero decidí no hacerlo.

Bob Earle asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—Encendí su auto —dijo—. Conecté dos cables —explicó—, en caso de que no encuentre usted sus llaves.

Era un acto digno de un embajador. Ella le agradeció.

—Tienes que enseñarme cómo apagarlo, para saber qué debo hacer al llegar a casa —dijo—. Afortunadamente dispongo de otro juego de llaves. Debo regresar aquí para hacer un trabajo esta noche.

Salí detrás de ellos, a recoger mi bicicleta. Se suponía que debía encontrarme con Merry en la biblioteca media hora antes, y sabía que debía estar loca preguntándose dónde me habría metido.

Le conté lo de las llaves de Balboa.

—Carter, todos perdemos la llaves con cierta frecuencia.

—¿Pero no crees que hay muchas coincidencias?

—Hice la lista de todo lo que le había ocurrido a Balboa, comenzando con lo del sapo.

—Sigo pensando que estás haciendo de una pulga un elefante —dijo mientras afirmaba el lápiz para llenar un detalle de un gráfico.

Como de costumbre, yo todavía no estaba preparada para comenzar a trabajar.

—¿Recuerdas que te preguntaste por qué el apellido de Balboa es diferente al del marido?

—Sí...

—Sé cómo podemos averiguarlo.

—Creo que te convendría más averiguar que es la fotosíntesis.

—Sólo tomará un segundo —mentí.

Merry puso a un lado su gráfico y me siguió hasta la sección de libros de referencia.

Pedí los índices del diario del pueblo, *St. Davids Tribune*. Se puede buscar el nombre de alguien en el índice y saber si ha aparecido alguna noticia, crónica o artículo sobre esta persona en el diario. Los índices se remontan a setenta años atrás, así que es posible saber quién se casó, quién fue elegido, quién fue asesinado, o simplemente quién se metió en líos desde entonces.

Revisamos los índices del decenio de 1980, pero no encontramos nada bajo «Balboa». Luego comenzamos con los del decenio de 1970.

—«¡Balboa se casa con Clarke!» —exclamó Merry, como si se hubiese ganado la lotería.

La fecha en el índice era 28/5/79.

Le dije al bibliotecario que deseaba consultar ese diario. Me entregó una cinta microfilmada

que coloqué en un proyector semejante a una pantalla de computador. Encendí, la pantalla se iluminó y comenzamos nuestra tarea.

Pasamos las páginas hasta llegar al 28 de mayo.

—«Beverly Balboa contrae matrimonio» —leyó Merry—. «La discreta ceremonia se celebró en San Agustín, y luego se ofreció una recepción en casa de los novios. La novia es profesora de ciencias dentro del sistema escolar distrital. El novio, el doctor Richard Clarke, es un toxicólogo que trabaja actualmente con la Dirección General de Protección Ambiental de los Estados Unidos. Ambos contraen segundas nupcias. La novia, quien enviudó hace cinco años, conservará su anterior apellido de casada. El primer matrimonio del novio terminó en divorcio».

Buscamos en el índice de 1974 para saber si había alguna información sobre cómo había enviudado Balboa.

Sí, la había.

—«En accidente automovilístico mueren dos personas y queda herida una tercera» —leí—. Dios mío, Mer, esto es lo peor —dije antes de proseguir con la noticia—. «Aproximadamente a las nueve y media de la noche, el auto conducido por el señor Arnold Balboa dio un viraje para evitar atropellar a una ciclista, y chocó contra un poste telefónico cerca de su residencia. El señor Balboa y su hijo de doce años de edad,

Joel, perecieron trágicamente a causa del impacto. Su esposa, Beverly Balboa, quien también viajaba en el auto, se encuentra en estado delicado en el Centro Médico de St. Davids. Los médicos informan que está recibiendo tratamiento para la conmoción, y que será necesario intervenirla quirúrgicamente en la pierna izquierda, como consecuencia del accidente. La ciclista, Carole Markin, de quince años de edad, resultó ilesa».

Merry miraba fijamente, aterrada, mientras yo, sentada allí, me moría de la ira por todas las cosas malas que había pensado o dicho sobre Balboa.

—Se acabó el cuento de la mordedura de serpiente —dije—. Ahora sabemos lo que ocurrió realmente con su pierna.

—¡Ajá! —fue todo lo que por un instante atiné a decir Merry—. ¿Sabes?, hay una parte de mí que desearía que nunca lo hubiéramos averiguado —dijo finalmente, mientras yo desconectaba el aparato—. Pero nos ayudará a comprenderla mejor.

Asentí.

—Tal vez la razón de que sea tan dura con nosotros es porque quiere que tomemos más seriamente la vida, puesto que su propio hijo no pudo vivir la suya.

—Tal vez —dijo Merry.

Intentamos estudiar, pero fue inútil.

—¿De quién es ese Honda?

Por lo regular, un auto desconocido estacionado ante nuestra casa significaba que había un nuevo caballero visitando a mi madre. Pero mamá se encontraba sola en la cocina.

—Es de Adrian. Dice que sus padres se lo compraron como premio por haber ganado el campeonato de debates.

—¿Y qué me comprarás *tú* cuando yo sea campeona de algo?

—Según la clase de campeona que seas. Ahora mismo podrías clasificar como campeona entre los sabelotodos, en cuyo caso no mereces nada diferente de un enjuague bucal con jabón.

—Y a propósito, ¿qué hace Adrian aquí?

—Ayuda a tu hermano a escribir solicitudes de trabajo para el verano. Han hecho un trato: él le ayuda con la biología y ella con la correspondencia. Justin está muy entusiasmado; dice que ella es una persona muy persuasiva. Supongo que por eso es campeona de debates.

En ese momento entraron. Justin se dirigió al refrigerador y Adrian se subió de un brinco a una alta silla giratoria frente al mostrador.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó mamá.

—Irían perfectamente —dijo Adrian—, pero él es excesivamente modesto. Le he dicho que el propósito de estas cartas es jactarse de lo que uno ha hecho.

—Tiene razón, Justin —dijo mamá.

—Lo sé —replicó, mientras trataba de tomar la leche—. Sólo que odio sonar como un creído.

—Pero sucede que tienes mucho de qué presumir —dijo mamá.

—¡Ajá!, como de ser mi hermano —dije.

Adrian rió, pero mamá y Justin se limitaron a poner los ojos en blanco.

—Alguien robó las llaves de Balboa —dije.

—¿Cómo lo sabes? —Justin tomó un trago de leche, directamente del envase de cartón.

—Desaparecieron de donde las había dejado.

—¿Cómo sabes que sencillamente no las perdí? —preguntó Adrian.

—Es una corazonada. Con todo lo que le ha sucedido últimamente...

—La semana pasada no soportabas a esa profesora —observó mamá—, y ahora estás obsesionada con ella. No consigo entenderte.

—Escuchen esto —dije, y relaté lo que había leído en el *Tribune*.

—Eso es horrible —dijo Adrian—. Ahoy siento horror por las cosas que dije después de la asamblea. Alguien debe parar a quien le está jugando esas bromas. Ya ha sufrido bastante.

—Parece que es algo que los embajadores deberían hacer —dijo Justin.

—Lo haremos apenas tu hermana detecte a averigüe a quién debemos perseguir —Adrian miró su reloj—. Debo ir a tomar un bocado antes

del ensayo. Como la junta de la escuela necesitaba el auditorio después de clases, tuvimos que programar el ensayo para esta noche.

—Lláname cuando terminen. Estaré escribiendo las cartas y desearía leerte algunos pasajes —dijo Justin, acompañándola a la puerta.

—De acuerdo —dijo ella—. Será alrededor de las diez.

Tuve que contenerme para no espiarlos y averiguar cómo se despedían.

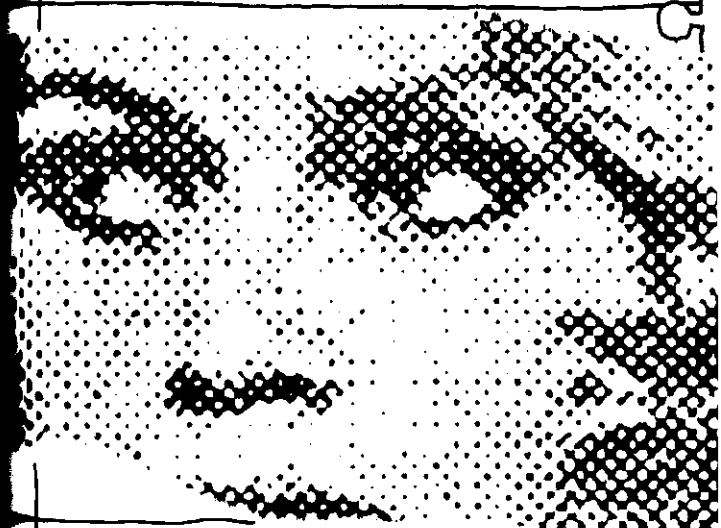
Después de cenar intenté escribir el artículo sobre Balboa, pero no lograba concentrarme. Cuando había empezado a elaborarlo, se suponía que se trataba de un *accidente*. Ahora, sin embargo, parecía ser otra cosa.

¿Qué tipo de estudiante acosaría a Balboa? Un estudiante que quería vengarse de ella, tal vez. ¿Pero por qué? Las calificaciones aparecían como el motivo más evidente. ¿Qué pistas tenía? Donny y sus revistas pornográficas; Judy y Corey y los derechos de los animales. Y podría haber alguien más, alguien en quien yo no estuviera pensando. Alguien que recibía malas calificaciones de Balboa y quería vengarse de ella.

Había una manera de saberlo. Aunque no estrictamente legal, era una manera de averiguarlo.

Llamé a Neil. No le agradaría mi plan, pero de todos modos me ayudaría.

6



Neil se mostró aterrado con mi idea, que consistía en entrar furtivamente en la oficina del director y revisar los archivos para averiguar cuáles estudiantes recibían malas calificaciones de Balboa. Todos aquéllos que tuvieran problemas podrían ser sospechosos.

—¿Estás hablando en serio? —dijo—. No lo he verificado últimamente, pero, hasta donde conozco, eso va contra la ley.

—Ya lo sé —dije—, pero si tomamos las debidas precauciones nadie nos sorprenderá. Además, es por una buena causa.

—No sé que...

—Si no me acompañas, lo haré sola.

Sabía que esto lo haría decidirse. Neil haría

cualquier cosa para demostrar que no es un remilgado.

—Está bien —dijo—, pero si nos sorprendes tú pagas mi fianza.

Acordamos encontrarnos en diez minutos.

—¿Tienes idea de quién puede ser? —preguntó Neil cuando nos pusimos en camino. Había seguido mis instrucciones y llevaba ropa oscura.

—Tengo algunas ideas, pero no estoy segura de nada —dije.

—Creo que es von Findlay —dijo.

Esa no era una de mis ideas.

—¿De dónde demonios sacas esa suposición?

—¿A quién echaron del equipo de baloncesto el semestre pasado por haber reprobado con Balboa?

—A Peter Findlay... pero no veo cómo pudo ser...

—¿Quién corrió a mirar el cable del proyector?

—Tony von Thelan...

—¿Crees que un criminal espera a que la gente decida que él no es culpable? No. Se dirige directamente al escenario del crimen para que nadie sospeche de él. Esto fue lo que hizo von Thelan. Fue a mirar el cable para poder decir «¡Caramba!, mira lo que hicieron», y para que nadie pensara que él lo había hecho.

—¿Pero por qué perseguiría a Balboa?

—Porque cuando Findlay pesca un resfriado, von Thelan estornuda.

—Traducción, por favor.

—Von Thelan reacciona ante cualquier cosa que le sucede a Findlay. Puesto que Balboa hace echar a Findlay del equipo, von Thelan ha de ayudarlo a vengarse de ella... especialmente si sus calificaciones le impiden de nuevo pertenecer al equipo el año próximo.

Quizá Neil tenía una pista. Sin embargo, yo no podía tomar sus sospechas en serio. En primer lugar, estaba lo que yo sentía por Tony. En segundo lugar, Neil sabía lo que yo sentía por Tony. En otras palabras, estaba segura de que Neil quería que yo pensara que Tony era culpable para que me olvidara de él.

Llegamos a la TAD cerca de las diez y media.

—¿Ahora qué?

El rostro de Neil se veía aún más pálido bajo la luz del farol.

—Ahora nos colamos en la oficina.

—¿Cómo?

—El club de teatro tenía ensayo aquí esta noche; debieron de entrar de alguna manera.

Probé la puerta más cercana al auditorio. Funcionó.

Y allí estábamos, con la escuela a nuestra disposición. No era como durante el día. Esto me hizo pensar que lo que hace de una escuela tu

escuela son las personas que asisten a ella. Incluso si las odias. Cuando me gradúe, cuando no conozca a ninguno de los muchachos que voy a estar allí, me sentiré probablemente como aquella noche en la TAD.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —preguntó Neil—. No conozco una sola novela policiaca en la cual el detective no sea pescado, cuando no *apuñalado*, por intentar hacer cosas como ésta.

Sin embargo, él sí sabía lo que estaba haciendo allí... Había venido para poder estar a solas conmigo en la oscuridad. Intentó tomarme la mano.

Me hice la desentendida y me adelanté hacia el despacho de Musgrove a través de la cafetería.

En ésta había alguna iluminación, pero el despacho de Musgrove estaba oscuro como boca de lobo. Los dedos de Neil se aproximaron al interruptor.

—¡No! —le advertí.

—Lo siento —dijo—. No estaba pensando. No me había sentido tan nervioso desde mi *Beit Mitzvah**.

Saqué la linterna del bolso y comencé a iluminar cada rincón.

—¡Shh! —susurró Neil, colocando la mano sobre la linterna para impedir el paso de la luz—. ¿Oíste eso?

* Ceremonia religiosa judía mediante la cual el adolescente es presentado oficialmente ante su comunidad. (N. de la Trad.)

Me quedé inmóvil y escuché.

—¿Oí qué? —pregunté después de unos segundos.

—Estoy seguro de que oí reír a alguien.

Le arranqué mi linterna de la mano.

—Sólo tratas de asustarme para que nos larguemos —dije—. Y no te va a funcionar.

—Te juro que oí algo, Carter.

—Y yo te juro que no oí nada.

Neil se encogió de hombros, y yo continué enfocando con la linterna todos los rincones de la oficina hasta encontrar el computador.

—¿Sabes cómo funciona este modelo?

Evidentemente, Neil no sabía.

—Creo que sí —dije—. Se parece a uno que tiene Art.

Oprimí un botón en uno de los costados. Comenzó a sonar un bleep-bleep y la pantalla se tornó verde brillante.

—Perfecto —dijo Neil—. ¿Y ahora qué?

—Ahora intentaré adivinar.

Pulsé las mismas teclas que hubiera usado en el computador de Art.

—¡Muy bien! —exclamé al conseguir lo que buscaba: un listado de la información contenida en el computador.

—Bueno... ¿pero qué significa? —preguntó Neil, inclinándose sobre mi hombro para ver.

Buena pregunta. Todo estaba en código: ALXMRHS, KLYGD, DNLSHA...

—¡Rayos!; hemos olvidado el anillo decodificador, Sherlock —dijo Neil alegremente. Pensó que tendríamos que tirar la toalla y largarnos.

—Pero podemos descifrarlo —dije.

Ya no estaba tan risueño.

—Probemos con N-E-S-T —proseguí, pues ser el código de «notas de los estudiantes».

No tuve suerte. Se trataba de la «nómina de empleados y servicios temporales».

—Probemos con A-E-R. Quizás sea «archivos estudiantiles recientes».

¡No! Aunque sí era «archivos», se trataba de «archivos de empleados de reparaciones»: una lista de los electricistas, fontaneros, etc., que trabajan para la escuela.

—Si tenemos que revisar todo el listado, estarémos aquí hasta mañana.

Neil realmente quería marcharse, y yo comenzaba a sentirme culpable por haberlo arrastrado hasta allí.

—Está bien. Un último ensayo... A-A-E. Podría ser «archivos actualizados de estudiantes». Así era.

—Busquemos primero a Findlay y a von Thulane —dijo Neil.

—¿Para qué?

—Para verificar mi teoría. Quiero demostrar que estoy en lo cierto.

Supuse que algo le debía por acompañarme. Después de rezar mentalmente para que esto

viera equivocado, busqué las calificaciones de Findlay.

—«70, 60, 60, 50, 40» —leyó Neil en la pantalla—. Esto significa que tiene problemas. ¡Muy bien!

Pero el problema de Findlay era nada comparado con el que se nos avecinaba.

Mis ojos no estaban preparados para la luz artificial, pero Musgrove hizo caso omiso de mi sensible visión. Se abalanzó sobre nosotros, agarrándonos a cada uno por el brazo y sacudiéndonos con tanta fuerza que los dientes nos castañetearon. Nos soltó, miró la pantalla y desconectó el computador, murmurando como un lunático todo el tiempo.

Neil parecía petrificado. Yo tampoco estaba muy tranquila que digamos. ¿Cómo haría para explicar esto? No bastarían mis buenas intenciones. Me preguntaba por qué no lo había previsto.

Musgrove levantó el auricular. Todavía no había dicho una sola palabra. Estaba tan alterado que tuve mis dudas de que consiguiera decir algo coherente cuando finalmente hablara. Lamentablemente, lo consiguió.

—Capitán, le habla Walter Musgrove, de la escuela Thomas A. Dooley. He sorprendido a dos intrusos en el despacho del director. ¿Puede enviar por ellos?

Neil tomó mi mano. La suya estaba tan resba-

losa, húmeda y fría como una lagartija. Aun así se la estreché para darle valor, aunque a mí misma no me sobraba en aquel momento.

Cuando el policía llegó, me dediqué a observarlo para distraer mi mente de lo que estaba ocurriendo. No parecía mucho mayor que Justin. Inclusive era bastante buen mozo. A lo mejor podíamos hacernos amigos, invitarlo en el camino a que se comiera una hamburguesa y después convencerlo de que nos dejara ir a casa en lugar de llevarnos a la estación de policía.

No tuve suerte. En primer lugar, Musgrove nos seguía en su auto. En segundo lugar, el policía no era precisamente el campeón de la charla.

—¿Y reciben muchas llamadas de éstas? —pregunté una vez instalados en la patrulla, Neil y yo en el asiento trasero, detrás de una malla metálica, supuestamente destinada a impedir que los hampones le hagan un chichón al conductor.

—Algunas —respondió.

—¿En serio? —pregunté, intentando imaginar cómo orientaría Adrian esta conversación. Luego me percaté de que Adrian nunca se veía envuelta en este tipo de conversación.

—Deme un ejemplo —insistí.

—Ahora mismo no recuerdo ninguno.

Me incliné hacia Neil y le susurré:

—Un tipo común y corriente, ¿no?

Neil intentó sonreír, pero parecía más bien enfermo del estómago.

Podía ver al policía observándome por el espejo retrovisor. Tal vez pensaba que Neil y yo estábamos tramando el secuestro del coche celular. Qué poco sabía que ya habíamos agotado todas nuestras energías en la escuela, y no nos quedaban agallas para intentar algo semejante.

No deja de ser deprimente pensar que la estación de policía es una de las edificaciones más antiguas del pueblo. Quiere decir que lo primero que hicieron los fundadores del pueblo fue plantearse qué harían con los ladrones.

En todo caso, el edificio es viejo, con techos altos y pisos encerados. Huele a viejo y a humo de cigarrillo, y hay bancas de madera a lo largo del pasillo, donde todos los que han debido esperar allí han grabado su nombre. Alguien debió de esperar tanto tiempo, que añadió el nombre de su novio o de su novia y un comentario sobre ellos. Cuando nos sentamos, puse el todo en «Carol y Mike».

Estaba pensando qué grabaría en la madera, cuando llegó Musgrove. El agente de policía nos condujo al despacho del capitán, quien nos miró fijamente desde detrás de su escritorio, donde se encontraba mordisqueando un bolígrafo.

—No presentaré cargos —dijo Musgrove.

Creo que respiré por primera vez desde que habíamos sido sorprendidos con las manos en la masa.

—Podemos manejar este problema en la escuela —prosiguió—. Espero que no le haya causado molestias el traerlos aquí sólo para sacudirlos un poco.

—En absoluto.

El capitán se sacó el bolígrafo de la boca y se quedó mirándome:

—Te ves muy dulce como para estar fisgoneando en el despacho del director a estas horas de la noche.

—Tal vez *se vea* dulce, pero registra antecedentes disciplinarios de aquí a Filadelfia —afirmó Musgrove—. Pronto entregaremos los informes finales, por lo que supongo que encontraba allí tratando de mejorar sus calificaciones. Y si yo no hubiera permanecido en la escuela para cerrar después del ensayo del club de teatro, se hubiera salido con la suya.

Entonces, era *eso* lo que pensaba. Neil parecía sobresaltarse y se disponía a rectificarlo. Le di un codazo y meneé la cabeza, para advertirle que debía mantener la boca cerrada. Conocí suficientemente la ley como para saber que era mucho peor ser sorprendido mirando las calificaciones de los demás que las propias.

Y como para demostrar que en realidad *iban* castigarnos, Musgrove se volvió hacia mí y dijo:

—Reuniré al comité especial para decidir si se le permite regresar a la escuela el año próximo. Qué maravilla: el internado me esperaba.

El capitán dijo que debíamos llamar a nuestros padres. Hubiera preferido hablar con Art, pero ya tenía suficientes problemas como para cargar a la cuenta de la policía una llamada de larga distancia. Marqué el número de mamá.

Contestó Justin.

—¡Hola, Justin! —dije, como si estuviera llamando desde Disneylandia—. ¿Adivinas dónde estoy?

—Donde sea, será mejor que regreses a casa. Mamá está comenzando su décimo arrebató.

—No puedo ir a casa, Justin, a menos que mamá venga por mí.

—No está de humor para ir a buscarte, a no ser que vaya con una escopeta.

—Bueno, dile que esto está lleno de gente armada.

—Carter, ¿dónde estás?

Se lo dije.

—Será mejor que vaya a buscarte. Inventaremos algo para decirle a mamá.

—Ese es el problema, Justin; dicen que sólo mi madre puede venir a buscarte. No permitirán que me marche contigo.

La madre de Neil se presentó primero. No dijo nada, pero pude ver en el modo de mirarme que no me contaba entre sus personas favoritas.

Cuando llegamos al auto, mamá la emprendió conmigo:

—Apuesto a que sé qué estabas haciendo allí jugando a Nancy Drew. ¿Estoy en lo cierto?

—Bueno, sí —intenté intercalar algunas palabras más antes de que comenzara de nuevo— Es un caso importante...

—Al menos el padre de Nancy Drew era un abogado que solucionaba los problemas de su hija, cosa que tú no tienes a tu favor. Y a propósito, tu padre llamó cuando estabas ausente.

Por todo el camino a casa continuó martilleando: que yo era una humillación para ella; que ya era bastante duro vivir en St. Davids; que cómo podía hacerle esto, sabiendo cuánto había sufrido con el divorcio; que tendría que trabajar arduamente los fines de semana hasta que reuniera el comité especial; que debía abandonar este caso inmediatamente; y — como me esperaba — que no tenía más alternativa que internarme.

No siempre sé cuándo debo permanecer callada, pero esta vez lo supe.

—La única esperanza que te queda, me parece, es resolver este caso —dijo Art.

No le comenté que mamá me había ordenado abandonarlo.

—Debes impresionar a estos papanatas para que te perdonen la intrusión —agregó.

—¿Crees que eso funcione?

—Si logras demostrar que tus intenciones

eran buenas y que proseguiste con el caso y obtuviste resultados... me sorprendería que no funcionara —hizo una pausa—. Y ahora, el sermón.

—Ya lo estaba esperando —dije con voz quejumbrosa.

—Una de las principales reglas que siguen mis detectives —dijo, refiriéndose a sus detectives televisuales— es permanecer dentro de la ley. En cuanto la quebrantan, no son mejores que los hampones a quienes persiguen. Debes ser mucho más sagaz que ellos y esforzarte por realizar tu trabajo de manera legal. Como en el juego, es mucho más fácil ganar si haces trampas, pero necesitas habilidad y astucia para ganar siguiendo las reglas. ¿Comprendes lo que digo, cariñito?

—Sí, Art.

—¿Y lo tendrás en cuenta mientras descubres quién está asechando a Balboa?

—Sí.

—Llámame si me necesitas.

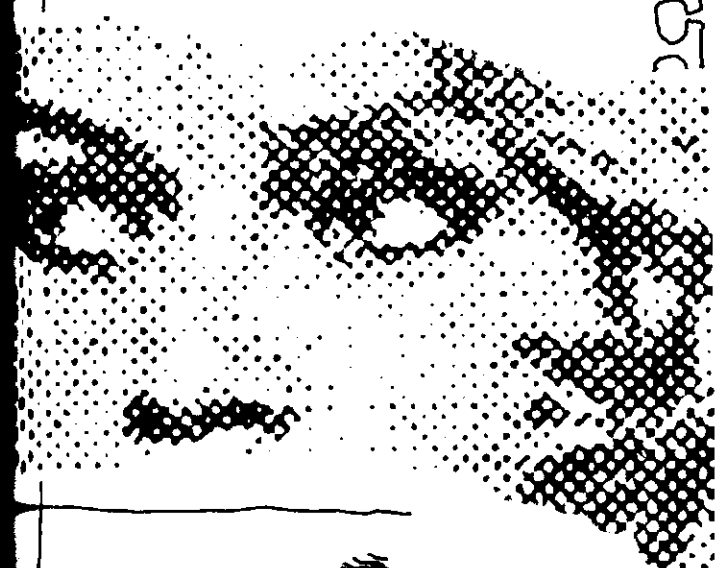
—Me haces mucha falta, papá.

—Yo también te echo de menos, linda. Carter —añadió—, pórtate bien con tu madre. Se preocupa por ti lo mismo que yo, y merece mucho respeto por el solo hecho de aguantarte todos los días.

Lo último lo dijo un poco en broma.

—Lo sé. Trataré.

$$5 + 2$$



Llamé a Neil para disculparme y saber cómo le había ido en su casa. El teléfono timbró largo rato. Estaba a punto de colgar, cuando una voz soñolienta respondió:

—¿Aló?

La voz me recordó algo que había olvidado por completo: la hora. Era más de medianoche.

—Lamento mucho haberla despertado, señora Weinstein. Habla Carter. Será mejor que llame a Neil mañana.

Cuando habló de nuevo, parecía más despierta:

—El padre de Neil y yo deseamos que no tenga ningún trato contigo fuera de la escuela. Es todo lo que tengo que decir. Adiós.

Colgó sin dejarme decir nada, pero daba igual: no había nada que decir excepto «lo siento», y esto no hubiera cambiado nada.

Aun cuando era tarde, no lograba conciliar el sueño, así que intenté trabajar en mi reportaje. Tal vez pensar en los problemas de Balboa podría ayudarme a olvidar los míos, pero no tenía aún suficientes datos para escribirlo. A pesar de lo que pensara Neil, las calificaciones de Findlay no probaban nada. Muchos estudiantes obtienen malas notas y no por eso su mejor amigo se dedica a perseguir al profesor. Se necesitaba mucho más que las malas calificaciones de Findlay para convencerme de que Tony von Thelma tenía algo que ver con lo sucedido.

Puesto que no podía escribir, intenté leer, pero no conseguía concentrarme, así que permanecí acostada, imaginando qué agradable sería ser como Adrian y que todos me quisieran. Esto tampoco funcionó.

Permanecí despierta toda la noche.

El tiempo que tardé en llegar a la escuela el otro día me pareció una eternidad. El tiempo siempre se hace largo cuando se está pensando en algo horrible, como lo espantoso que habría de ser ese día. En primer lugar, todos se enterarían de mi probable expulsión de la escuela. Es un tipo de cosas que se propaga inmediatamente sin que se sepa cómo.

En segundo lugar, habría un repaso para el examen final. Si Balboa me interrogaba, ¿qué iba a decirle? «¿No estudié porque estaba leyendo lo que apareció en los diarios sobre su boda?»

El día comenzó justamente como lo esperaba:

—Supe lo que les sucedió a ti y a Neil anoche

—dijo Linsey cuando nos encontramos frente al casillero.

—¿Ah, sí? ¡Qué bueno! —dije, pensando que de no ser por ella y la «notificación de detención», nunca me hubiera visto metida en este lío.

—No seas tan agresiva —dijo.

Pude haber respondido algo, pero guardé silencio. En ésas apareció Merry:

—¿Viste quién está en la oficina de Musgrove?

Evidentemente no conocía mi problema. Negué con la cabeza.

—Un policía y el doctor Clarke. El marido de Balboa. Y luce horrible, como si hubiera pasado la noche allí.

—Pues no es así —dije, y le expliqué por qué estaría enterada si hubiera pasado allí toda la noche.

—Lo que hiciste fue una estupidez —dijo Merry—. ¡Y el pobre de Neil! Ese tonto haría cualquier cosa por ti.

—No necesitas refregármelo.

Cambió de tema:

—¿Qué crees que hace el doctor Clarke aquí... con un policía?

—No lo sé... a menos que le haya pasado algo a Balboa.

Lo cual, cuando comenzó la clase de biología parecía una posibilidad real: teníamos una sustituta.

Era alta y gorda, con el cabello rubio recogido sobre la coronilla como un pequeño cubo de bordado de basura, y estaba instalando un proyector. Nadie ocupó el puesto que le estaba asignado. Yo me senté al lado de Tony; Judy y Corey, detrás de nosotros.

—¿Viste el almuerzo para hoy? —preguntó Judy a Corey, mientras encendía un Camel detrás de su libro—: Cadáver de vaca licuado.

Un chiste flojo.

—¡Qué asco! —dijo Corey.

Cuando sonó la campana, Donny agitó una Coca-Cola enlatada y la esparció como charpaña.

—Dudo que su profesora les permita hacer esto en clase —dijo la sustituta.

—¡Claro que sí! —dijo Tony—. Es un experimento de termodinámica.

Donny probablemente no sabía qué era termodinámica, pero asintió de todas maneras.

La película trataba del sistema arterial, tema que ni siquiera formaba parte de nuestro programa de estudios. Todos gritaban cuando aparecía sangre, o sea todo el tiempo.

En otras palabras, era el día típico con un profesor sustituto.

Para rematar, Judy y Corey decidieron «liberar» a los ratones. La liberación consistió en abrir las jaulas y dejarlos escapar.

—Ahora habrá espacio de sobra en la jaula para Balboa, si algún día vuelve —dijo Judy.

—Espero que no —añadió Corey.

A juzgar por los alaridos de Winnie Myers, hubiera podido pensarse que los ratones eran monstruos devoradores de carne humana. La profesora cerró la puerta para impedir que escaparan. La mitad de la clase trepó a las sillas mientras que la otra mitad perseguía a los ratones que correteaban por el suelo. Entre tanto, Judy y Corey coreaban: «¡Déjenlos ir! ¡Déjenlos ir!» Sonó la campana y todos escapamos en masa; probablemente los ratones también.

El pasillo estaba congestionado y fue preciso abrirme camino entre la muchedumbre para saber por qué. Todos miraban a Balboa, quien salía del ascensor ayudada a cada lado por Musgrove y el marido.

—Oí comentar que ella había estado allí toda la noche —me dijo Neil, quien finalmente se me había acercado, en tono susurrante, como si temiera que su madre lo sorprendiera hablando conmigo.

Balboa tambaleó, como si en ese instante fuera

a desmayarse... pero el marido la sostuvo firmemente.

—Por favor —era Adrian, dirigiendo su patrulla de voluntarios—, despejen el pasillo para que la señora Balboa pueda pasar y tomar aire.

Hubo protestas, pero los estudiantes dejaron el campo libre. Excepto yo, claro está. Me proponía averiguar todo lo sucedido.

Nadie podía informarme mejor que el guardián de la escuela, el señor Herlihy. Al señor Herlihy le agrada ayudarme. Creo que se debe a que alguna vez le dije en broma que mi padre podría contratarlo para la televisión... y me tomó en serio. Lo cierto es que *sería* un personaje, si actuara tal como es en la vida real. Parece una escalera, de lo alto y delgado que es, y sus cabellos blancos le caen entre los ojos, que son azules... aunque sea difícil vérselos por los gruesos párpados que los cubren.

—Creo —dijo— que alguien se apoderó de la llave de la caja de control y encerró a la señora Balboa aquí.

—Pero ella necesitaba una llave para entrar, ¿no es así? —pregunté—. Entonces, ¿por qué no la usó para salir?

—Porque la caja de control se encuentra aquí afuera, y ella se encontraba adentro —respondió—. La llave funciona desde afuera.

Por eso habían robado sus llaves: para atravesar la puerta y hablar en el ascensor.

Pregunté al señor Herlihy si podía mirar el interior del ascensor.

—Como guste —respondió.

Giró la llave y las puertas se abrieron.

No tuve que buscar demasiado. La única pista estaba delante de mí.

Era una serpiente pintada en la pared, con la lengua afuera, en posición de atacar. Y había algo más: A lo largo de la lengua, en chorreantes letras color sangre, estaba escrito: EMBAJADORES DE LA PERDICIÓN. Y debajo, en letras mucho más pequeñas, alguien había escrito CUIDATE, BALBOA. EDP, con marcador de punta de felpa.

Al observar que el señor Herlihy sacaba un balde del depósito contiguo al ascensor, le pedí que no lavara la pared hasta que mis amigos la pudieran ver. Le dije que vendría con Neil y Merry a la hora del almuerzo.

—¡O.K.! —me dijo, guiñando el ojo.

Neil pidió prestada una cámara fotográfica a uno de los reporteros gráficos del periódico de la escuela, pero cuando llegamos él, Merry y yo al ascensor, la puerta estaba cerrada y ostentaba un cartel: PROHIBIDO PASAR.

—No puedo creerlo —dije, y comencé a pensar cómo lograríamos entrar.

Neil adivinó lo que estaba pensando, y extendió el brazo para detenerme:

—No lo harás, Carter —dijo—. No, después de lo que sucedió anoche.

Tenía razón. Después de todo, uno de los motivos para examinar la pista encontrada en el ascensor era salir del lío en que nos habíamos metido la noche anterior. El otro, claro está, es ayudar a Balboa.

—¡Adelante! —se escuchó la voz del señor Herlihy detrás de nosotros—. Esto no es para ustedes —dijo, retirando y agitando el cartel—. Es para los demás.

Introdujo su llave en la caja de control y cuando nuevo se abrieron las puertas.

Neil levantó la cámara para tomar una foto.

—Asegúrate de que el letrero se vea bien —dijo—. Puede darnos la clave de quién lo escribió.

En seguida Merry raspó la pintura, dejando caer los trocitos en un frasco. Ella encontraría una manera de averiguar qué tipo de pintura era; y tendríamos que descifrar quién podía haberla usado.

—Carter, ¿podemos hablar contigo?

Adrian estaba con Josh Dickerson frente al ascensor. Me aproximé a ellos.

—Alguien nos está haciendo la burla, ¿cierto? O si no, ¿por qué se llaman *embajadores* para hacer algo *así*? —dijo Adrian, señalando el cartel del ascensor.

Josh asintió. Lo miré y me sorprendió no haberme dado cuenta de que era tan guapo.

Que alguien se burlaba de los embajadores era evidente.

—Creo que tienes razón —dije—: se trata de alguien con un morbosos sentido del humor.

—Morboso es la palabra —dijo Josh.

Parecía tímido. Cuando lo miré, bajó los ojos.

—Todo el mundo comenta lo que le ocurrió a Balboa y por qué los embajadores no pueden hacer nada al respecto...

—Sí, parecemos verdaderos estúpidos —dijo Josh, aun cuando se veía que le costaba trabajo hablar.

—Y no es la mejor manera de comenzar —añadió Adrian.

Cuando Josh se esforzaba de nuevo por decir algo, lo salvó el altoparlante:

—¡Atención! —era la voz de Musgrove—. Carter Colborn es solicitada en la oficina del director. Carter Colborn a la oficina del director, por favor.

—¿De qué se trata? —preguntó Adrian.

Aun cuando supuse que se trataba de algo relacionado con la reunión del comité especial para discutir mi expulsión, me encogí de hombros y dije:

—No lo sé.

Habían fijado un nuevo boletín en la cartelera que se encontraba al lado de la oficina de Musgrove: EMBAJADORES DE LA TAD, con la foto-

grafía de Adrian arriba y las de Josh y Bo debajo. Me detuve a mirarlas, más para demostrarle que para otra cosa. Cuando calculé que había hecho aguardar suficiente, entré.

Otra persona se encontraba allí: Donny Gillespie. Donny es un enano, incluso Neil es más alto que él. Fue precisamente Neil quien dijo alguna vez que la foto de Donny bien podía figurar en el diccionario al lado de la palabra «insignificante». Como muchos de los chicos de baja estatura, Donny siempre está tratando de hacerse notar. Y como muchos de los que tratan de hacerse notar, siempre anda metido en líos.

—Le dije que podía retirarse —habló Musgrove.

—¡Bueno, bueno, ya me voy! —Donny se levantó lentamente, como un juguete al que se está acabando la cuerda. Me miró poniendo los ojos en blanco, a manera de comentario sobre Musgrove.

Musgrove se pasó la mano por la cara y sacudió la cabeza.

—Podría hacer algo más que expulsarla por esto —dijo—. Podría hacerla enviar a un reformatorio. ¡Encerrarla! No me mire como si supiera de qué estoy hablando.

—Pues no lo sé.

—¡No lo sabe! —se pasó de nuevo la mano por la cara y se recostó en la silla—. ¿Así que no sabe nada sobre lo del ascensor? ¿Nada sobre la

traña casualidad de que la señora Balboa fuera encerrada en el ascensor precisamente la noche en que la encontré a usted allanando mi oficina?

—Que ¿qué?

—¡Por favor, no se haga la zonza conmigo! —hablaba en serio—. La señora Balboa —prosiguió— dice que fue encerrada a las diez y cuarto. ¿Y a quién sorprendí a las diez y cuarenta y cinco? Le daré una pista: es la misma persona que sólo consigue obtener buenas notas alterando los registros de calificaciones.

—Pues hable con la señora Balboa —dije, con más gallos en la voz que Neil, que está cambiando de voz—. Ella le dirá que he tratado de ayudarle. Ayer mismo le ayudé a buscar sus llaves.

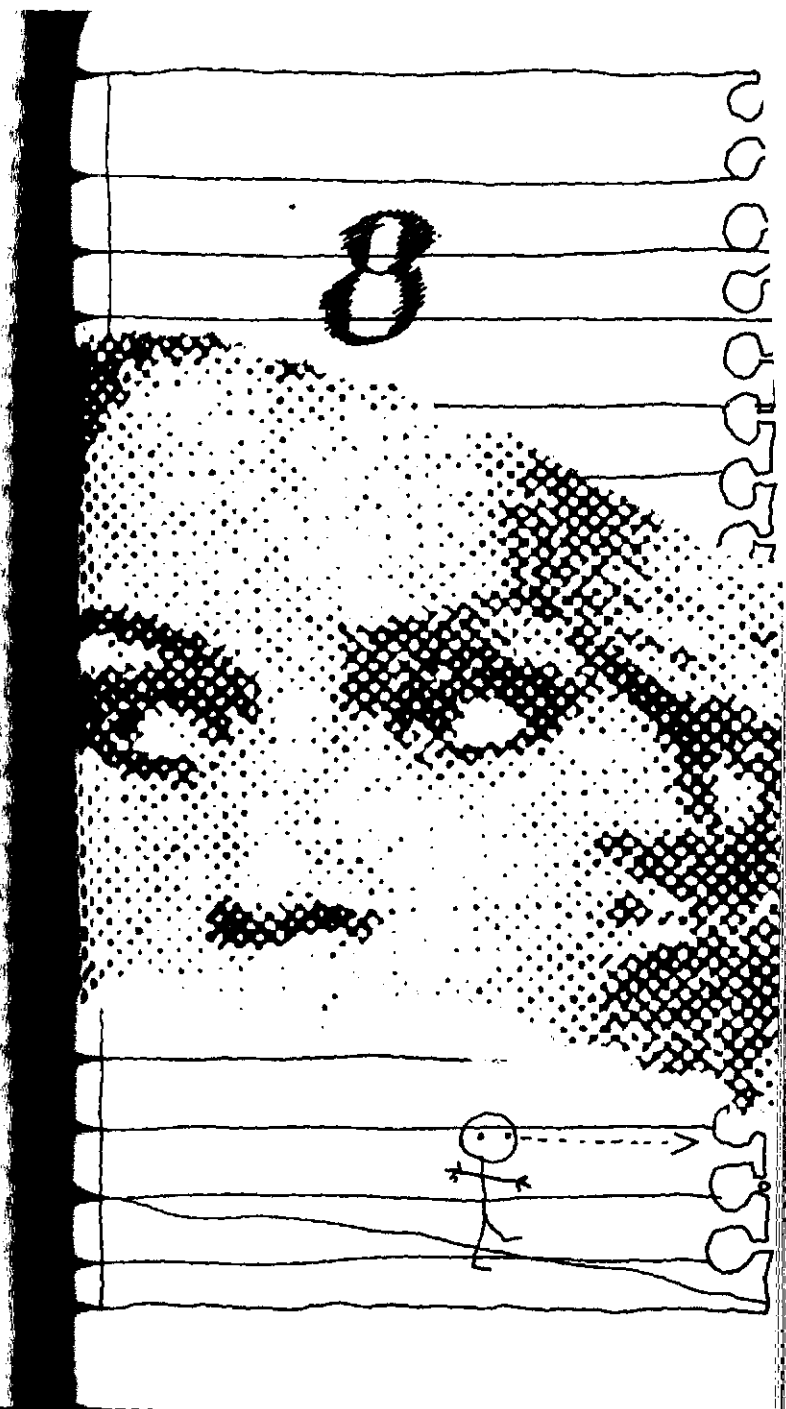
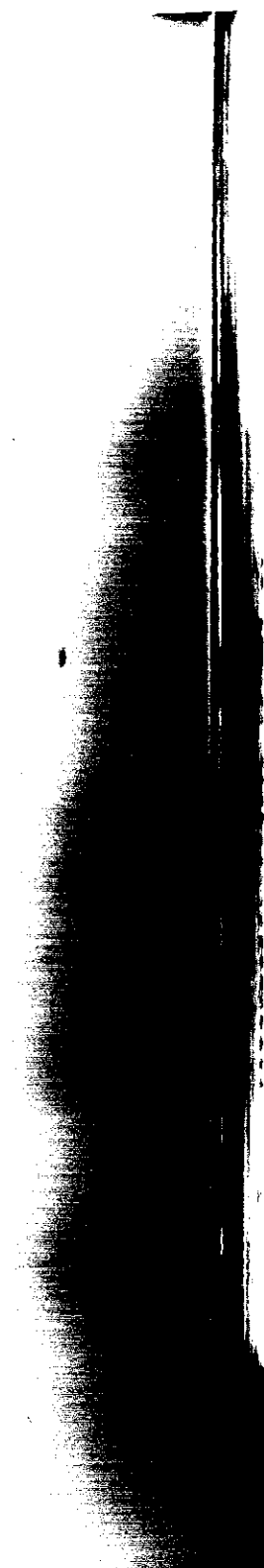
Musgrove sonrió, pero no de felicidad al escuchar que yo era inocente.

—Una persona culpable a menudo intenta ayudar. Es una forma de disimular su culpa.

Era lo mismo que Neil había dicho a propósito de von Thelan.

—¿Cómo puedo probar que no lo hice?

—Dentro de poco se realizará la reunión del comité especial. Entonces podrá tratar de defenderse.



Me encaminé directamente al baño. Antes de verificar si estaba haciendo el ridículo frente a alguien, rompí a llorar. Lloré como había llorado cuando Art se marchó para Los Angeles. En otras palabras, lloré de verdad.

Me oculté en un compartimiento, para sonarme la nariz. Si alguien llegaba a entrar, quería saber qué me ocurría, y hubiera tenido que inventar algo, como que acababa de enterarme de que había sido raptada cuando era una criatura, y que ahora debía ir a vivir con mis verdaderos padres, que eran profesores de matemáticas en Iowa.

Oí rechinar la puerta, y enseguida voces de chicas.

—¿Tu mamá nos llevará en el auto?

—No. Dijo que no me llevaría a ninguna parte esta semana.

—¿Por qué no?

—Porque oyó cuando le dije a Danny que le tiraría un fósforo encendido en el pelo.

Me asomé por la rendija. Eran Judy y Corey. Se estaban peinando los cabellos y maquillándose los párpados.

—¿Qué morbosa eres!

—Sólo bromeaba. Y, además, ¡miren quién le dice!

—¿Y yo qué he hecho? —preguntó Judy, pronunciando las palabras como si efectivamente hubiese hecho algo.

Ambas soltaron la carcajada. Y pensé que quizá yo sabía lo que habían hecho... algo como encerrar a una profesora en el ascensor. Después de todo, ¿no habían dicho que querían que Babo supiera lo que era estar metido en una jaula?

—Entonces supongo que tendremos que irnos caminando hasta el centro comercial, ¿no?

—Supongo.

La puerta rechinó de nuevo y se marcharon.

Después de clases busqué a Merry frente a la casillero e intenté convencerla de que me acompañara al centro comercial.

—¿No hay alguna cosa que quieras comprar?

—Hay un pocotón de cosas que trato de comprar —dijo—. Si gasto más dinero...

—Entonces no lleves dinero.

—Si no llevo, ¿para qué voy?

—Para ayudarme.

—¿Como te ayudó Neil? No, gracias, Carter.

—Esto será completamente legal, te lo prometo —dije.

Le expliqué que quería seguir a Judy y a Corey, pero que necesitaba que ella me acompañara para no parecer sospechosa.

—Está bien —dijo—, pero, por favor, no intentes ninguna de tus jugarretas.

Nos dirigimos, mitad al paso, mitad corriendo, a la avenida central, hasta cuando vimos que Judy y Corey iban un poco más adelante. Era difícil perderlas de vista, pues todos los días vestían de negro; con diferentes vestidos, pero siempre negros. A Judy le iba bien ese color, pues tenía el cabello cobrizo. Pero Corey, con su tez pálida, parecía una mofeta.

Acortamos el paso para continuar detrás de ellas. Cuando entraron al almacén Bloomingdale's, me dispuse a seguir las.

—Apenas salgan —dije a Merry—, tú les sigues la pista. Yo mantendré cierta distancia y me reuniré contigo la próxima vez que se detengan. Toma.

Le entregué un *Walkman*.

—¿Y esto para qué?

—Para andar así —dije, poniéndome los audí-

fonos y meneando la cabeza—. Sólo que no las escuchas.

Merry puso los ojos en blanco.

Entré en el almacén, Judy y Corey se encontraban disparando aerosoles de agua de colonia. Detrás del mostrador, una mujer de delantal blanco todavía no estaba histérica, pero le faltaba muy poco.

—Señoritas, les ruego que se estén quietas.

La mujer, de cabellos negros como encerado y una cara por el estilo, se alistaba a resguardarse detrás del mostrador en caso de que dirigieran las armas contra ella: de ninguna manera quería oler a lo que vendía.

—Llamaré al guarda —dijo.

No deseaba perderme el espectáculo: un corpulento guarda empapado con agua de jazmín.

Pero no tuve la oportunidad. Interrumpieron el juego, colocaron los frascos en su lugar y salieron.

—Intenta aparentar ser joven —dijo Judy de modo que la oyera la señora pelinegra—, pero debe de tener por lo menos treinta años.

—La última vez que vi a mi abuela, tenía mejor semblante que esta mujer —dijo Corey— y eso fue en su *velorio*.

La pelinegra apretó los labios y sacudió la cabeza.

Merry esperaba, meneándose al ritmo de la música, como yo se lo había indicado.

—Son tuyas —dije.

—¿Qué dices?

Bueno, no como yo se lo había indicado: había encendido el *Walkman*. Oprimí el botón para apagarlo.

—Dije: ahora síguelas, por favor.

Comenzó a seguirlas, pero se detuvo.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunté.

—¿Qué debo hacer exactamente?

—Debes escuchar... para oír si dicen algo sobre Balboa.

Partió de nuevo. Vi que las seguía a la sección de ropa en realización. Aproximadamente diez minutos más tarde, salió después de ellas.

—Nada —dijo cuando le pregunté qué había escuchado—. Pero en parte fue culpa mía.

—¿Ah sí? —dije.

—Eché mano a cualquier cosa del perchero, para poder seguirlas al vestuario.

Se detuvo.

—Continúa —dije.

—Entré al vestuario contigo, pero cuando se probaron los vestidos salieron para mirarse en el espejo del pasillo.

—¿No las seguiste allí?

Negó con la cabeza.

—Lo que había llevado conmigo era un vestido de maternidad. Hubiera quedado como una tonta probándomelo.

Esta vez me tocó a mí poner los ojos en blanco.

—Por cierto, Carter —Merry deseaba cambiar de tema—, se marcharon por allí.

Quería decir que habían entrado en un almacén de artículos y materiales para pintar. Cuando llegamos estaban mirando pinturas.

—Este es el color que usaré cuando pinte retrato —dijo Judy.

Miré de soslayo para ver a cuál se refería: el amarillo mostaza.

—Estás mal de la cabeza —dijo Corey.

—Soy precisa —replicó Judy.

—Y éste es el color que usaría para ti.

Corey señaló el verde limón.

—Pero si tú no puedes pintar, idiota.

—Cierto.

—Veamos —dijo Judy—: Necesito éste, éste y definitivamente éste. Este también sería bonito.

Señalaba diversos colores. Se inclinó para susurrar algo al oído de Corey. No logré atrapar una palabra.

Entonces Corey se dirigió al mostrador para pedir que le ayudaran a escoger un caballete de los que se encontraban en la parte trasera de la tienda. Mientras tanto, Judy puso manos a obra. De dos en dos, dejó caer los tubos de pintura entre su bolso.

Un segundo más tarde se encontraba fuera de allí.

Lo correcto hubiera sido denunciarla. Lo c

recto hubiera sido dirigirme al vendedor y decirle que lo habían robado.

Pero no lo hice. No estaba pensando. O, mejor dicho, estaba pensando en las ganas que tenía de que las agarraran por todo lo que le habían hecho a Balboa, y no por robar algunas pinturas a un vendedor.

Verifiqué la marca de las pinturas que habían escogido. Regresaría más tarde a comprar un tubo para que Merry pudiera compararlo con las muestras del ascensor.

Cuando salí a la calle, Merry estaba conversando con un muchacho alto y delgado: Bob Earle.

—¡Hola, Carter! —dijo, en un tono de voz dos veces más alto que el que normalmente empleaba—. Conoces a Bob, ¿cierto?

—Sí —dije—. ¡Hola!

No era el momento para que Merry coqueteara.

—Justamente estaba felicitando a Bob por llegar a ser embajador.

—Merry —dije—, ¿dónde están nuestras amigas?

Se cubrió la boca con ambas manos.

—Debo irme —dijo Bob—. Me gusta haberlas visto.

—Las perdimos —dije.

—Yo las perdí —dijo Merry, a manera de disculpa.

—Espero que al menos te haya invitado a salir.

Merry movió negativamente la cabeza.

Decidimos ir a comer algo. Afortunadamente Judy y Corey habían tomado igual decisión. En el Big Burger, hicimos cola detrás de ellas, para pedir unas hamburguesas.

—¿Cómo te sentirías si alguien te hiciera picadillo y te achicharrara en aceite hirviendo? —dijo Judy al muchacho de cara con acné que le preguntó qué deseaba comer.

El pobre carecía de agudeza para responderle.

—¿Cómo puedes levantarte todas las mañanas —prosiguió ella— sabiendo que pasarás el día echando trozos de vaca en una sartén?

Aunque continuamos observándolas a medida que se desplazaban de sitio en sitio, no era preciso seguirlas para saber que en todas partes decían más o menos lo mismo.

Mientras tanto, Merry y yo entramos a la *Pet Bakerie* y nos comimos unos panecillos, esperando que el dúo temible prosiguiera su camino.

Las seguí a una tienda de mascotas. Lo primero que hicieron fue preguntar al vendedor cómo se sentiría entre una jaula del tamaño de una caja de zapatos. No les prestó atención.

Luego se pasearon frente a una hilera de perros y gatos enjaulados. Observaron cómo la vendedora entregaba un perrito a un niño de seis años y, al igual que en la tienda de pintura

Judy se inclinó hacia Corey para decirle algo al oído. Lo primero que recordé fueron los ratones de la clase de biología, y pensé que «liberarían» a los animales de la tienda.

Pero lo que tenían pensado era mucho peor.

Esperaron a que la madre del niño se acercara al mostrador para pagar.

—Si yo fuera tú, no llevaría ese perro a casa —dijo Judy al niño.

—Yo tampoco —apoyó Corey—. ¿Sabes lo que le ocurrirá cuando crezca?

El niño negó con la cabeza.

—Le dará tanta hambre, que la comida para perros no le bastará.

El niño no comprendió. Entonces Judy se lo explicó.

—Te comerá a ti.

—Tu madre está comprando el perro porque quiere deshacerse de ti —dijo Corey.

El niño soltó al perro y quedó paralizado. Judy y Corey huyeron rápidamente. No estoy completamente segura, pero me atrevería a apostar a que estaban muertas de la risa.

El perrito corrió hacia la puerta, pero lo atrapé antes de que pudiera salir. Intenté dárselo al niño, quien usaba la falda de su madre como usábamos nosotros las cortinas del salón cuando jugábamos a las escondidas.

—Esas son unas mentirosas —dije—. Es un lindo perrito. Nunca te comería.

La madre del niño me miró como si yo fuera una chiflada peligrosa, pero no me molesté en darle explicaciones. Abracé al perrito y lo acaricié hasta que el niño comprendió que no le haría daño. Se lo entregué y salí.

Merry me esperaba. Le dije que era hora de partir. Judy y Corey me tenían enferma. Y aunque cuando no contábamos con una prueba concluyente de que le hubieran hecho daño a Bebo, al menos sabíamos que eran lo suficientemente malvadas como para haberlo intentado.

Entramos en la tienda de pinturas y con dinero de ambas compramos un tubo. Después nos fuimos a casa.

Puesto que no me estaba permitido salir durante el fin de semana, intenté olvidar que era viernes por la noche. La manera más fácil de olvidarlo era hacer mis deberes, que siempre posponía hasta la noche del domingo. El examen de biología sería el lunes. Era mi oportunidad de actuar responsablemente y no esperar hasta el último momento para comenzar a estudiar.

Mientras les echaba un vistazo a mis apuntes de clase, pensé en una de las ventajas que podía obtener de ir al internado: me alejaría de las fiestas de mamá. La de esa noche era tan ruidosa que a duras penas logré oír el timbre del teléfono, y después la voz de Merry al otro lado de la línea.

—He comparado las muestras y la pintura que compramos no es del mismo tipo de la que usaron en el ascensor —dijo—. Las comparé también con las pinturas que se utilizan en la escuela, y tampoco coinciden. Lo único que puedo decirte es que se trata de una pintura muy pigmentada. Llamé a la tienda y el vendedor me explicó que la cantidad de pigmentación es proporcional al precio: puede llegar a costar hasta veinte dólares el tubo.

Habíamos pagado sólo cinco.

Llamaron a mi puerta y sin aguardar a que le permitiera pasar, un hombre alto y bronceado, de traje oscuro, entró y empezó a echar una ojeada a mi cuarto.

—Espera nada más un segundito —dije a Merry—. ¿En qué puedo servirle, señor?

Si no tuviera tan buenas maneras, le habría dicho: «Perdone, amigo, pero la parranda es abajo».

—Sólo estaba mirando. Linda casa.

No parecía un tipo dispuesto a amenazarte con un cuchillo, pero de todas maneras no me agradaba que un extraño se paseara por mi habitación. El lo notó.

—Trabajo en finca raíz —dijo—. Casas.

Sacó una tarjeta del bolsillo: «John Ely / Mejores Hogares y Cía.» Había un esbozo de una casa en el borde inferior, y un número telefónico al lado.

—Gracias por permitirme mirar —dijo—. ¿tú eres...?

—Carter.

—Eso es —dijo—. Tu madre me habló de Bueno, gracias, Carter. Nos vemos.

Al salir, dejó la puerta entreabierta.

—Merry, ¿todavía estás ahí?

—¿De qué se trataba?

—De un amigo de mamá fisgoneando.

—¿Es atractivo?

—Tal vez. Un poco. No lo sé.

No quería hablar de él. Me ponía la carne gallina.

—¿Entonces estás decepcionada? —preguntó Merry.

Pensé que continuaba hablando del hombre.

—¿Te importaría cambiar de tema?

—Pues creí que tenías mucha prisa por resolver el caso.

—Lo siento —dijo—. Me confundí. ¿Decepcionada de qué?

—De que las pinturas no coincidan.

—Seguro. Pero es sólo una pista. Sólo porque no hayamos podido establecer una conexión entre Judy y Corey y las pinturas no significa que no lo hayan hecho. El hecho es que Judy pintó lo hubiera podido hacer.

—Cierto.

—¡No puedo creerlo!

—¿Pasa algo malo?

Coloqué el auricular lejos de mi oído para que ella pudiera escuchar el ruido.

—¿Escuchas eso?

—Muy poco: ¿Qué es?

—Esa canción.

—¡Oh noooo!

Toda la casa vibraba con la melodía. «Con tan salvaje sensación / haces cantar mi corazón...». Se escuchaba prácticamente en todas las fiestas.

—¿Dónde consiguió tu madre ese disco?

—Creo que era una melodía de gran éxito cuando ella estaba en la escuela secundaria.

—Me lo imagino —dijo Merry—. Bueno, debo arreglarme para salir.

—¿Qué harás esta noche? —pregunté, aunque no deseaba saber lo que me estaba perdiendo.

—Iré a cine con Neil.

—Si la ves, saluda a la señora Weinstein de mi parte —dije.

—Ajá —respondió Merry—. Seguro.

No había acabado de colgar, cuando el teléfono sonó de nuevo. Era Neil.

—¿No temes que tu madre se entere? —pregunté.

—No te preocupes, ya tengo algo pensado, si me presenta el caso. Y hablando del caso... ¿cómo va?

Le conté lo que Merry había dicho sobre la pintura: que era muy costosa.

—Entonces busca a alguien que sea un pintor serio o que viva con alguien que lo sea.

—No necesariamente —dijo—. Puede haber comprado la pintura sólo para esta ocasión.

—De ningún modo. ¿Quién va a comprar tantos botes de pintura de veinte dólares sólo para asustar a Balboa? Usará los que tenga. Como el de aquel libro que leí. Hay un tipo que quiere matar a su casera. ¿Sale y compra una pistola? No. Sólo usa un hacha que encuentra allí mismo.

—¿Y la mata?

—Sí, pero después vivirá arrepentido.

Alguien levantó el auricular de la derivación del teléfono.

—¿Neil? —era su madre—. Neil, ¿con quién hablas?

—Con Marko. Ya estábamos terminando. ¡chao, Marko!

Y colgó.

Pero sólo por un momento. El teléfono sonó de nuevo, y era otra vez Neil, susurrando:

—Tengo que darme prisa —dijo—. Estoy averiguando y descubrí que la madre de Walter Thelan enseña arte en el Centro de Educación Continuada. Sus materiales para pintar probablemente no sean malos.



Cuando me levanté a la mañana siguiente, dejé bajadas las persianas para olvidar que era sábado. Aun cuando no estaba segura de lo que diría, comencé a escribir el artículo sobre Balboa. Ya había vencido el plazo, pero sabía que si lo entregaba el lunes podría salir en el próximo número. Sabía que muchos lo leerían, pues todos comentaban lo sucedido a Balboa.

La primera víctima fue encontrada tendida frente a la alacena.

La segunda víctima fue sacudida por una descarga eléctrica.

La tercera víctima pasó la noche encerrada en un ascensor.

¿Qué tienen en común las víctimas uno, dos y tres? Son la misma persona: Beverly Balboa, nuestra profesora de biología.

Había escrito lo anterior cuando sonó la campanilla de la puerta. Y volvió a sonar. Si sonaba otra vez, sabía quién la iba a pagar: yo.

Era Adrian. Se veía triste.

—Creo que Justin duerme todavía —dijo— pero, si lo deseas, pondré en peligro mi vida intentando despertarlo.

—Vine a verte a ti —dijo.

La miré con mayor atención: había estado llorando.

La hice pasar y permanecimos de pie en la entrada mientras buscaba algo en su bolso.

—Sé que tu madre y Justin desean que abandones esta investigación, y yo no quiero que tengas problemas, pero... esto llegó ayer por correo —dijo, entregándome un sobre.

Estaba dirigido a ella, sólo que, en vez de estar escrita a máquina o a mano, la dirección estaba compuesta de letras recortadas de periódicos. Era un viejo truco: así nadie puede reconocer la letra ni el modelo de la máquina de escribir.

—Abrelo —dijo.

Adentro se encontraba una copia de la foto de Adrian que había aparecido en el *St. David's Tribune*.

Pero había una diferencia entre esta fotografía

y la que había visto en su casa. En la que su madre me había enseñado no aparecía el dibujo de una serpiente enroscada alrededor del cuello de Adrian, como si se dispusiera a morderle los ojos.

Y había algo más: en la parte inferior, las palabras «Embajadores de la Perdición», también escritas con letras recortadas de un periódico.

—Se trata de una amenaza, ¿no es cierto? —preguntó.

—No es una esquila de amor —respondí—, pero yo no me daría por aludida.

—Perdona que te lo diga, Carter, pero eres absurda. ¿No ves que esto es algo personal contra mí?

Sostuvo la foto ante mis ojos. Era difícil contradecirla.

Sin embargo, intenté hacerle ver las cosas de otra manera.

—No creo que tengan nada contra ti. Lo que los desquicia es lo que representas: la ley, el orden, el espíritu de la escuela. Temen que los embajadores les arruinen su diversión: torturar a Balboa.

Metió de nuevo la foto en el sobre y me la entregó:

—Me pone la carne de gallina. Quédate con ella. Es probable que la necesites como prueba, ¿no crees?

—¡Adrian!

Justin se encontraba en el descanso de la escalera, con el cabello flotando en todas las direcciones.

—Pensé que habíamos dicho que a la una.

—Cierto —respondió ella en un tono de voz mucho más alto que el que había empleado conmigo.

Odio cuando las chicas cambian de tono de voz para hablarle a un muchacho. Siempre me suena falso, y me negaba a creer que a mi propio hermano eso le hiciera perder la chaveta por ella.

—Pero tengo ensayo más tarde —prosiguió— y un millón de cosas que hacer antes. Espera que pudiéramos trabajar un poco ahora.

Antes de que terminara su explicación, Justin estaba ya con nosotras.

—Bien —dijo—, ¿pero trajiste los discos?

—Aquí están —dijo buscando de nuevo en el bolso, esta vez para sacar cuatro platillitos de vidrio.

—¿Qué es eso? —pregunté.

No me interesaba saber para qué servían tales discos; sólo quería recordarles que aún no los encontraba allí.

Justin respondió:

—Discos de Petri.

—Son para mi trabajo de biología —dijo Adrian—. En ellos se crían las bacterias.

Mientras hablaba, Justin la observaba detenidamente:

—¿Te encuentras bien?

—Sí, claro —dijo ella—. ¿Por qué?

—Parece que hubieras llorado.

—¿Sí? —dijo pasándose la mano por los ojos—. Será por el frío. El día está un poco feo.

Enjugó de nuevo sus lágrimas, pero aún estaban allí cuando retiró la mano.

—Supongo que debemos trabajar entonces —dijo Justin.

—Supongo —asintió Adrian, siguiéndolo al sótano, donde Justin tenía su laboratorio desde hacía diez años, cuando había recibido un juego de química como regalo de Navidad. Antes de desaparecer por la escalera, Adrian me miró y murmuró:

—Gracias.

Yo también hubiera debido agradecerle, o, mejor dicho, agradecerles a ambos por hacerme saber lo que se siente cuando se es invisible.

—Disponen de una hora para responder el examen —nos comunicó Balboa ese lunes.

Su aspecto no era mucho mejor que cuando había salido del ascensor. Su piel se veía gris, como ciertos hongos.

—Por favor —prosiguió—, retiren todos los libros y cuadernos de sus pupitres. Pueden comenzar en cuanto reciban el cuestionario.

Entregó una pila de papeles a la primera persona de cada hilera, quien los pasó hacia atrás.

Dennis Erdman me hizo llegar los dos últimos, tomé uno para mí y le di el otro a Linsey.

—¡Suerte! —dije.

—¡Ja! —fue su respuesta.

Sabía lo que quería decir.

Un bodoque de papel me dio en la nuca. Me volví y vi a Neil, que quería decirme algo.

—¿Dónde está tu novio? —susurró.

Tony estaba ausente. Findlay también.

Neil levantó una ceja y movió vertical y repetidamente la cabeza, ademán que había copiado de las películas de Humphrey Bogart que a veces veía en videocasetes pertenecientes a sus padres.

Fingí no hacerle caso. Pero tenía razón. Era extraño que ambos hubieran faltado al examen.

El único sonido que se escuchaba en el aula era el del roce de las zapatillas deportivas de Balboa sobre las baldosas, a medida que se paseaba, cojeando, por entre las hileras de pupitres. Hubiera preferido que no lo hiciera. Sentí como si ya me estuviera calificando. Cuando llegó a mi hilera se detuvo tanto rato, que comencé a pensar que debería invitarla a tomar asiento y ponerse cómoda.

De pronto se inclinó y sacó una hoja de papel de entre los libros que se encontraban al lado de mi pupitre. Estaba tan cerca de mí que pude sentir cómo comenzaba a temblar. Entonces, me agarró por el brazo y me arrancó del asiento. A la vista de toda la clase, me arrastró al pasillo.

—¿Qué se supone que debo hacer con esto?

Balboa agitaba la hoja ante mis ojos.

—¿Qué es?

—¿Qué es? —remedó—. ¿Qué es? ¡Usted es la que debe decirme a mí qué es!

Me puso el papel bajo las narices. Era un ejemplar del cuestionario... que había sido llenado con todas las respuestas.

—¿Cómo pudo pensar que se saldría con la suya!

—Pero yo...

—Ahórrese sus explicaciones —interrumpió—. Ya se lo explicará al señor Musgrove.

Me entregó una nota para el director y, como si yo no conociera el camino incluso dormida, señaló hacia su despacho.

—Espere allí hasta que yo llegue.

—¿Y ahora qué, Carter?

Musgrove escasamente se dignó levantar la vista de su escritorio cuando entré.

¿Cómo decirle a alguien dispuesto a culparte probablemente de todo, desde el asesinato de Lincoln hasta la guerra en el Medio Oriente, que has sido acusada de algo que no has cometido?

—La señora Balboa me envió —expliqué, con el tono de voz que habría empleado para decirle a mi madre que había quebrado una de sus apreciadas copas de cristal—. Ha habido un malentendido.

Depositó su estilográfica en el escritorio, se pasó la mano por el rostro y me miró entrechirrando los ojos, como si el Sol se encontrara a mi espalda.

Le dije lo que Balboa había encontrado, y dónde.

—Pero no es mío —alegué—. Y no fui yo quien lo puso allí.

—Si estaba junto a su pupitre, encima de sus libros —dijo—, ¿de quién será y cómo llegó allí?

—Es lo que quisiera saber.

Puso los codos sobre el escritorio y se tomó la cabeza con las manos.

—Ya me pareció que algo había detrás de su ofrecimiento a ayudarme a buscar mis llaves —dijo la señora Balboa cuando llegó a la oficina—. Ella sabía dónde estaban las llaves y agregó dando a entender que yo las había tomado—. Lo que en realidad buscaba era una copia del examen. Y la encontró.

Colocó la hoja ante Musgrove.

Intenté recordar que Balboa era una mujer cuya vida había sido marcada por la tragedia, pero en esas circunstancias resultaba difícil hacerlo.

—¿Y bien, Carter?

Musgrove me miró.

Deseaba que yo confesara, pero yo, naturalmente, no podía hacerlo.

—Esto es ridículo —dijo Musgrove—. Ha sido atrapada con las manos en la masa, y sin embargo lo niega. ¿Negará también que se encontraba aquí registrando los archivos la otra noche?

—No —dije—. Pero esto es diferente.

—No veo cuál sea la diferencia. Sólo que lo manejaremos de otra manera, como debiéramos haberlo hecho desde un principio.

Desprendió de una libreta un formulario roscado, lo llenó y me lo entregó.

—Está suspendida hasta el día en que se reúna el comité —dijo.

Recibí el papel y miré a Balboa, pero apartó la vista. No podía creer que todo esto me estaba sucediendo por tratar de favorecerla. Solía pensar que se debía obrar siempre correctamente. Ahora, de repente, ya no estaba segura de que valiera la pena. Si no hubiera tratado de averiguar quién estaba hostilizando a Balboa, no me habrían sorprendido en la oficina del director; por consiguiente, no habrían sospechado que yo había encerrado a Balboa en el ascensor; y tampoco me habrían acusado sin más ni más de hacer trampa en el examen.

No obstante, era demasiado tarde para abandonar el caso. No hubiera sido justo abandonarlo únicamente por estar enojada con Balboa. Quien había intentado electrocutarla y la había encerrado en el ascensor era capaz de todo.

Probablemente, el próximo golpe que diera sería peor.

Había dos razones adicionales para continuar. La primera: se lo había prometido a Adrian. La segunda, aunque no menos importante: tenía que salir victoriosa en la reunión del comité; de lo contrario, sería expulsada de la escuela.

Adrian se encontraba al lado de la oficina fijando la foto de Linsey en la cartelera de los embajadores.

—¡No estarás otra vez en líos! —dijo.

Le contó lo que había ocurrido con el examen.

—¿Pero quién pudo haberlo puesto allí? ¿Por qué te harían esto?

Le dije que eran buenas preguntas, pero que no tenía las respuestas.

—A lo mejor al dueño de ese papel se le cayó junto a tu pupitre accidentalmente —dijo—. ¡Qué cara pondría cuando, confiado en aprobar el examen porque tenía la hoja con las respuestas, se dio cuenta de que la había perdido!

Rompió a reír y, ante eso, tuve que sonreír. Luego se puso seria.

—¿Puedo hacer algo por ti? —dijo—. ¿Qué puedo hacer si entro y doy la cara por ti?

Indicó con la cabeza la puerta de la oficina.

—Gracias.

Lo consideré por un momento y decidí que no funcionaría. Musgrove no es la clase de persona

que permita a un alumno — a ninguno — decirle que está equivocado.

—No creo que sirva de nada. Musgrove ya lo decidió.

—Está bien —dijo—. Pero, de todos modos, si hay algo que pueda hacer por ti...

—¿Que tú has sido *qué*?

Mamá no estaba histérica... todavía. Actuaba más bien como si no pudiera creerlo.

—Sólo hasta la reunión del comité. Y en todo caso, no soy culpable. No lo hice.

—¡Oh, está bien! Explícamelo mejor —dijo en tono sarcástico—. Has sido suspendida pero *sólo* hasta la reunión del comité, momento en el cual probablemente serás expulsada. ¿Lo he comprendido bien?

—No, no seré expulsada.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Tienes graves problemas.

Todavía conservaba la calma. Estaba aturdida, supongo.

Se dirigió a la mesita del teléfono, abrió el cajón y sacó un paquete de cigarrillos. La miré mal: había prometido dejar de fumar hacía algunas semanas. Me devolvió la mirada.

—No tiene derecho a mirarme así, señorita. De no ser por usted, no necesitaría fumar.

Cuando hubo encendido el cigarrillo, buscó un número en el directorio telefónico.

Preguntó por Walter Musgrove.

Mientras esperaba, tamborileaba con las uñas sobre la mesa del teléfono. Al lado de sus dedos tamborileros se encontraba una tarjeta como que me había dado el tipo de finca raíz: «John Ely / Mejores Hogares y Cía.»

Empezaba a preguntarme qué significaba el hecho de que tuviera una de sus tarjetas al lado del teléfono, cuando Musgrove contestó.

—¿Cómo espera mantener su autoridad si insiste en suspender a los estudiantes careciendo de pruebas suficientes? —preguntó mamá.

Escuchó durante un momento.

—Ya sé que ha tenido problemas antes y que no es la señorita Perfecta. Pero también sé que no haría trampa en un examen. Es algo que no haría. Ahora bien: o le permite regresar, o la próxima llamada que reciba será la de mi abogado.

Escuchó.

—Sí, lo estoy amenazando. Es lo que se merece por privar a mi hija de una defensa justa antes de tomar la decisión de ponerla de patitas en la calle. Mañana la enviaré a la escuela, y si regresa por aquí, usted y las otras cabezas huecas que aplican este sistema tendrán algo por lo que preocuparse diferente de saber si un estudiante ha hecho trampa en un examen de biología.

Colgó sin esperar la respuesta. No sabía cómo agradecerle o morirme de vergüenza.

—¡Este pueblo! —gritó al teléfono antes de volverse hacia mí—. ¡Y tú! —me tomó desprevenida—. Te portas como si yo no tuviera nada más que hacer que sacarte de problemas. Si por un instante refrenaras tu egoísmo, verías que ahora suceden muchas cosas en mi vida, y no necesito otra crisis.

Dirigí la mirada a la tarjeta que estaba sobre la mesa, preguntándome si John Ely / Mejores Hogares y Cía. no era una de las cosas que sucedían en su vida.

—Lo siento —dije, y era verdad.

—Debieras sentirlo. Realmente debieras sentirlo.

—Perdóname, Carter, pero creo que estás actuando como una tonta —dijo Neil cuando me llamó desde la escuela—. Me recuerdas un caso que apareció en los diarios hace algunos años; una abogada se enamoró de su cliente, que estaba acusado de asesinato. Le ayudó a escapar, aun cuando sabía que era culpable.

—Pero yo no sé si Tony es culpable —dije.

—¡Pero si ni siquiera tratas de averiguarlo! —exclamó Neil y en seguida bajó la voz—. Date cuenta: ninguno de los dos se presentó hoy al examen.

—¿Y?

—Y eso significa que ellos, o al menos uno de ellos, teme reprobado el examen.

—¿Y?

—Y si sabes que un profesor te va a reprobar ese profesor no gozará exactamente de tu afecto. Y no te olvides que, si no pasan, no podrán jugar en el equipo. Ya hablamos de esto antes.

—Pero sólo porque no sea tu profesora favorita, no necesariamente vas a encerrarla en el ascensor...

—Tú y yo no lo haríamos, pero estos dos tipos que se sabe que han hecho cualquier cantidad de salvajadas... *podrían* hacerlo.

—Puede ser...

—Oye, yo sé que estás enamorada de él...

—¡No estoy *enamorada* de él!

—No me tomes el pelo, Carter. Lo sé. Pero si quieres escucharme, ¿por favor? —hizo una pausa—. Sé que estás enamorada de él, pero si deseas resolver este caso, debes decidir qué tiene prioridad.

Estaba furiosa con él... porque sabía que tenía una razón. Aunque no me gustara, había motivos para sospechar de von Findlay. Y aun cuando hubiera preferido sospechar de Judy y Carter, había motivos para investigar. Fue lo que hice aquella tarde.

El césped de la casa de Findlay crecía con los pelos cortados en forma dispareja. En el patio delantero había dos autos vueltos chatarra. Parecía como si pájaros gigantes los hubiesen da-

do caer allí. Recosté mi bicicleta contra uno de ellos.

La casa se veía tan arruinada como los autos: la pintura se caía a pedazos; la fachada parecía un enorme rompecabezas al que faltaran algunas piezas. No existía ni la más remota esperanza de hacer sonar el timbre, así que golpeé.

Entonces sentí pánico: había olvidado programar qué iba a decir. No podía dar a conocer el verdadero motivo por el cual me encontraba allí: averiguar si Findlay se había volado de clases. Rogué que no hubiera nadie en casa.

Pero había alguien. Abrió la puerta y se mantuvo meciéndola, agarrado de la manija, mientras esperaba que le explicara el motivo de mi visita. Era una versión aumentada de Peter. Tenía puesta una camiseta con el hombro roto, del que colgaba la manga casi totalmente desprendida. Desde donde me encontraba podía oír suficientemente la televisión para darme cuenta de que el programa que estaba viendo incluía una buena cantidad de balas.

—¿Está Peter?

—No.

—¿No sabe dónde está?

—No.

—¿Sabe a qué horas vuelve?

—No.

—¿Cree que esté en casa de Tony?

—Tal vez.

—Bueno, muchísimas gracias.

Sí, muchísimas gracias.

No me dijo mucho, pero al menos no habíam perdido totalmente mi tiempo: averigüé que Peter Findlay no estaba enfermo en casa.

Con frecuencia había pensado cómo sería la casa de Tony, pero nunca imaginé que ocurriera como aquel día. Me avergüenza confesar lo que yo había imaginado, pero ciertamente no consistió en acercarme sigilosamente a la casa para buscar pruebas de que estaba aterrorizando a una profesora.

Excepto por el auto destartado a la entrada de la casa de von Thelan no se parecía en nada a la casa de Findlay. Las semejanzas entre ellos debían tener un límite, supongo.

Por la forma como estaba cuidado el jardín hubiera podido encontrar una mansión. Había sembrado algunos bancales de flores e instalado piletas para pájaros: tres. Pero se trataba de una casa móvil a la que habían quitado las ruedas. Estaba oxidada en la parte inferior, lo que hace pensar que había estado allí largo tiempo.

Dejé mi bicicleta junto al auto y me dirigí hacia la puerta, sintiendo como si alguien estuviera martilleando dentro de mi corazón: pum (espero que esté en casa), pum (espero que no).

No estaba en casa. No había nadie. El martilleo cesó.

Observé el lugar, no porque esperase encontrar algo relacionado con Balboa, sino sólo por estar ahí, donde Tony comenzaba y terminaba el día.

El patio trasero parecía el suelo de una ferretería después de un huracán: puntillas, herramientas, cables eléctricos por todas partes. Todo ese montón de cosas se encontraba mejor organizado a medida que me acercaba al auto, que parecía a punto de resbalarse de los ladrillos que supuestamente debían sostenerlo.

Detrás del auto había un garaje. Me dirigí allí y pegué la cara contra el vidrio de la ventana. Alguien lo usaba como dormitorio; por los afiches de baloncesto en la pared, deduje que se trataba de Tony. Puse las manos a modo de visera para bloquear el reflejo de la luz, y observé su habitación lo mejor que pude a través de mi propio reflejo y de las vetas mugrientas del vidrio.

—Un poco desordenado, ¿eh?

La voz me dejó tiesa como un palo. Tony se encontraba detrás de mí, con los brazos cruzados:

—Si hubiera sabido que ibas a venir, habría limpiado un poco.

—Me pareció haber visto a mi perro entrar en tu jardín —dije, como si esto explicara por qué me encontraba observando a través de la ventana de su cuarto.

—¿Qué clase de perro?

No había pensado en esto.

—... Un perro pequeño.

—¿De qué raza? —preguntó—. ¿poodle, sch
nauzer, salchicha...?

—Un gozque. Un gozquecito negro, lanoso
Parece más bien un gato.

Quise morir, pero opté por una segunda solu
ción: me dirigí hacia mi bicicleta.

—Te contaré si lo veo —dijo—. ¿Cómo
llama, por si las moscas?

Otra cosa en la que no había pensado.

—Fido —dije.

Entonces tuve una inspiración:

—Iba a ponerle Balboa, pues ella es como
perro. Pero luego pensé que sería injusto con
pobre animalito indefenso.

Esperé su reacción, pero no fue mucho lo que
dijo:

—Ajá. ¿Estuviste en el examen?

—Estuve más tiempo que tú y que Peter
dije.

Miró sus zapatos, y por un segundo pensé que
iba a romper a llorar.

—Tuvimos un accidente. Peter se encuentra
en el hospital. Estuve con él la mayor parte del
día.

—¿Qué pasó?

Señaló el garaje con la cabeza:

—Estábamos trabajando en el auto esta ma

ñana y uno de los ladrillos se quebró. El auto se
vino abajo —hizo un sonido que suponía ser el
de un auto cayendo— y le aplastó el brazo.

—¿Se repondrá pronto? —pregunté—. ¿Y qué
pasará con el baloncesto?

—No saben aún.

Realmente parecía que fuera a llorar. Hubiera
querido que Neil estuviese allí. Así habría sa
bido que Tony no es el tipo de muchacho capaz
de encerrar a sus profesores en un ascensor.

Esperé a que añadiera algo, pero parecía estar
aguardando que me marchara. Monté en mi
bicicleta.

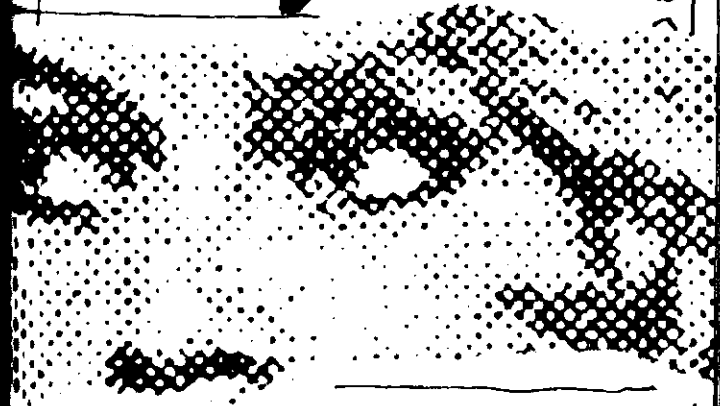
—Bueno, te haré saber si lo encuentro —dijo.

—¿Si encuentras qué?

—Tu perro.

Comenzaba a alejarme, diciéndome a mí
misma que había sido una idiota, cuando vi algo
que me hizo sentir aún peor. Judy Mancini se
dirigía a casa de Tony, y él estaba en la puerta,
aguardándola.

Light



STANDARD

—¿En realidad crees que ella le gusta?
Merry se encontraba al otro lado de la línea telefónica, tratando de hallar otra explicación al hecho de que Judy se encontrara en casa de Tony.

—¿Por qué otra razón habría de estar allí?
—pregunté.

—*Tú* estabas allí, y tú no le gustas —respondió.

—Mil gracias.

—De todas maneras, esto hace más fácil tu caso. Si Tony y Judy están juntos, puede ser que también estén juntos en perseguir a Balboa. Entonces, en vez de tener todos estos sospechosos aislados, tendrías sólo un grupo.

—Preferiría tener a Tony —dije.

—¿Por qué querrías tener el tipo de muchacho a quien le gusta Judy? Si le gusta alguien como ella, no es el chico indicado para ti.

Pensé en las cosas que había visto hacer a Judy en el centro comercial e intenté estar de acuerdo con Merry:

—Quizá tengas razón. Y acerca del brazo de Peter..., incluso si es cierto, ¿por qué trabajaba en el auto en lugar de ir a la escuela?

—Buena pregunta —dijo.

—¿Puedo pedirte un favor?

—¿Qué será ahora?

—Por favor no le digas a Neil que sospecho de Tony. Me siento como una completa estúpida cambiando de idea cada minuto.

—Estoy segura de que lo comprenderá si se lo dices. Recuerda que también es asunto suyo pues puede ser expulsado al tiempo contigo.

—Lo sé. Pero, por lo que más quieras, no se lo digas. Apenas haya resuelto el caso, lo sabrá.

—De acuerdo —dijo—. Nos vemos mañana.

Al día siguiente salí temprano para la escuela con la intención de encontrar a Balboa. Pensaba que si conseguía hablar a solas con ella, lograría convencerla de que era otra persona la que encontraba detrás de las «bromas».

Balboa se hallaba sentada ante su escritorio revisando un montón de papeles: los exámenes

del día anterior. Cuando mis zapatos sonaron contra las baldosas, se estremeció y levantó súbitamente la cabeza:

—¿Qué hace usted aquí?

Se sentía molesta por haberse asustado.

—Sólo quería decirle que siento todo lo que le ha ocurrido...

Me miró como si esperase que en cualquier momento saltara sobre ella.

—Y no hice ni lo del ascensor ni lo del examen.

—Eso ya lo ha dicho usted antes.

Sentí como si ella quisiera que yo fuese culpable. Quizá si le hacía saber que me preocupaba por ella...

—Hace algunos días, cuando estaba revisando viejos diarios para realizar uno de mis deberes —dije—, leí sobre el accidente automovilístico...

Me miró fijamente, y esta vez no pude saber qué decía su mirada. No parecía enojada ni tampoco necesariamente *no* enojada.

—Me hizo sentir aún peor en relación con los hechos que han venido ocurriendo —dije.

Continuaba mirándome fijamente, y entonces comprendí que no debía haberlo mencionado. Debí imaginarme que no podía esperar nada de ella.

—Carter —dijo, colocando su lápiz sobre la mesa—, me gustaría creer lo que dice. Pero es difícil para mí pensar de manera diferente. Una de las cosas que he aprendido de las novelas policíacas

es a buscar un sospechoso que tenga un motivo y una oportunidad. Sin entrar en detalles, creo que es acertado decir que usted tiene ambas cosas.

—¿Lee usted novelas policiacas?

Costaba trabajo creer que Balboa y yo teníamos algo en común.

Sonrió, como si yo hubiera descubierto un secreto del cual no se sentía muy orgullosa.

—¿Ha leído a Ross Macdonald?

—*El hombre subterráneo* es una de mis novelas favoritas —dijo—. Y ahora, si me lo permite, debo continuar con mi trabajo.

Tomó de nuevo su lápiz, y eso fue todo.

Al día siguiente, la pareja von Findlay apareció por la escuela. Peter tenía el brazo enyesado y hablaba como una cotorra contando a todos lo sucedido. Me sentí morir al mirar a Tony. ¿Cómo no me había dado cuenta antes de lo que había entre él y Judy? Muy fácil: porque parecía que estuviera todo el tiempo con Peter. Y parecía que ella viviera a todo momento pegada a Corey. Incluso ahora, cuando estaba enterada de lo que existía entre ellos, me era difícil encontrarlos juntos. No caminaban juntos hacia el aula, ni enviaban notas, ni hacían nada de lo que solían hacer las otras parejas.

Ese día tropecé con Musgrove una vez, pero no dije nada de la llamada telefónica de mamá.

—¿Por casualidad viste a Adrian venir hacia acá? —preguntó Justin en cuanto entré.

—No. ¿Quedó en venir?

—Sí —contestó—. Sólo está demorada unos minutos. No importa.

Sin embargo, parecía que sí le importaba.

—¿A qué hora dijo que vendría?

—Hacia las cuatro.

Miré mi reloj: eran aproximadamente las cinco y media. Se lo dije.

—No importa —dijo.

Pero *sí importaba*. Adrian había llegado temprano el fin de semana pasado y esperaba que Justin saltara de la cama para ayudarlo con sus deberes. Y ahora, cuando él la esperaba, no aparecía.

—¿Por qué necesita tu ayuda para ese trabajo? —pregunté—. Se supone que ella es muy inteligente.

—*Es* inteligente —dijo Justin—. Sólo tiene problemas con las ciencias. A mucha gente que le va bien en otras materias se le dificultan las ciencias. Y al revés.

—Pero si sólo te pidió que le ayudaras porque está loca por ti, no porque le importe en realidad mejorar en biología.

—Eso no es cierto —dijo de una manera que me hizo sentir injusta—. Me eligió porque sabe que comprendo a la señora Balboa y el tipo de trabajo que ella exige.

Mamá llamó desde arriba:

—Carter, hazme el favor de pasar la aspiradora por el pasillo de la entrada. Espero a alguien y no quiero que la casa parezca una pocilga.

Estaba alistando la aspiradora, cuando las plagarías de Justin fueron oídas: llegó Adrian.

—Está abajo —dije, aunque me hubiera gustado añadir cuán injusta era por haberlo hecho esperar; pero tuve la sensación de que me convencería de que tenía una buena razón. Y quizá después de todo, la tenía.

Me agradeció y bajó.

Comencé a aspirar y, cuando me detuve, sonó el timbre de la puerta. Seguramente había estado sonando sin que me diera cuenta, pero cuando abrí, el hombre se disponía a marcharse. Regresó al oírme abrir la puerta.

Era John Ely / Mejores Hogares y Cía.

—¡Hola! ¡Qué bueno encontrar a alguien en casa!

Hablaba tan fuerte como si estuviera al otro lado de la habitación y no delante de él. Y por la forma como iba vestido, con su traje y su frívola corbata roja, se diría que se consideraba a sí mismo como algo fuera de serie; me hubiera gustado decirle que no era así.

—¿Está tu madre? —guiñó el ojo al decirlo. Tenemos una cita para ver unas muestras de papel de colgadura.

Llevaba consigo un grueso álbum.

—Está arriba —dije.

Sin darme tiempo a pedirle que esperara, dijo:

—Maravilloso —y pasó delante de mí para entrar.

Yo no había retirado aún la aspiradora, y deseé que tropezara con ella, pero logró evitarla.

—La llamaré —dije.

Subí y le avisé a mamá que «él» había llegado. Salió y tomó el teléfono. Con este tipo en casa, echaba de menos a Art.

«No puedo responder su llamada en este momento...»

Esta vez dejé un recado: «Papá, soy yo. Necesito hablar contigo. No importa si recibes este recado muy tarde. Por favor, llámame».

Fui a mi habitación, terminé el artículo sobre Balboa y me fui a la cama. Art no llamó.

A la mañana siguiente, deposité mi artículo en el buzón rotulado «Prensa» y me marché corriendo antes de que Sheila me diera un tirón de orejas por la tardanza.

Mientras intentaba escapar, Neil me acorraló en el pasillo:

—Estás sacándome el cuerpo —dijo.

—No quiero que tengas problemas con tu mamá —respondí.

—¿En la escuela? ¡Vamos! Sé por qué lo haces: por lo que dije sobre tu novio.

—No es mi novio, y llegaré tarde a clase.

Usualmente, la hora siguiente estaba dedicada al estudio, pero debía repetir el examen de Balboa.

—¡Eh, Carter! ¡Espere! —llamó Musgrove cuando pasé corriendo frente a su oficina—. Debo hablarle un momento.

Era algo como un *déjà vu**. De nuevo Donny Gillespie estaba de salida. Iba a tener que dejar de considerar a Donny un delincuente, a menos que estuviese dispuesta a considerarme a mí misma otro tanto. Después de todo, pasábamos aproximadamente la misma cantidad de tiempo en la oficina de Musgrove.

Apenas hubo salido Donny, Musgrove me entregó mi artículo sobre Balboa:

—En primer lugar, y usted debe saberlo, a los estudiantes que por alguna razón se encuentran en problemas — por calificaciones o por conducta — no les está permitido participar en actividades extracurriculares. Esto significa que no podrá colaborar con el periódico hasta que comparezca ante el comité.

Esta era la razón por la que Sheila no me había buscado. Conocía la regla.

—Pero aun si le estuviera permitido pertenecer al equipo de redacción del periódico — como le permitieron diciéndome—, nunca hubiera permitido que

* *Déjà vu*: expresión francesa —'ya visto'—, que en este caso significa: 'era como si se repitiera la escena'. (N. de la Trad.)

publicara esto. Es el artículo más irresponsable que haya visto. ¿Quién se cree usted para acusar a otros estudiantes? Además, no tiene prueba alguna de esto —me arrancó el artículo de las manos y leyó—: «Hay un grupo de estudiantes hostilizando deliberadamente a la señora Balboa y amenazando su seguridad» —puso el artículo sobre el escritorio—. Este tipo de especulaciones es peligroso. Puede sugestionar a la gente. Tal vez eso es lo que busca. ¿Piensa que de esta manera se salvará? ¿Promoviendo el tipo de conducta que la tiene en problemas? «¡Qué importa! —dijo, como si me imitara—, a lo mejor si todos se comportan como yo, conseguiré que no me juzgue tan mal».

—Pero si usted mismo, en la reunión de padres, la semana pasada, dijo que algo sucedía y que era preciso ponerle fin.

—Yo soy el director.

Deseaba preguntar cuál era la diferencia, pero algo en su mirada me aconsejó no hacerlo. Mi única esperanza era resolver el caso.

Tony se sorprendió al verme cuando me presenté a la repetición del examen.

—Pensé que ya habías hecho el examen —dijo, inclinándose hacia mí.

—Es una larga historia —respondí, tratando de olvidar que Judy le gustaba y que probablemente era un loco peligroso.

—Más tarde me cuentas —dijo.

Más tarde. Tal vez pudiera salvarlo de la vida azarosa a la que lo conduciría Judy.

No tuvimos que salir del aula después del examen, pues teníamos a continuación clase de biología. Nada terrible sucedió durante la clase al menos hasta que sonó la campana y me acordé de que me había venido la menstruación.

Corrí al baño y, por supuesto, descubrí que no llevaba conmigo ni un tampón ni una toalla higiénica. Y, por supuesto, el dispensador de toallas estaba vacío. Permanecí sentada, pensando que lo único que podía hacer era esperar a que alguien entrara y me prestara algo. Bueno, prestar no es exactamente la palabra... pues eso es algo que pueda devolverse.

Entonces sonó la alarma de incendio. Qué momento más oportuno para una práctica de evacuación.

Decidí permanecer donde estaba. Estiré las piernas hacia adelante, por si acaso alguien entraba a verificar que nadie se hubiera escondido en el baño de las niñas.

Mientras oía cómo todo el mundo salía corriendo del edificio, me entretuve en leer los grafiti: «Musgrove hiede», «Wayne ama a Laurel» y debajo «Laurel ama a Greg».

Y más allá, en letras pequeñas semejantes a las del ascensor: «Embajadores de la Perdición».

La persona que había escrito «Cuídate, B

Boa» en el ascensor había estado en el baño de las niñas.

Era un indicio que señalaba a Judy y Corey.

La alarma no cesaba de sonar — clang, clang, clang —, prolongándose por más tiempo que en cualquiera de las prácticas anteriores. Entonces me llegó un olor que me lo explicó: no se trataba de una práctica. Era humo. Humo proveniente de algo que realmente ardía. La escuela estaba ardiendo.

Puse papel higiénico en mi ropa interior. No iba a dejarme quemar viva tan sólo por no disponer de un tampón. La menstruación es ya de por sí una lata para que uno tenga que morir por ella.

El pasillo apestaba, como los huevos que se guardan demasiado tiempo después de Pascua. El humo me mareaba. Contuve la respiración y huí.

Todos habían evacuado el edificio, excepto tres personas que aún bajaban por la escalera. Balboa era una de ellas. Judy y Corey eran las otras dos. Cada una sostenía a Balboa por un brazo.

Me quedé inmóvil, observándolas. Aguardando. ¿Le darían un empujón? ¿La dejarían caer?

Nada de eso. Le ayudaron a salir.

Afuera era como una pesadilla. El humo hacía ver el cielo como si se aproximara una tormenta.

Los paramédicos corrían de un lado a otro colocando máscaras sobre muchos rostros, entre ellos el de Merry. Se veía como un insecto prehistórico.

—¡Mer! ¿Estás bien?

Merry asintió y en seguida se apretó la frente con la palma de la mano, porque al mover la cabeza le dio un mareo.

—¿Qué ocurrió?

Señaló la escuela: el humo salía por una ventana abierta. La ventana de Balboa. Retiró la máscara por un momento:

—Algo explotó.

Se cubrió de nuevo con la máscara, y luego retiró otra vez:

—¿La señora Balboa se encuentra bien?

Asentí. Quizá no me mostré muy emocionado pues Merry preguntó:

—¿No te alegras de eso?

Claro que no estaba alegre. *Era bueno* que no hubiera ocurrido nada, pero no me alegraba que Judy y Corey la hubiesen salvado. ¿De quién podría sospechar ahora?

—¿Cómo ocurrió? —pregunté.

Merry levantó de nuevo su máscara:

—Me disponía a cambiar de salón, cuando ¡bang! ¡huush! —se apretó otra vez la cabeza— estaba ese charco ardiendo al lado del escritorio de Balboa —hizo una pausa—. Te veo fastidiada.

Le conté lo de Judy y Corey.

—¡Qué lástima! —dijo Neil, que había estado de pie detrás de mí.

—¿Tú viste lo que ocurrió? —le pregunté.

—No. Ya iba saliendo. Estaban entrando los de otro curso —respondió Neil.

—Su amiga no debe hablar —nos dijo el paramédico, un individuo de cara granulosa, pelo crespo y ojos de chiflado que miraban como bamboleantes bolas azules.

—¿Crees que puedes andar hasta la furgoneta? —preguntó a Merry, señalando la ambulancia que se encontraba cerca de allí.

—¡No la irán a llevar al hospital...! —exclamé.

—Es de rutina. Lo hacemos cuando alguien ha estado expuesto a vapores tóxicos. Por suerte se encuentra bien.

—Llámame más tarde —dije a Merry—. Cuéntame cómo sigues.

Neil intentó rodearme con el brazo... para consolarme, supongo. Pero me le escabullí. Tenía trabajo.

Fui en busca de Judy y le pregunté si había visto cómo se había iniciado el incendio.

—No —contestó.

Era extraño hablarle a la cara después de todo el tiempo que había pasado escuchando sus conversaciones.

—Así es —confirmó Corey—; jamás ponemos atención en la clase.

—De milagro escuchamos lo del incendio — dijo Judy.

—Todo es posible cuando de escapar de la escuela se trata... —añadió Corey.

—Pero tomaron su tiempo en escapar —dije— Ayudaron a Balboa.

—Mira —Judy estaba a punto de romper a reír—: Todos cometemos errores.

—Pensamos que de pronto no nos colgaba el examen si le salvábamos la vida —dijo Corey—. ¡Ay, Dios! Judy, ¿y ahora qué vas a hacer con lo de tu billetera?

—Supongo que no se puede hacer ya mucho.

—¿Olvidaste tu billetera allá adentro? —pregunté.

—Ajá. Por ir a ayudar a Balboa no pude regresar a recogerla.

Esto lo resolvía todo. Si Judy hubiese odiado a Balboa tanto como yo sospechaba, no hubiese sacrificado su billetera por salvarla.

Musgrove se encontraba en la escalinata de la escuela haciendo un anuncio. El sudor le bañaba la cara y le empapaba la camisa desde las axilas hasta el cinturón.

—La escuela permanecerá cerrada hoy —dijo—. Y a causa de las emanaciones tóxicas, nadie, bajo ningún pretexto, le será permitida la entrada.

Todos aplaudieron. Todos, menos yo. Todos querían regresar a la escuela para buscar pistas.

Donny Gillespie andaba por ahí, con un par de tipos, reviviendo las escenas del incendio:

—¿Oyeron a Winnie Myers?: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Oh, señora Balboa, Dios mío!»

—¿Y vieron la cara de Balboa cuando lo vio? —dijo Wayne Davis, arrugando los párpados y la nariz, como si oliera el humo, y abriendo la boca en gesto de pánico.

—¡Uy, hermano! Se quedó fría, paralizada, cuando vio la candela —observó Michael D.

—No la culpo —dijo Wayne—. ¿Te gustaría caerte de culo en el suelo, luego estar a un pelo de electrocutarte, luego que te encierren en un ascensor, luego estar cerquita de que te quemem vivo?

Y vendrían cosas peores.

Demoré un rato antes de meter la cucharada en la conversación. Esos tipos siempre me hacen sentir como si estuvieran quitándome la ropa con la mirada.

—Y entonces —dije—, ¿qué más pasó?

—No sé, pero alguno tuvo que haberlo provocado —dijo Wayne.

—¿Alguien que conozcas?

—Puede ser —dijo Donny, encendiendo un fósforo y dejándolo arder hasta que la llama le tocó los dedos.

—Yo creo que fue Davis —dijo Michael D.

—Y yo creo que fue Michael D. —reviró Davis Wayne.

—¿Qué harías si lo supieras? —me preguntó Donny.

—Nada —dije—. Apenas por curiosidad.

—¿Saldrías conmigo si te dijera quién lo hizo? —preguntó Wayne.

—Deja en paz a mi chica —Michael D. agarró a Wayne por el brazo y se lo torció—. He estado enamorado de ella más tiempo que tú.

Me alejé antes de ruborizarme más.

—¡Carter Colborn!

El señor Herlihy agitaba los brazos en dirección a mí:

—Tengo algo que puede ayudarle.

Tendió el puño cerrado y abrió lentamente la mano. Sobre la palma había una caja de fósforo. Faltaban varios.

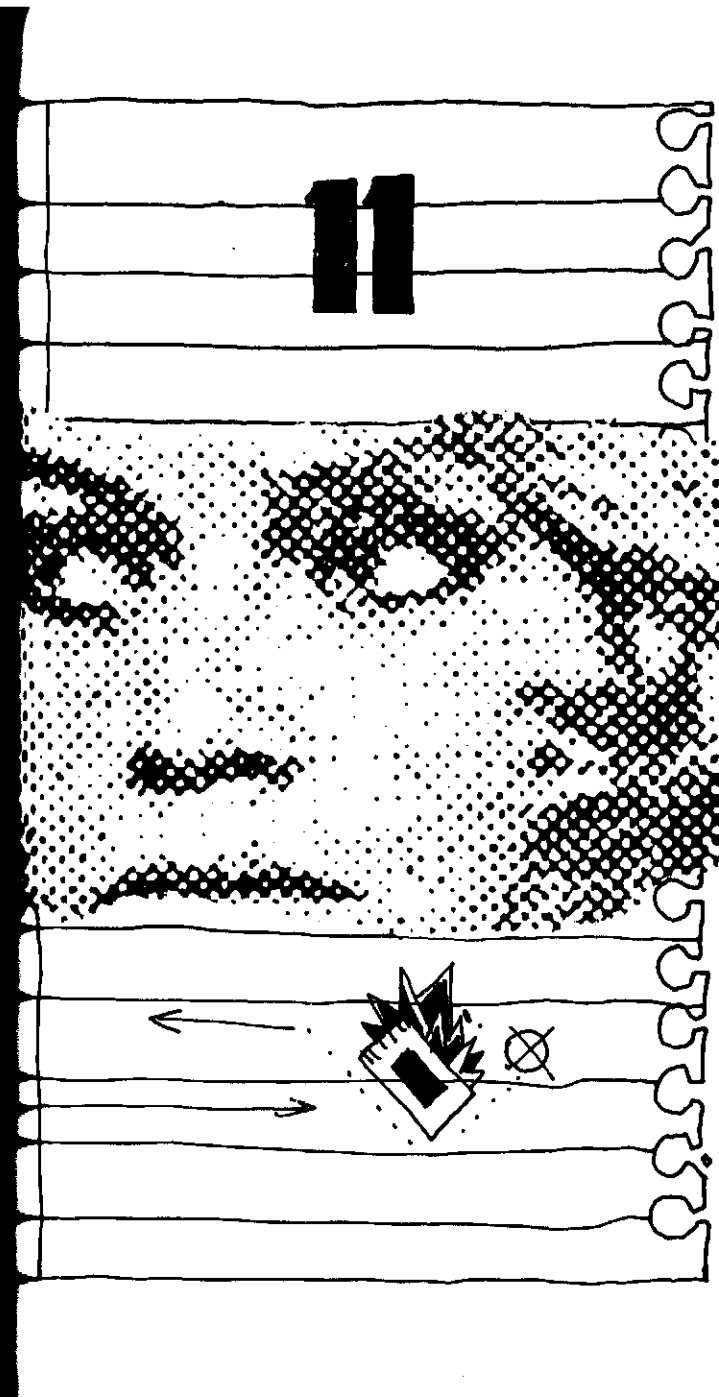
—Estaba en el laboratorio. Muy cerca de donde se inició el fuego —dijo—. Se la traigo porque pensé que era el tipo de cosa que le interesaría.

Se la recibí:

—Está en lo cierto. Es lo que busco.

—¿Entonces cree que le será de utilidad?

Leí en la caja el nombre de un lugar: Pizzoni Pedroni. Sí, me sería de gran utilidad.



Monté en mi bicicleta y corrí detrás de Neil. Lo alcancé justo antes de llegar a la cuadra donde vive, que para mí es un lugar prohibido, gracias a la señora Weinstein. Quedamos en encontrarnos en Pedroni aquella noche, y no porque alguno de nosotros tuviera grandes deseos de comer pizza. Me proponía ver quién más iría por allí. La persona que había usado los fósforos de Pedroni para prender fuego al aula de Balboa podría frecuentar este sitio.

—¿No viste por casualidad a Adrian después del incendio? —preguntó Justin cuando me disponía a salir.

—No. ¿Por qué?

—Pensé que vendría por aquí, pues salimos temprano, pero no sé nada de ella. No puede

estar en un ensayo de teatro, con la escuela cerrada.

—¿Telefoneaste a su casa?

Asintió:

—Su madre pensaba que podía estar aquí.

Recordando a Merry, pregunté:

—¿Has llamado al hospital?

Asintió de nuevo:

—Tampoco se encuentra allí.

Pensando en Tony y Judy, pregunté:

—¿Crees que sale con otra persona?

Por la forma como me miró, comprendí que esta idea nunca le había pasado por la mente.

—¿Quieres que investigue?

—No —dijo—. No creo que se trate de ella. Probablemente está ocupada con el club de teatro. En pocos días se estrenará la pieza.

—Tú siempre la disculpas, y ella se porta mal contigo. Prácticamente le estás haciendo su trabajo bajo de biología. Por lo menos debiera llegar a tiempo.

Se enojó:

—¿Qué tienes contra ella, así, de un momento a otro?

En realidad no sabría decirlo. Tal vez estaba celosa: Justin no pasaba ahora tanto tiempo conmigo como solía hacerlo antes. O tal vez estaba furiosa con ella por aprovecharse de él. O tal vez, y era lo más probable, había un poco de ambas cosas.

Pizza Pedroni estaba lleno de gente; Neil y yo tuvimos que aguardar para obtener la mesa que deseábamos.

—Si gustan, puedo acomodarlos ahora mismo en aquella mesa —dijo la encargada, en un esfuerzo más por mostrarse cortés con dos chicos de secundaria que ya habían rechazado tres mesas.

—No, gracias. Esperaremos a que una de aquellas esté libre —dije señalando hacia las tres mesas de la esquina... todas ocupadas.

Se encogió de hombros y condujo a la mesa a la pareja que estaba detrás de nosotros.

Neil sacó de su bolsillo un recibo arrugado y comenzó a escribir al dorso.

—Leí alguna vez una historia —dijo—, una historia verídica sobre un hombre que llevaba una grabadora en su bolsillo cuando fue asesinado. Murió. Pero obtuvo también el nombre del asesino, el motivo y la manera como fue asesinado.

Me enseñó lo que había estado escribiendo:

«Carter Colborn me hizo morir de inanición».

Dobló el papel y lo guardó de nuevo en su bolsillo:

—Ahora, cuando encuentren mi cadáver yaciendo aquí —dijo, dando palmaditas al bolsillo donde había puesto la nota—, no habrá misterio alguno.

Pero él sabía que no tenía sentido estar allí a

menos que nos situáramos en un lugar desde donde pudiéramos observar a quienes entraban y salían. Debíamos esperar a tener una mesa con vista. Sólo había tres.

Observé a las personas que ocupaban las mesas que queríamos. Una de las parejas permanecería allí toda la noche: estaban peleando. Nadie por furioso que estuviese, dejaría servida una pizza de Pedroni. Supuse que tendrían que terminar su disputa, ponerse de acuerdo, y luego comerse la pizza con doble queso, que se enfriaba en medio de ellos.

Había otra pareja con un niño de dos años quien le estaban dando su primera pizza. El papá tomaba fotografías del chiquillo, que me tenía la mano en una tajada y estiraba el queso como un caucho. Estos también permanecerían allí un buen rato.

Y quedaba la tercera pareja. Estaban tan pegados el uno a la otra, que fue una suerte que una mujer notara mi mirada. Era una técnica que había aprendido de Art, quien odia esperar en los restaurantes. La llama «mirarlos hasta que marchen», y consiste en lanzar mal de ojo a quien se sienta a la mesa que él quiere.

Una vez que me vio, no pudo concentrarse en su novio. Lo instó a que pidiera la cuenta.

No era amable de mi parte arruinarles la noche, pero ya habían terminado su pizza y

tenía un asunto importante que atender. La vida de una persona estaba en peligro.

—No nos pelearnos por el sabor de la pizza —dijo Neil cuando nos sentamos.

—Claro que no: pediremos exactamente lo que yo deseo.

—Tú comenzaste...

—Está bien. ¿Con qué la quieres?

—Doble queso, champiñones y salame.

—Y anchoas —añadí.

—¿Qué?

—Anchoas. Es justo. *Odio* el salame. Necesito las anchoas para ocultar el sabor.

—Como dije antes, no nos pelearnos. Renuncio al salame si renuncias a las anchoas.

—Muy equitativo.

—Ahora —dijo Neil, inclinándose hacia mí—, podemos pelear por algo más importante: von Findlay.

—¿Cuándo te olvidarás de eso? —pregunté.

Todavía no quería decirle que yo también sospechaba de ellos.

—Después del incendio, resultan más sospechosos que nunca —dijo.

—¿Y por qué?

—Esperaba que lo preguntaras.

Se agachó para buscar algo en su bolsillo. Extrajo dos papeles. Uno era la nota que había escrito mientras esperábamos. El otro era un plano del laboratorio de biología.

—Aquí —dijo, señalando un lugar frente al escritorio de Balboa— fue donde se inició el incendio. Y aquí —señaló el escritorio— se hallaban los exámenes.

—¿Querían quemar los exámenes?

—Precisamente —dijo, retirando el dibujo mostrándose repugnantemente satisfecho de sí mismo.

—Si se aparecen por aquí, podría comenzar a creerte —dije, aun cuando él había hecho una buena observación; una observación que yo no podía desconocer.

Miré a mi alrededor en busca de posibles sospechosos. Lo único que vi fueron parejas de universitarios o padres con sus chicos. Nada que me fuese vagamente conocido.

Hasta cuando entró Musgrove.

Se conducía como si fuera el dueño del lugar, saludó a las camareras, palmoteó en la espalda a los ayudantes y se dirigió al mostrador donde despachaban la comida para llevar, tras lo cual desapareció de mi vista.

Me levanté para seguirlo, cuando llegó la camarera a recibir el pedido, cerrándome el paso.

Pedimos la pizza y reanudé mi seguimiento de Musgrove.

El mostrador estaba tan concurrido que nadie se dio cuenta cuando me escurrí por detrás, pasando por delante de la «Administración», llegué hasta la cocina.

El lugar era enorme, casi tan grande como el comedor. Las ollas colgaban de ganchos a lo largo de las paredes y del techo. Recipientes de pizza, brillantes como espejos, se encontraban apilados en un mostrador, donde un tipo fornido, con los brazos más peludos que he visto por fuera de un zoológico, aporreaba, daba palmadas y volteaba la masa como si tuviese algo contra ella.

Otro hombre, menos peludo pero igualmente fornido, cubría las pizzas de salsa. Luego verificaba el pedido y añadía otros ingredientes. Se limpiaba las manos en el delantal y hacía deslizar la pizza hasta el horno.

Había otros tipos picando y cortando mientras que otros más echaban cubos de platos sucios entre un fregadero del tamaño de una tina. Pero no había señas de Musgrove.

Me disponía a indagar, cuando entró un cubo de basura por la puerta trasera: un gran cubo de basura que se movía y humeaba. Cuando paró, vi lo que sucedía: el tipo que lo empujaba no era mucho más alto que el cubo. Y estaba fumando cigarrillo.

Era Donny Gillespie.

—¿No has visto a Musgrove aquí esta noche? —pregunté.

—Ajá. Aquí estuvo. Como casi todas las noches últimamente.

—¿Todas las noches?

—Al hombre le gusta la pizza... ¿bien?

—Pues sí, pero... ¿todas las noches?

—Puede que no todas las noches, pero sí cinco veces por semana.

El cigarrillo se había consumido hasta quemarle los labios. Lo dejó caer al suelo, aplastó con el pie y buscó otro en el bolsillo de la camisa. Arrugó la cara mientras lo encendía. Con fósforos de Pizza Pedroni.

—¿Qué te importa que venga por aquí? ¿Por qué que estás enamorada de él, o qué?

—¡No sigas con eso!

—No sé, pero me parece que lo ves demasiado en la escuela como para seguirlo por todo el pueblo.

—Es que tengo que preguntarle algo. A lo mejor podrías decirme a dónde ha ido.

—Estuvo aquí. A dónde se ha ido... no puedo decirte.

Pero ya me había ayudado bastante. Por encontrarse allí. Por haber encendido un cigarrillo con aquellos fósforos. Por haberse sentido molesto cuando mencioné a Musgrove.

Miré una vez más a mi alrededor: ni rastros de Musgrove.

La pizza ya estaba servida cuando regresé. El lado de Neil, quien no la había tocado.

—Estaba esperándote —dijo, y tomó una tarta jada.

—Sé quién es —dije.

Se detuvo a medio bocado para escuchar.

—Musgrove y Donny se encuentran juntos en esto.

Mordió y masticó.

—Despabilate, Carter. Es la idea más tonta que has tenido hasta ahora.

—Al contrario: tiene sentido —dije—. La actuación de Donny en la escuela es fatal: tiene por lo menos tanto contra Balboa como von Findlay. Y él o Musgrove, ha estado siempre presente en el escenario del crimen. Y Donny trabaja aquí y usa fósforos con la marca del establecimiento.

—¿Y qué gana Musgrove con esto?

—El puesto de director. Quiere conseguirlo, pero Balboa tiene mayores posibilidades. Si la quita de en medio... lo conseguirá.

—No creerás que piensa asesinarla...

—No, sólo asustarla lo suficiente como para llevarla a pensar en dedicarse a otra cosa mejor, no sé, a vender seguros o —señalé a una camarera de la edad de Balboa— a servir pizza.

—¿Qué te hace pensar que andan juntos en esto?

—Musgrove estaba aquí esta noche. Se dirigió a la parte de atrás, donde trabaja Donny. Pero Donny dice que no sabe por dónde anda Musgrove. Sencillamente, lo está encubriendo. Además —agregué—, últimamente Donny se lo pasa en la oficina de Musgrove.

—Tú tienes por qué saberlo —dijo Neil.

—Y unas cuantas cosas más. Donny es probablemente el peor delincuente de la escuela. Sabes que siempre está metido en peloterías. Yo tengo muchos menos problemas que él, y mira a quién quiere expulsar Musgrove. Creo que ha hecho un trato con Donny para que sea su embajador de la perdición. Además, Musgrove no dejó que sacaran mi artículo en el periódico. Creo que no quiere que la gente investigue. Teme que lo pesquen. Y el examen de biología. Apuesto a que Donny lo colocó a escondidas allí para que Musgrove tuviera una excusa para suspenderme y hacerme abandonar el caso.

—No sé, Carter...

—¡Oh, Dios mío! —exclamé al ver que Musgrove salía de la cocina.

—Ahí está —dijo Neil.

—Todo este tiempo ha estado allí atrás. Apuesto que me ha visto. Apuesto que Donny sabía exactamente dónde estaba.

—¿Qué hacemos ahora?

—Espiaremos la casa de Musgrove.

Neil sacudió la cabeza:

—Si quieres mi opinión, te estás complicando la vida. Si sólo enfrentaras los hechos y admitieras que von Findlay...

Tomé una tajada de pizza.

—Pero *no* te he pedido tu opinión —dije.

Al salir, le di un codazo a Neil:

—¿Quién crees que se encuentra en aquel auto?

—¿Cuál auto?

—El auto de reparto de Pedroni. Acabamos de pasar por el lado.

Miró por encima del hombro.

—El tipo alto y flaco parece que es Bob Earle. Y la rubia crespa parece que es Adrian.

—Es lo que pensé. Espera aquí.

Me deslicé hasta el Honda aparcado junto al auto de reparto. Me puse en cuclillas para observar y escuchar. Las ventanillas estaban abiertas, pero el viento se llevaba las palabras antes de que llegaran a mí.

Bob agitaba las manos. Estaba enojado. Adrian se le acercaba cada vez más. ¿Trataba de calmarlo? Finalmente, le acarició el cabello. Luego él se inclinó hacia ella. Se besaron.

Sentí una punzada en el estómago como si alguien me pinchara con un alfiler. Justin no se merecía esto.

La puerta del auto se cerró de un golpe, y oí que los tacones de Adrian se dirigían hacia mí. No me había percatado de que el auto tras el cual me ocultaba era el suyo.

—¡Carter! ¡Me asustaste! —exclamó.

—Lo siento.

No sabía qué más decir, pero añadí:

—Neil y yo caminábamos por aquí y me detuve para saludarte...

—Estaba ayudando a Bob a entregar algunos pedidos... Acaba de obtener este empleo —hizo una pausa—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Unos pocos minutos.

—Entonces... —dijo, bajando la cabeza— ¿no has visto?

Se refería al beso.

Asentí.

—Es difícil de explicar, pero lo intentaré si me escuchas.

De nuevo asentí.

—Primero que todo, considero a Justin como mi novio. Es el único muchacho que realmente me gusta. Desde hace tiempo Bob ha sido sólo un amigo. Pero quiere ser más que eso y he sido demasiado gallina para rechazarlo.

—¿Gallina?

—Temo que se enfurezca conmigo y deje de ser mi amigo.

—¿Pero no sabe acaso lo de Justin? Todo el mundo lo sabe.

—Sí —dijo—. Pero espera que rompa con él.

—¿Y no le has dicho que no lo harás?

—¡Claro que sí! Pero no escucha. Y yo no quiero forzar la situación, porque, como te dije antes, no deseo perder su amistad.

—Justin se preocupa por ti. Cuando llegas tarde, piensa que has podido tener un accidente.

—Lo sé. Y de veras lo siento. Justin es el mejor y se me rompería el corazón si me dejara.

Me prometí no contarle a Justin lo que había visto, pero no se lo dije a ella. Que se quedara con la preocupación.

—¿Te llevo a tu casa? Desde hace rato debiéramos estar allí. A este paso, nunca terminaré mi trabajo de biología —dijo Adrian.

Llamé a Neil y subimos al auto.

—¿Cómo va tu trabajo? —pregunté cuando estuvimos en camino.

—Tendrás que preguntarle a tu hermano —respondió Adrian—. Es él quien sabe realmente cómo va todo... Yo sencillamente hago lo que él me indica.

—¿De qué se trata? —preguntó Neil.

—Bacterias. Las estoy cultivando en discos de Petri.

—¿Y qué harás con ellas? ¿Provocar una epidemia? —preguntó Neil.

—¡Qué idea tan morbosa! —dijo Adrian—. Entre paréntesis, Carter, pensaba invitarte a la reunión en mi casa el sábado por la mañana.

—¿Cuál reunión?

—¿Recuerdas lo que te dije acerca de mejorar las relaciones entre estudiantes y profesores? El club de teatro dará una función anticipada de *Muchachos y muñecas* el domingo, en honor de los profesores y de los embajadores salientes, precedida de una cena especial. Los embajadores se ocuparán de la cena. Y me gustaría que tú nos ayudas. Si quieres.

Era evidente que me invitaba sólo para hacerme «olvidar» lo que había visto. Sin embargo estar con los embajadores podría mejorar mi reputación con los profesores. Acepté.

Al día siguiente, quería ir después de clases a espiar a Musgrove, pero no era posible. Como yo había dispuesto mamá, debía irme directamente a casa.

Llevaba allí aproximadamente una hora cuando sonó el timbre. Era John Ely, preguntando por mamá, quien salió detrás de mí para decirle que estaría lista en un segundo.

—Vendrán con la pintura para el porche mañana —gritó él, detrás de mamá.

—¿Quién? ¿Por qué? —pregunté.

Nadie me había mencionado la pintura del porche.

El guiñó el ojo:

—¿No crees que necesita una capa de pintura nueva? Y verás el lindo color que hemos elegido.

Mamá regresó con un suéter y su bolso.

—Regresaré hacia las diez. Y recuerda: nada de amigos en la casa.

No me emocionaba que saliera con él, pero me alegraba que hubiera salido. Corrí a buscar mi bicicleta y me dirigí a la casa de Musgrove.

Musgrove vivía en Victoria Garden Apartments, un edificio de ladrillo de dos pisos, construido alrededor de un patio. Si hubiese sido en

California, habrían hecho una piscina en el centro, pero como era en Pensilvania, donde todos se avergüenzan de mostrarse en traje de baño, sólo había árboles, arbustos y un gran vertedero. También había un soporte para las bicicletas donde aseguré la mía.

Eché un vistazo a los nombres escritos en los buzones, para saber si algún conocido vivía allí. Me sería más fácil observar a Musgrove desde otro apartamento. No tuve suerte. Sin embargo, un apartamento vacío me sería igualmente útil, y había un buzón sin nombre: apartamento 7-B. Fui a verificar.

Los volantes de publicidad apilados frente a la puerta llevaban por lo menos un mes allí, y un rasgón en las cortinas dejaba ver un cuarto vacío. No era que me sirviese de mucho, pues seguramente la puerta estaba cerrada. Probé y, ¡oh milagro!, se abrió.

Entré y cerré la puerta tras de mí.

Justo a tiempo. Desde la ventana pude ver a Musgrove que llegaba del supermercado. Hizo tres viajes hasta su auto, acarreando cada vez tres bolsas de comestibles. Con razón estaba tan gordo. ¡Qué cantidad de comida para un solo individuo!

Pero pronto descubrí que no era únicamente para él. Tenía una compañera de apartamento. Y no como uno se la habría imaginado. Era delgada, de cabellos largos y húmedos, y, como si

acabara de bañarse, llevaba una bata escasamente cerrada.

Fue hasta la puerta y recibió una de las bolsas. El se inclinó para besarla. Por la forma como lo besó, se podía afirmar que no se trataba de su hermana. Tampoco de su prima o de su sobrina. Era «una mujer».

Desaparecieron durante algunos minutos y cuando los vi de nuevo, ella vestía jeans y una holgada camisa. Ambos cruzaron el patio hacia el vertedero transportando cajas de basura.

Entonces oí la manija de la puerta.

—¡Qué raro! —era la voz de una anciana—. Estoy segura de que la dejé abierta.

Oí un ¡clic! Saltó el seguro. Se disponía a entrar.

—Creo que le gustará.

No estaba sola.

—Es muy espacioso.

Pensé en el armario. No. Si está enseñando el apartamento, el cliente querrá verlo todo. ¿La puerta trasera? No. Tendría necesariamente que cruzarme con ellos. No había escapatoria.

—¿La conozco? —preguntó la propietaria.

—No lo creo.

—Entonces, ¿qué hace en mi apartamento?

—Estaba mirando. Una amiga y yo estamos buscando un sitio como éste.

El cliente, un universitario alto y flacucho, no se comió el cuento:

—¿Qué edad tienes?

—Soy más joven que muchas personas que viven independientemente, si es eso lo que quiere saber.

—Ajá —dijo.

—Si está interesada en el apartamento —dijo la propietaria— debe pedir una cita. De otra forma, está invadiendo propiedad privada y me veré obligada a llamar a la policía.

—Comprendo. Gracias.

Desaparecí antes que la idea de llamar a la policía tomara fuerza.

Art dice que puede saberse mucho sobre una persona observando su basura. Puede saberse dónde hace sus compras y cuánto gasta (mirando los recibos), lo que come, a quién debe dinero (mirando en los sobres las direcciones de los remitentes) y otras cosas..., algunas demasiado obscenas para mencionarlas. Con esto en la mente, me dirigí al área de basuras.

Lo más importante fue lo que no encontré: No había una sola caja de Pizza Pedroni. Si encargaba una cada noche, como había dicho Donny, habría muchísimas cajas vacías.

Pasé la hora siguiente en el aparcadero, situado a espaldas del apartamento, para poder ocultarme detrás de un auto si veía a Musgrove. La espera me sirvió para recordar por qué no deseo dedicarme al detectivismo para ganarme la vida. No es tan emocionante como aparece en

la televisión. Es preciso pasar la mayor parte de tiempo aguardando a que los sospechosos hagan algo sospechoso.

Al fin salió *ella* de nuevo con otra carga de basura. Abrió la puerta, y el aroma de comida que se esparció me recordó la hora de la cena y el hambre que sentía.

Cuando regresó, el aroma me llegó una vez más. Abrió una ventana y la oí gritar:

—Huele delicioso, conejito. ¿Crees que estaré todo a tiempo?

¿Conejito?

—¿A qué hora deben llegar los invitados? —gritó él, al fondo—. Ya me lo dijiste, pero lo olvidé.

—A las ocho.

Averigüé la hora en mi reloj y pensé que me perdería de mucho si iba a la avenida a comer antes de la llegada de los convidados. Cuando regresara, habría más autos para ocuparme. Así el espionaje sería más sencillo.

Los invitados llegaron en grupos. Quizás eran amigos de *ella*. Tal vez esto explicara por qué había tantos. Costaba trabajo imaginar que tanta gente en el mundo le agradara Musgrove. Sin embargo, estaba equivocada. Todos le daban palmaditas en la espalda o lo abrazaban cuando los recibía en la puerta. Me deslicé a lo largo de unos cuantos autos, para acercarme a escuchar lo que decían.

—¡Felicitaciones, Walt! —dijo un invitado—. Estoy seguro de que tendrás mucho éxito. Lo sé.

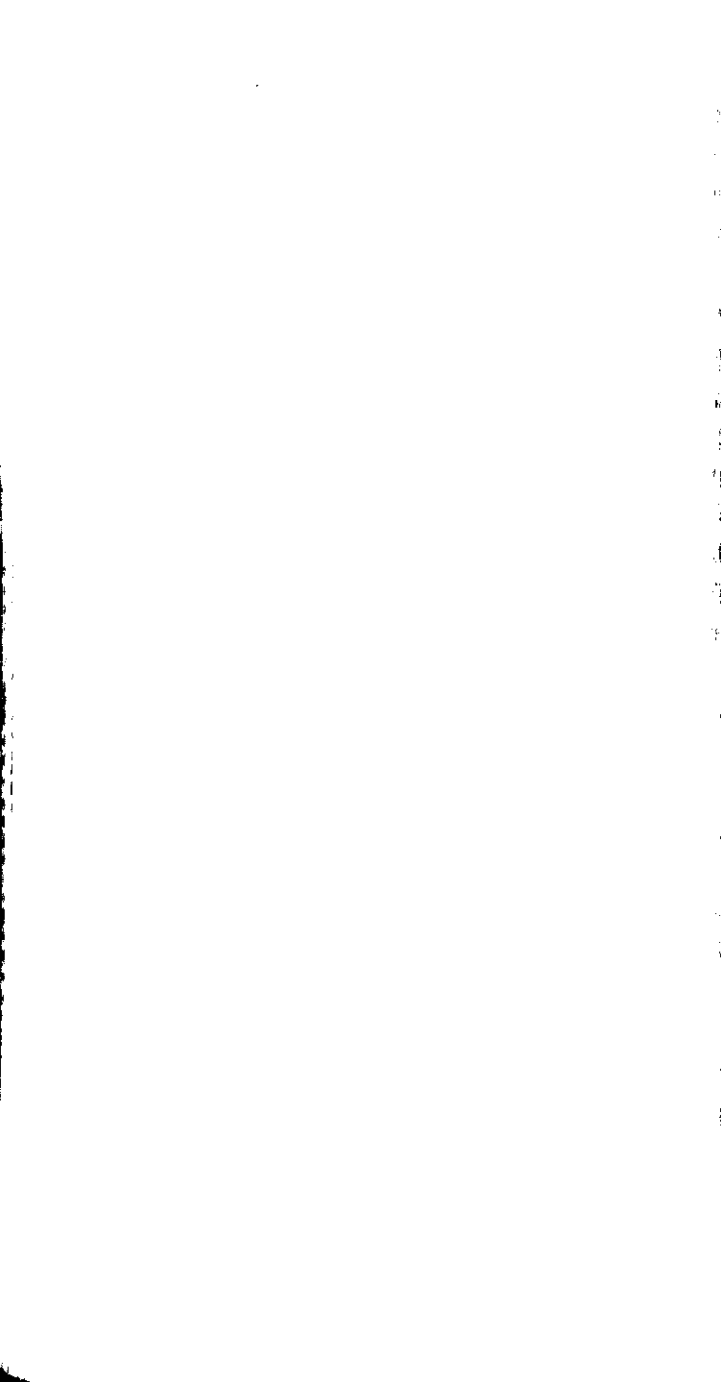
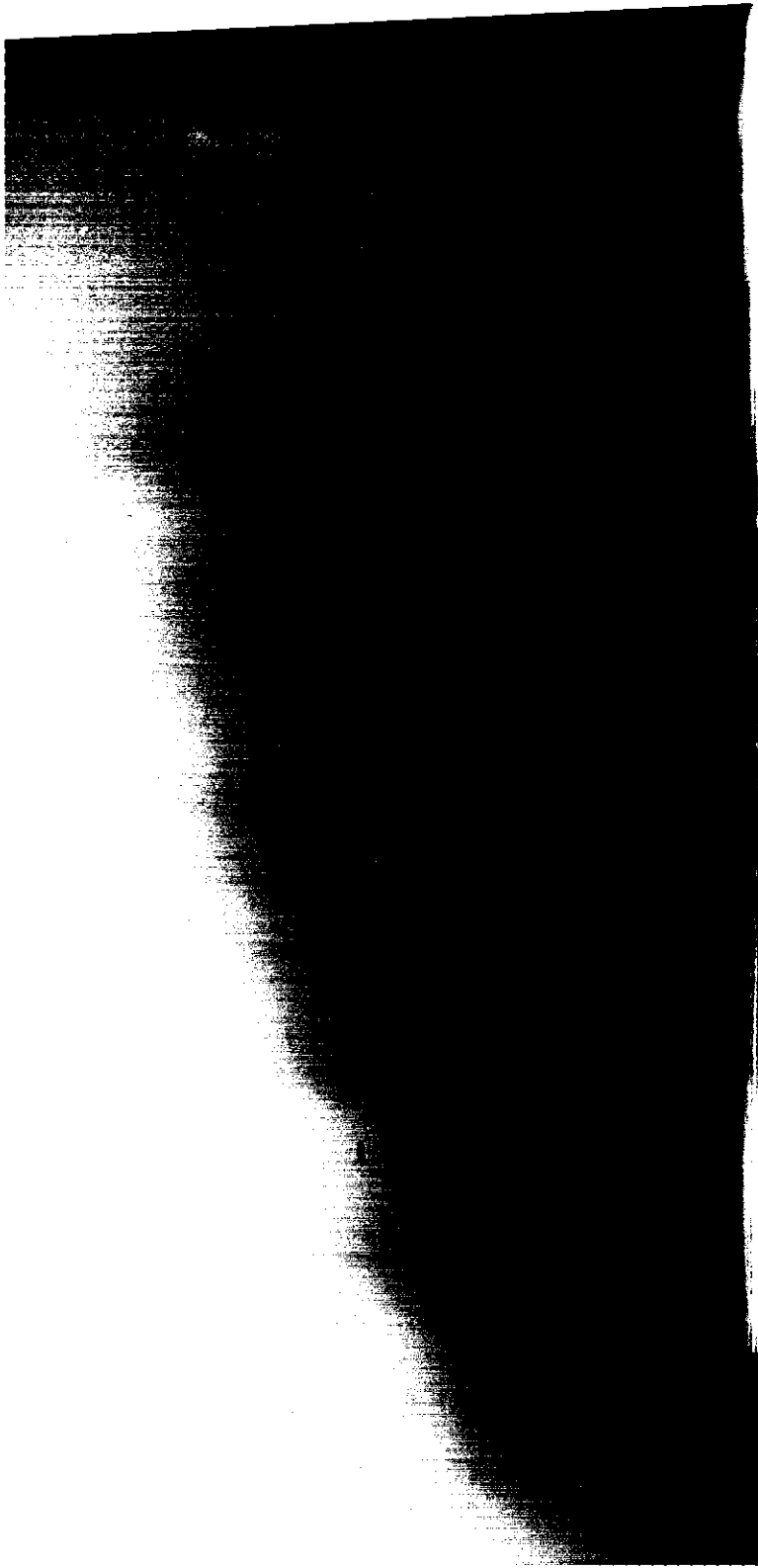
—¡Bueno! —dijo Musgrove—. Todavía no en mí.

—¡Pero creí que celebraríamos hoy la victoria!

—Así era... Y todavía puede que así sea. Pero he topado con un obstáculo. Espero conocer pronto el desenlace, en uno o en otro sentido.

¿Se referirían al cargo de director? Claro que sí. ¿Qué más podría celebrar Musgrove? Sus amigos pensaban que ya tenía el nombramiento en el bolsillo. Pero Balboa todavía estaba allí. *Ella* era el obstáculo. Y todavía podía ganar.

Y yo debía prevenirla antes que Musgrove la eliminara de la competencia.



Monté en mi bicicleta y fui en busca de Balboa.

Sin embargo, de pronto me invadió aquella sensación desagradable en el estómago, semejante a la que uno experimenta después de haber pasado la mitad de la vida intentando resolver un problema de álgebra y, cuando está seguro de haber encontrado la solución, se da cuenta de que no era como creía. Había una serie de pistas que no conducían a Musgrove: el hecho de que la letra en el baño de las chicas no fuese la de él; la cita de Judy y Tony en casa de éste; el que Tony estuviera a todas horas con Peter, quien siempre tenía problemas con Balboa.

Cuando llegué a la calle en que vivía, supe que no era el momento para hablar con ella. No tenía nada que decirle.

Puesto que me encontraba en esa calle, decidí continuar por ella hasta llegar a la que conducía a mi casa. Era una calle estrecha, tan sombreada por los árboles que parecía un sendero en el bosque. Tenía tantos recodos y vueltas que me vi obligada a disminuir la velocidad para no salirme de la vía... como le había sucedido al Dodge que iba delante de mí y que había virado hacia un grupo de arbustos. Hasta donde yo sabía sólo una persona en St. Davids conducía un Dodge blanco: Balboa.

Bajé de mi bicicleta. Toqué el capó: aún estaba caliente. Todo parecía bien, excepto el neumático trasero de la derecha, que colgaba como un rosquilla contra una taza de café. Me agaché para observarlo mejor, y el suelo comenzó a temblar: se acercaba una grúa.

Por suerte estaba oscuro, suficientemente oscuro para que el conductor no pudiera verme. Gateando regresé hasta mi bicicleta mientras la grúa se detenía frente a un poste del alumbrado. Memorice el nombre de la estación de servicio y el teléfono, impresos en la puerta. Cuando me disponía a marcharme, una voz del todo familiar me alcanzó desde atrás:

—¡Oiga!

Me paralicé, con los dedos sobre el manillar y

el corazón haciendo sonar su ritmo de flip-flop, flip-flop. Balboa me había visto.

—¡Buenas! —respondió una voz masculina—. ¡Parece que su auto dio gran giro!

Había llamado al conductor y no a mí. No me había visto.

Y antes de que la situación pudiera cambiar, deslicé los pies sobre los pedales y partí a toda carrera.

Aproximadamente una hora más tarde marqué el número de la estación de servicio.

—Autos Lemkin. Habla Jonathan.

Aclaré la voz:

—Soy Carol Balboa. Mi madre es Beverly Balboa, y llamo para preguntar por su auto.

—Hablé con su madre hace poquito. ¿Qué pasa ahora?

«¡Uf! ¡Qué lío!», me dije.

—Ella está un poco confundida. Sabe usted, el accidente la afectó un poco. Si no le importa repetirme cómo sucedió...

—¡Claro que no!

Me pareció tan simpático que me sentí mal al engañarlo.

—Alguien estuvo jugando con el auto —prosiguió—. Ese tipo de cosa no sucede a menos que alguien la provoque. Las ruedas no se sueltan de los ejes así no más. ¿Su madre tiene algún enemigo?

Esto no era nada bueno. Ya sabía lo que diría Neil: «¿Quiénes juegan con autos todo el día? Von Findlay».

Y era aún peor, puesto que desde el incendio tenía mis dudas de que Judy y Corey estuvieras implicadas. Antes había pensado que Judy ejercía una mala influencia sobre Tony, pero ahora parecía que fuese al contrario.

Sin embargo, quizá también Donny supiera lo suficiente sobre autos como para hacerlo si Musgrove se lo hubiera pedido.

Eso es lo que le hubiera respondido a Neil si se encontrara allí.

Timbró el teléfono, y deseé que no fuese Neil. Discutir con él mentalmente era una cosa, pero hacerlo en la realidad era otra.

—Recibí tu mensaje, mi amor. ¿Qué sucede? —era Art.

—Nada. Todo. No lo sé.

—No pareces estar muy contenta.

—No lo estoy.

—¿Quieres contarme?

No sabía por dónde comenzar, pero todo estaba tan enredado que no importaba. Comencé por mamá:

—Es ese tipo, John Ely, que está viniendo aquí y ha convencido a mamá de que debe pintar la casa y ella hace todo lo que él le dice. Me enferma.

—¿La pintura?

—No. El tipo, y la manera como mamá le hace caso.

Pregunté a Art si alguien le decía cómo arreglar su casa.

—En realidad, sí. Un amigo llamado Peter. Tiene muy buen ojo.

Quienquiera que fuese Peter, estaba segura de que no se parecía en nada a John Ely, con su bronceado y sus trajes y su repulsiva y ordinaria manera de hablar.

—¿Qué más sucede, linda? ¿El caso?

Le conté lo último que tenía sobre Musgrove. Rompió a reír.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Pensaba que sería bueno escribir sobre esto. Podría hacer un programa con el título *El caso del director sin dirección*.

—Pero el título daría la pista.

—Sólo si resulta ser el verdadero culpable —dijo—. ¿No hay cabos sueltos? ¿Pistas que no parecen concordar?

—Algunas —dije, y me expliqué. También le conté lo de von Findlay, pero sin darle mayor importancia.

—No sé cómo aconsejarte —dijo—. Acusar al director puede ser peligroso.

—Ya tengo tantos problemas con él que no puede ser peor. Lo único que puede suceder es que me expulsen. Y si logro conseguir suficien-

tes pruebas para que Balboa me crea, no tendí que preocuparme mucho por él.

—Eso es verdad.

—Pero, si *sí* me expulsan, ¿podré ir a vivir contigo?

En vez de una respuesta, escuché el chasquido metálico que significaba que Art estaba recibiendo una llamada por otra línea.

—Debo contestar esta llamada. Llámame pronto y cuéntame cómo van las cosas.

Un instante, y ya no estaba.

Si tuviera el poder de hacerlo, hay dos cosas que desinventaría: las bombas atómicas y el aparato que interrumpe de esa manera las llamadas telefónicas.

En la mesa de la cocina había un sobre dirigido a mi nombre. La dirección del remitente era: Escuela Thomas A. Dooley, Oficina del Director. Adentro había una notificación en papel amarillo: mi audiencia ante el comité especial había sido fijada para el sábado siguiente.

Estaba tratando de decidir si hacer con ella una bolita y botarla a la basura, volverla trizas o tomarme la molestia de quemarla, cuando se abrió la puerta y que Adrian y Justin se dirigían a la cocina.

—Comienzo a ponerme nerviosa. Pronto se abre el estreno —decía Adrian, en el momento en que entraban.

—Carter, ¿qué te pasa? —dijo Justin.

—¿Por qué?

—Tienes una cara como si te acabaras de enterar de que te quedan diez minutos de vida.

No me pareció gracioso. *Nada* me hubiera parecido gracioso en ese momento. Pero sobre todo si provenía de ellos. Verlos todo el tiempo pegaditos, haciéndose continuos arrumacos, me ponía los nervios de punta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Adrian—. ¿Va mal tu caso?

—¿Cuál caso? —preguntó Justin.

Adrian lo había olvidado. Justin parecía no saberlo.

Miré fijamente a Adrian, luego a Justin. Y salí.

—Seguro tiene uno de sus momentos de mal humor —dijo Justin, abriendo el refrigerador.

Si Adrian respondió algo, no alcancé a oírlo. Me fui a mi cuarto y cerré la puerta.

El investigador privado le pisaba los talones al hampón, en la novela que estaba leyendo, cuando Adrian apareció en mi cuarto. Me dieron ganas de decirle que se largara, pero ya había estado suficientemente grosera.

—Perdona que te moleste —dijo—. Sólo quería recordarte la reunión de mañana.

—Se me olvidó decirte que no me dejan salir los fines de semana.

—Lo sé. Pero hablé con tu mamá y me dijo que te dejaría salir para esto.

Me encogí de hombros y acepté ir. Ya nada

parecía importarme. Mi audiencia ante el comité se acercaba y estaba lejos de poder demostrar mis argumentos... a menos que obtuviese una prueba contundente contra Musgrove, o descubriera que Tony era culpable y decidiera correr el riesgo de perderlo para siempre por hallarse metido en el peor lío de su vida.

Una cosa sí era segura: iba a ser difícil encontrar pistas mientras permaneciera encerrada en casa todo el fin de semana.

«Debe de ser una nota de amor de Neil», pensé cuando, por la mañana, encontré un papel pegado al manillar de la bicicleta. Me las deja todo el tiempo. A veces son de su propia inspiración y a veces las toma de poemas de Shakespeare.

Pero no se trataba de un poema de amor:

SI QUIERES PERMANECER CON VIDA
ABANDONA EL CASO. EMBAJADORES DE
LA PERDICION.

Como en la nota que le habían enviado a Adrian, las palabras habían sido recortadas de una revista.

Miré a mi alrededor; sentí que alguien me observaba. Si la amenaza era en serio, ¿cómo lo harían? ¿Se ocultaría alguien debajo de mi cama y de un instante a otro saltaría con un cuchillo en la mano? ¿O me acorralarían en la escuela, me estrangularían y me botarían en el basurero de Musgrove?

No tuve que esperar mucho para averiguarlo. Iba por una pendiente, el tipo de pendiente que acostumbro bajar a toda velocidad. Pero en ésta había una señal de que debía parar al final, y seguir bajando así hubiera significado un accidente seguro.

Apreté los frenos para disminuir la velocidad. La bicicleta aceleró. Apreté más fuerte. De nada valió: cada vez iba más rápido. Cuando me di cuenta de que los frenos no servían, ya me precipitaba como un bólido hacia el cruce de vías.

Iba demasiado rápido para intentar frenar con los pies. Así que rogué que no se me atravesara un auto allá abajo.

No pasaba ningún auto, pero había una pila de grava.

Los neumáticos chocaron contra ella, giraron hacia atrás y resbalaron por debajo de mí. Lo último que sentí mientras me deslizaba por el pavimento fueron las piedrecitas negras clavándoseme en la piel.

—Justin, Justin, Justin.

Era la única palabra que recordaba.

—¿Qué dice?

Era una voz masculina, muy cercana, pero muy suave.

—Un nombre, creo.

Otra voz, aún más cercana.

—Cariño, ¿quién es Justin?

Intenté encontrar la respuesta, pero no había nada en mi cabeza; nada, excepto un nombre. Confesé:

—No lo sé.

—¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives?

Sacudí la cabeza:

—Sinceramente no lo sé. Por favor, déjenme dormir.

Pero no. Me levantaron del suelo y me colocaron en la parte trasera de una furgoneta. Mientras me cargaban, sentía que estaba flotando. Sólo cuando se cerró la puerta de la furgoneta me percaté de lo que ocurría.

—¡Ustedes son paramédicos! —exclamé como si estuviéramos jugando a las adivinanzas.

—Así es. Ahora, agárrate bien. Llegaremos al hospital en un momento.

No recuerdo rostro alguno, sólo voces. Mis pensamientos eran como los muebles de un barco que se desliza en aguas turbulentas: se deslizaban por todas partes. Y luego desaparecieron.

De lo primero que tomé conciencia fue de mi cabeza y de cuánto deseaba deshacerme de ella. Los muebles ya no se deslizaban: los estaba destrozando a martillazos.

Me obligué a abrir un ojo para ver en dónde estaba. Error. Todo giraba como en una montaña rusa. Mi estómago nunca había podido soportarlas y tampoco esto.

¿Dónde diablos estaba el doctor, o la enfermera?

Sentí que me estaban moviendo. Alguien me empujaba desde atrás: el sentir las ruedas debajo de mí me recordaba los carritos del supermercado cuando era niña.

—¿A dónde me llevan?

No me atrevía a abrir de nuevo los ojos.

Una voz ronca, femenina, respondió:

—Vamos a examinarte la cabeza.

—Muchos tal vez opinen que ya era tiempo —dije.

Minutos después, dos tipos enormes me transportaban por una rampa hacia una máquina monstruosa. Me sentía como una de esas pizzas que había visto en Pedroni.

—Este es un escáner CAT —dijo alguien desde alguna parte—. Detecta si hay daño cerebral.

No es preciso utilizar esa máquina para saber que tengo un daño cerebral. Cualquiera que sea lo suficientemente estúpido como para dedicarse a lo que he estado haciendo últimamente, tiene que estar mal de la cabeza.

Adentro estaba oscuro y el zumbido de la máquina no ayudaba.

Cuando por fin me sacaron de allí, un enfermero me condujo en la silla de ruedas a la sala de urgencias; allí, un doctor, sacado de una telenovela, joven, con dientes blanquísimos y bien

peinado, me cosió diez puntos en la cabeza. Si no hubiese sentido tanto dolor, me habría enamorado. En cuanto a qué experimenté mientras me cosía, mejor no hablar de eso.

Mamá y Justin me esperaban. El personal del hospital había encontrado en mi billetera mi tarjeta de estudiante. La tarjeta no tiene mi dirección ni el número del teléfono; así que supongo que debieron de llamar a todos los Colborn de Filadelfia y sus alrededores, para averiguar quién había echado de menos a una niña llamada Carter.

Mamá se tapaba la cara con las manos, mirando a hurtadillas por entre los dedos, como lo hago yo cuando están a punto de asesinar a alguien en una película. Lentamente, bajó las manos:

—¡Te ves bien! Estaba segura de que te iba a encontrar toda ensangrentada.

—Pero mi pobre cabeza no se siente muy bien... Aterrillé justo allí —señalé el lugar, pero mamá no miró.

—Esto te enseñará a no conducir sin frenos —dijo Justin.

—¿Cómo sabes lo de los frenos?

—Recogí tu bicicleta. El cable de los frenos estaba suelto. Inservible.

—No entiendo cómo pudo suceder —dije, olvidando en ese momento la nota. Sólo la recordé cuando, al ponerme la bata del hospital, se me cayó del bolsillo.

Los resultados del examen eran satisfactorios: no había ninguna anormalidad.

—¿Puedo estar segura de que no me está ocultando algo? —preguntó mamá a la doctora.

—No haríamos una cosa así.

La médica era delgada y pálida, exactamente lo contrario del doctor de telenovela que me había cosido.

—Permanecerá esta noche en observación —agregó—. Es un procedimiento regular cuando hay heridas en la cabeza.

—Sólo espero estar completamente informada —dijo mamá—. ¡Se oyen tantas cosas sobre las tretas de los hospitales hoy en día...!

La doctora le lanzó una mirada que no era exactamente amable y se marchó.

—¿Se te ofrece algo? —me preguntó mamá, disponiéndose a partir.

—Merry. Por favor, dile que venga en cuanto pueda.

—¿Pero te has visto, bobita? —dijo Merry al entrar en la habitación—. ¡Nadando en la abundancia! ¿Cómo lo conseguiste?

—Mer, me alegra que hayas venido. Mira esto —le entregué la nota—. Estaba pegada al manillar de mi bicicleta. Y después sufrí el accidente. Alguien soltó el cable de los frenos.

Merry me miró fijamente durante algunos momentos; luego intentó hablar, pero no conse-

guía decir nada. Creo que estaba más conmovida por lo que me había ocurrido que yo misma.

—¿Quién podría hacerte esto? —dijo por fin—. ¿Quién podría ser tan horrible?

—No lo sé. La nota es mi única pista.

—Pero ni siquiera está escrita a mano.

—Sin embargo, tú podrías rastrearla.

—¿Cómo?

—Podrías hojear algunas revistas y seleccionar aquéllas que usen estos tipos... esta forma y estilo de letra —dije—. En seguida podrías buscar la edición en que fueron utilizadas estas palabras en los titulares. Después tendrías que averiguar quién recibe estas revistas. ¿Estarías dispuesta a hacerlo?

—Supongo que sí...

No estaba muy entusiasmada. Era comprensible: podía tomarle un año.

—Si no encuentras nada, tranquila. Pero sería fabuloso que lo intentaras.

—¡O.K.! Volveré si encuentro algo.

—Te estaré eternamente agradecida.

Sonrió como si estuviera de acuerdo, pero no lo estaba. Le angustiaba verme obligada a guardar cama.

—Son bellísimos —dije a Justin, que estaba parado en la puerta, con un ramo de claveles—. Gracias.

Entró y se inclinó para darme un beso en la mejilla.

—Neil dijo que está pensando una excusa para poder venir aquí más tarde. Parece que hay más flores en camino.

Señaló hacia la puerta, donde una chica de vistoso uniforme había estacionado su carrito.

—Espero que no crean que es mi funeral —dije.

La chica de uniforme vistoso tomó del carrito dos arreglos florales y entró en la habitación hablando sin parar:

—Parece que eres muy popular...

Paró en seco cuando me vio.

—¡Carter!

Era Linsey.

—Sólo me dan el número de la habitación. Nunca me dicen quién se encuentra en ella.

Me miró de arriba abajo, tratando de evaluar el daño:

—Escuché lo de tu accidente. Nada divertido. Te echamos de menos en la reunión de esta mañana.

Mientras hablaba, noté que junto al carrito, en el pasillo, había otras dos chicas de uniforme vistoso. Me tomó algunos segundos percatarme de que a ellas también las conocía. Era el uniforme rosa y blanco lo que me había confundido. Estas chicas solían vestir de negro.

Judy y Corey.

Justin tomó la tarjeta de uno de los arreglos:
—«Para mi adorable detective, de su fiel Watson».

—Debe ser de Neil —dijo—. ¿Quién envió aquel? —señalé el otro arreglo.

—«Para mi niña —leyó—, mi flor perenne. No podrás contigo». Es de Art.

—Si alguna vez aterrizara aquí, lo único que recibiría de mi hermano serían ortigas —dijo Linsey.

—¿Son Judy y Corey las que están ahí afuera? —pregunté.

—Infortunadamente, sí.

—No pensé que fueran el tipo de chicas que ofrecen como voluntarias.

—No lo son —Linsey estaba tan asqueada de ellas como yo lo había estado en el centro comercial—. Las pescaron robando en una tienda tres meses pasado y el juez ofreció que no las encarcelaría si prestaban algún tipo de servicio comunitario. Por eso están aquí.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Cerca de una semana. Desde que me nombraron embajadora. ¿Cuándo te dejarán salir?

—Mañana por la mañana.

—¿Tan pronto? ¿Tan rápido?

—Sólo estoy en observación. Nada malo me pasa.

Miró su reloj:

—¡Uy! Tengo que irme —se dirigió hacia

puerta—. A lo mejor te vea más tarde. A veces me quedo a repartir comidas.

Tan pronto salió ella, Justin tomó el control remoto y encendió el televisor, colocado en una repisa por encima de mi cama.

—¡Habrase visto! —dijo en el umbral Adrian, que sostenía un enorme ramo y nos observaba mientras veíamos la televisión.

—¡Hola! —dijo Justin, levantándose y haciéndola pasar.

—¿No saben que todas esas telenovelas cursivas atrofian el cerebro? —dijo.

—No pueden hacernos más daño. Después del accidente, mi cerebro está atrofiado. Y el de Justin ha estado así desde su nacimiento.

—Buena respuesta —dijo Adrian, hablando conmigo pero mirando y sonriendo a Justin.

Le pregunté acerca de la reunión de los embajadores y de la cena del club de teatro.

—Todos lamentaron que no estuvieras allí, especialmente cuando supieron por qué razón no habías podido asistir. ¿Pero crees que irás a la cena mañana por la noche? Esto —dijo ofreciéndome el ramo— es de parte de todos nosotros.

—Tal vez pueda asistir. Mañana me dan de alta.

—¡Ah, qué bueno! —dijo—. Buscaré un jarrón para las flores.

Adrian encontró un envase que podía hacer

las veces de jarrón y desplazó el arreglo de Art que se encontraba en mi mesa de noche, para hacerle un lugar a sus flores. Luego me entregó un sobrecito — como aquellos que se obtienen en las floristerías — con mi nombre impreso en él. La tarjeta decía: «¡Recupérate pronto! Cariños, Adrian».

—Gracias —dije, poniéndolo junto a las flores.

En ese momento regresó Linsey con el menú de la cena y una cantidad de revistas. Me entregó el menú.

—Indica qué deseas para la cena y toma una revista —dijo Linsey.

—No tengo hambre.

Aún me sentía muy indispuesta para comer.

—Debes comer algo —dijo Justin, revisando el menú.

Adrian se sentó en la cama, a mi lado, hojeando las revistas.

—¿Qué te parecerían huevos revueltos, tostadas y jugo de naranja?

—Tranquilo, Just. No creo que pueda comer nada.

—Al menos debes intentarlo —dijo Adrian mientras sacaba del montón la revista *Mademoiselle*—. Estuve a punto de traerte esta revista de casa. Contiene estupendos modelos de vestidos.

Justin señaló los huevos en el menú y lo devolvió a Linsey, quien nos recordó que la hora de las visitas finalizaría dentro de cinco minutos.

Adrian miró su reloj.

—De todas maneras debo irme. Tengo un asunto de vestuario.

Tomó mi mano y la estrechó. Luego estrechó la de Justin y le guiñó el ojo. Salí con Linsey. Justin se quedó un poco más.

—Supongo que Neil no logró inventar una buena excusa —dijo.

—Hablaste demasiado pronto —dijo Neil desde la puerta.

Justin se levantó para marcharse:

—Te veré mañana.

—¿Y qué le has dicho a tu madre? —preguntó a Neil mientras se sentaba a mi lado.

—La verdad. La convencí de que no podrías meterme en muchos líos mientras estuvieras aplastada en una cama.

—Gracias por las flores.

—Te traje algo más, aunque no sé si te será de mucha utilidad aquí.

Se llevó la mano al bolsillo.

—¿Unas gafas para nadar? ¿Botas de montar?

Me entregó un paquete de fotografías. Las tomas en primer plano del dibujo de la serpiente del ascensor.

—Gracias —dije—. Tienes razón. No sé qué podré hacer con ellas mientras esté aquí. Incluso cuando salga... Ahora no dejan notas manuscritas sino hechas con palabras recortadas de revistas.

—Bien —se levantó y se puso a oscilar afir-
mándose primero en un pie y después en el
otro—. Ha terminado la hora de las visitas, así
que...

¡Oh, no! Se disponía a besarme. Por favor, no.
Pero pude ver que no se detendría. Comencé a
tosar. Y entonces regresó Linsey. Le dijo que ya
era hora de que se fuera, y me dio la bandeja de
la cena. Neil sonrió, retrocedió y se fue.

—Quizá no debas comer mucho si no te sienten
bien —dijo Linsey—. No es preciso que comas
si no quieres.

Se colocó a mi lado, dispuesta a retirar la
bandeja.

—¿Estás de prisa? —pregunté—. Si debes mar-
charte, déjalo aquí. Puedo pedir a una enfermera
que la retire más tarde, cuando haya terminado.

—No, esperaré. Probablemente, no desees com-
er mucho.

Estaba en lo cierto. Los huevos parecían grum-
mos de avena amarilla. Me metí en la boca uno
de los grumos y lo engullí sin masticarlo. Se
deslizó por mi garganta y aterrizó como fango
en mi estómago. Repetí esta operación una vez
más y luego dejé caer el tenedor.

—He terminado —dije, y ya lamentaba haber
comido.

—Está bien —dijo Linsey, tomando la bandeja
y retirándola—. Mi turno termina dentro de
unos minutos; si deseas algo más, dímelo ahora.

Me quedé dormida, y si desperté, algunas
horas más tarde, fue porque una enfermera me
sacudió el brazo.

—Siento despertarla, pero siempre hacemos
esto cuando el paciente ha sufrido una lesión en
la cabeza. El doctor necesita saber si reacciona.

—Está bien —murmuré.

—¿Puedo ayudarle en algo?

Sacudí la cabeza lentamente, pues los marti-
llos habían regresado a golpear mi cerebro. Me
acomodé en la cama para leer una revista, pero
mi vista aún estaba nublada y las palabras salta-
ban desenfocadas ante mis ojos.

Dejé caer la revista al suelo, que hubiera podi-
do ser el techo en lo que a mí concernía. Sentí que
giraba como en una secadora con el calor al máxi-
mo. Pero no estaba seca; estaba calada en sudor.
Nunca me había sentido más enferma en mi vida.

A la mañana siguiente, un nuevo médico apa-
reció con noticias. Era de baja estatura, con de-
dos regordetes y un rostro plano, con aspecto
sucio alrededor de la quijada, cubierta por una
incipiente barba negra. Las noticias que traía no
eran mucho más agradables que él.

Me dijo que tenía envenenamiento por *salmo-
nella*.

—Por lo general, proviene de comida que ha
sido infectada con bacterias del género *salmon-*

lla. También puede provenir de hábitos anti-higiénicos, como comer sin lavarse las manos inmediatamente después de haber ido al baño.

Me tenía sin cuidado de dónde provenía. Sólo quería saber cuándo dejaría de sentirme como si me estuvieran asfixiando con un cobertor eléctrico.

—El mal desaparecerá aproximadamente en un día, pero usted estará débil algunos días más. Hoy debe permanecer aquí. Veremos si mañana podemos mandarla a su casa. Nos ha dado un buen susto —agregó—. Comúnmente no se presenta un caso aislado de envenenamiento por *salmonella*. Cuando se introduce en las provisiones de alimentos, por lo general se propaga en forma irrefrenable. Esperábamos que por lo menos la mitad de los pacientes amanecieran enfermos. Pero usted ha sido la única.

—¿Recibiré un premio por esto?

Mi lengua parecía papel de lija.

Sonrió y me dejó sola.

En el momento en que llegó Merry, ya por la tarde, me sentía un poco mejor. En una escala de temperaturas, había pasado del infierno a una selva tropical. Merry estaba sonriente, y su ánimo alegre me hizo sentir envidia. Deseaba compararlo.

Sin embargo, de pronto vio algo en el piso y su sonrisa se extinguió.

Hacia mucho tiempo no veía a Merry tan contrariada como en ese instante.

—¡La has encontrado! —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—¡La revista!

Se inclinó para recoger el ejemplar de *Mademoiselle*, que se había caído al suelo.

—¿Qué cosa?

La fiebre había borrado de mi mente todo recuerdo en relación con el significado de la revista.

—Las palabras. ¡Las palabras de la nota fueron sacadas de este número de *Mademoiselle*!

Todó regresó a mi mente como un boomerang.

—No, no lo sabía. Ni siquiera había pensado en ello...

Volvió a sonreír y se sentó en el borde de la cama para mostrarme cómo cada palabra de la nota encajaba dentro de un titular de *Mademoiselle*. Todavía estaba ardiendo de fiebre, pero sentí un escalofrío al ver la nota de nuevo.

—¿Ves? ¡Es perfecto! —dijo, indicando cómo la palabra «permanecer» de la nota correspondía a la que encabezaba el titular del artículo «Permanecer en forma: ejercicios matutinos».

«Vida» provenía de un artículo sobre moda: «Nueva vida para sus trajes viejos», y así sucesivamente, hasta que algo me golpeó como una bola de nieve en medio de los ojos: sabía quién era.

—Dame ese paquete, por favor —dije, señalando las fotografías que Neil había traído—. Y eso —señalé el sobre en mi mesa de noche.

Los comparé cuidadosamente, tras lo cual retiré el cobertor. Tenía las pantorillas empapadas en sudor. Me deslicé fuera de la cama hasta ponerme en pie. El suelo parecía una canoa, no sólo porque había guardado cama día y medio, sino porque mi descubrimiento me había hecho perder el equilibrio. Procuré recuperarlo y me dirigí al guardarropa.

—¿Qué haces? —preguntó Merry.

—Salir de aquí.

—No puedes hasta que...

—Ya sé quién es.

—¿Quién?

Se lo dije y, en ademán de sorpresa, se cubrió la boca con la mano.

—Y si quiero hacer algo, debo ir a la escuela ahora mismo.

—Pero aún estás enferma.

—Prefiero estar enferma unos días más y matriculada en la TAD, a sentirme perfectamente cuando me manden al internado.

Comprendió lo que quería decir:

—¿Pero cómo saldrás de aquí?

—Simplemente saldremos. ¿Quién puede distinguir entre un paciente y un visitante cuando el paciente va corrientemente vestido?

—Carter...

Pero yo ya estaba vestida:

—Por favor, vigila el pasillo.

Merry asomó la cabeza por la puerta:

—¡Oh, no! —dijo—. Enfermera a la vista. ¡Y tú vestida!

Me oculté en el baño, dejando a Merry a cargo de la situación.

—Carter, ¿qué le diré?

—¿Dónde está la paciente? —la enfermera había llegado antes de que yo pudiera responder.

—Está en el baño.

—¿Se encuentra bien?

—Oh, sí, está bien, muy bien.

Sólo cuando llamó a la puerta me percaté de que no había puesto el seguro. Mientras golpeaba, yo estaba corriendo el pestillo.

—¿Se siente bien?

Movió la manija.

—Sí, sí, me siento muy bien.

—Inicio ahora mi turno; si necesita algo, timbre.

—Muy bien. Gracias.

—La hora de visita termina dentro de cinco minutos —dijo a Merry, a manera de despedida.

Una vez a salvo dentro del ascensor, no paramos de reír como chiquitinas de cinco años hasta que se detuvo.

Las puertas del ascensor se abrieron sobre el pasillo principal, desde donde pudimos ver cla-

ramente a Tony von Thelan dormitando en la sala de espera. Esto no ayudó a que me sintiera mejor.

—¿Qué hace *él* aquí? —dijo Merry, deteniéndose a observarlo hundido en la silla.

—Probablemente espera a que Judy termine su turno.

Continué caminando.

—¿Por qué no vas y le dices algo?

—¿Qué le diría? «¿Esperas a Judy? ¡Qué bueno!» Además dentro de una hora, aproximadamente, habremos resuelto el caso. Y prefiero mil veces esto a quedarme con Tony.

—¡Mentira! —exclamó Merry.

Cuando llegamos a la escuela, Josh estaba instalando unos reflectores para que la cafetería tuviera mejor aspecto que de costumbre, y Lindsey daba los últimos toques a una pancarta de bienvenida al profesorado. Bob Earle cortaba champiñones y Adrian se encontraba en la cocina, preparando algo.

Todos se sorprendieron al verme. Como si hubiesen visto un fantasma.

Adrian fue la primera en saludarme:

—¿De verdad te encuentras bien? Todavía te ves muy pálida.

—Estoy perfectamente. Sólo que no he recibido mucho sol —respondí—. ¿En qué puedo ayudar?

—Echa una mirada y colabora en lo que quieras.

Una bolsa de papel que se encontraba al lado de Adrian se volcó y las cáscaras de zanahoria, de cebolla y de naranja que se encontraban en la parte de encima se esparcieron por el suelo. Tomé la bolsa, metí en ella los desperdicios regados e indiqué a Merry que me siguiera en dirección al vertedero.

—Esto es una vulgaridad —dijo mientras yo escarbaba en la basura—. ¿Crees realmente que haya una pista ahí?

—Créeme —dije, mientras iba botando desperdicios al vertedero—, no lo hago para encontrar la fórmula de un nuevo perfume.

—Me gustaría que me dijeras qué buscas.

—Quiero sorprenderte.

—Si me lo dices, prometo que me sorprenderé.

—Ajá, muy bien —respondí—. Me quiere —dije, botando al vertedero un envase de salsa de tomate—. No me quiere —boté una caja de espinacas congeladas—. Me quiere...

—Carter, estás chiflada —me recordó Merry.

Me encogí de hombros y continué hasta que vacié la bolsa.

La pista que buscaba no se encontraba allí.

* * *

Cuando regresamos, Musgrove se hallaba en la cocina cortando rodajas de cebolla sobre una tabla de madera.

—Estamos trabajando para usted esta noche —dijo Adrian, estirando la mano para que le diera el cuchillo.

—Cocinar no es un trabajo —dijo Musgrove—. Para mí siempre ha sido una afición. Pero —agregó, entregándole el cuchillo—, como usted mande, patrona.

—Puede salir a la cafetería y esperar que sirvan la cena. No tardará.

—Sí, señora —dijo, y se marchó.

—¿Y ahora qué, Sherlock? —dijo Merry.

No tenía ni idea, pero Adrian me dio una.

—Carter, hay una cosa que puedes hacer por mí —dijo—. Necesito sacar algo de mi bolso, pero lo he olvidado en el locker. ¿Puedes atender la cocina mientras voy a buscarlo?

Aprovechando la ausencia de Adrian, di algunas instrucciones a Merry.

—¡Increíble que me pidas hacer eso!

—Por favor. Prometo que nunca más volveré a pedirte nada.

—¡Oh, sí, *segurísimo!*

—Por favor. Te lo digo en serio.

Merry se encogió de hombros. Lo haría.

Adrian regresó con su bolso.

—¿Puedo verlo? —dijo Merry, entrando en acción—. He estado buscando uno como éste.

—Claro —dijo Adrian, entregándoselo.

Merry lo abrió:

—Sólo deseo ver los compartimientos. Parece muy espacioso.

Lo volteó para mirarlo por debajo. Todo lo que contenía cayó al suelo.

Todo. Incluso la pista que yo había estado buscando.

—¡Perdón! —exclamó Merry—. En seguida recojo.

—¡No! Yo lo haré —dijo Adrian, agachándose para recoger el contenido y ponerlo de nuevo en el bolso.

Me llevé aparte a Merry para darle nuevas instrucciones.

—Prometiste que no pedirías más favores.

—Esto es parte del *mismo* favor —dije—. Sólo habla con Musgrove. Dile qué vimos en el bolso. Dile de quién sospechamos, pero asegúrate de que sepa que tú sospechas de la misma persona, pues nunca estará de acuerdo si piensa que es sólo una idea mía.

—Está bien, pero debes venir conmigo —dijo Merry.

Fuimos en busca de Musgrove, a quien encontramos clavando un palillo en un pimiento y remojándolo en salsa de cebolla. Merry me cedió para que comenzara a hablar.

—Podemos atrapar a la persona que ha estado acosando a la señora Balboa —dije.

Musgrove me creyó tanto como yo creo en el Ratón Pérez. Se comió el pimiento.

—Puede probarlo, señor Musgrove —dijo Merry.

Ahora estaba escuchando, pues era Merry quien hablaba, no yo. No obstante, siguió escuchando cuando retomé la palabra. Le dije de quién se trataba, cómo lo sabía y cómo pensaba probarlo. Cuando terminé mi explicación, ya no me escuchaba.

—Con su imaginación, Carter —dijo—, seguramente puede proponer algo mejor —clavó otro pimiento—. Si va a estar aquí, dedíquese a colaborar; si no, márchese a su casa.

Nos alejamos; hablar con él era inútil.

—Olvídalo —dije—. Sabía que nunca me creería.

—¿Pero si estaba fingiendo? ¿Si, después de todo, estaba implicado?

—¿Crees que está implicado?

Merry no lo creía. Era difícil convencerla de que un profesor, cualquier profesor, pudiera hacer algo malo.

—¿Qué otra razón habría para no hacer caso a lo que le dijimos?

—Tú no eres precisamente la persona más confiable —dijo Merry, explicando cómo veía él las cosas—. Vamos a casa.

—¿Estás chiflada? Viste las pruebas. Balboa resultará perjudicada si no hacemos *algo*.

Estuvo de acuerdo y esperó a que yo propusiera qué haríamos.

—Por favor, ¿podrían colocar las cosas sobre la mesa? —nos pidió Adrian.

Tomé una bandeja de panecillos, y Merry dos jarras de agua. Casi todos los profesores se encontraban allí, pero tan elegantes que no parecían las mismas personas que veíamos todos los días. La señora Morris, la profesora de gimnasia, incluso se había maquillado. Balboa también. Tenía muy buen aspecto pero, a menos que yo lograra que alguien hiciera lo que Musgrove se había negado a hacer, tendría un aspecto horrible antes de terminar la cena.

Entonces vi a alguien que lo haría. O que podría hacerlo: Justin.

Le dije lo que quería de él.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—No puedo entrar en detalles ahora. Sólo hazlo, ¿quieres?

Se encogió de hombros y aceptó.

Pocos minutos después todos estaban sentados frente a su plato de sopa. Pero antes que nadie comenzara a tomarla, Musgrove se puso de pie e hizo tintinear su vaso con una cuchara.

—Debo anunciarles algo —dijo—. Una buena noticia y una mala noticia. La buena noticia es que tengo un nuevo cargo. La mala noticia es que no es en la TAD.

Se miraron unos a otros, sorprendidos.

Musgrove prosiguió:

—Acabo de comprar Pizza Pedroni. Abandonaré la escuela para convertirme en propietario y *chef*.

Eso explicaba el tiempo que pasaba en Pedroni... en la oficina de atrás, el único sitio donde no lo había buscado.

Y esto significaba que no estaba compitiendo con Balboa. Por tanto, no tenía razón alguna para perseguirla.

Cuando se apagaron los aplausos, Justin se levantó:

—Felicitaciones, señor Musgrove —me miró y yo contuve la respiración—. Sé que esta cena fue organizada en honor de los profesores, pero me gustaría invitar a Adrian a venir aquí, para agradecerle lo mucho que ha trabajado para programar la velada.

Los profesores aplaudieron y llamaron a Adrian. Con una excepción: Balboa no se veía muy contenta.

Coloqué un asiento más ante la mesa, junto al de Balboa. Después corrí el plato de sopa de Balboa.

—Traeré otro... sólo un instante —dije a Balboa, que me miraba boquiabierta.

En segundos regresé con otra sopa, y Adrian, entretanto, alternativamente palidecía y se ruborizada, tratando de rehusar la invitación:

—Gracias —dijo—, pero debo ocuparme de supervisar todo, y luego debo maquillarme.

—Sólo la entrada —insistió la señora Rogers.

—Gracias, pero de veras tengo mucho trabajo —respondió Adrian, apartando la mirada.

—Tonterías —dijo Musgrove—. Usted cuenta con un equipo competente. Ahora, por favor, acompáñenos. No le permitiremos negarse.

—Está bien —dijo Adrian, dirigiéndose lentamente hacia el asiento. Entonces, al sentarse, puso el codo en el borde del plato y derramó la sopa sobre sus zapatos.

—Seguro está nerviosa por la representación teatral —oí decir a alguien.

Pero no era eso.

Merry se inclinó sobre la sopa regada, no con un trapo para secar, sino con un vaso, que usó para recogerla.

—¿Qué haces? —dijo Adrian.

—Recoger una muestra —dije—. Deseamos enseñar a Balboa tus ingredientes secretos.

—¿De qué estás hablando?

Adrian se había puesto de color carmesí.

—De esto —dije, metiendo la mano en su bolso.

—¡Es mi bolso! —dijo.

—Lo sé. Y esto es tuyo también.

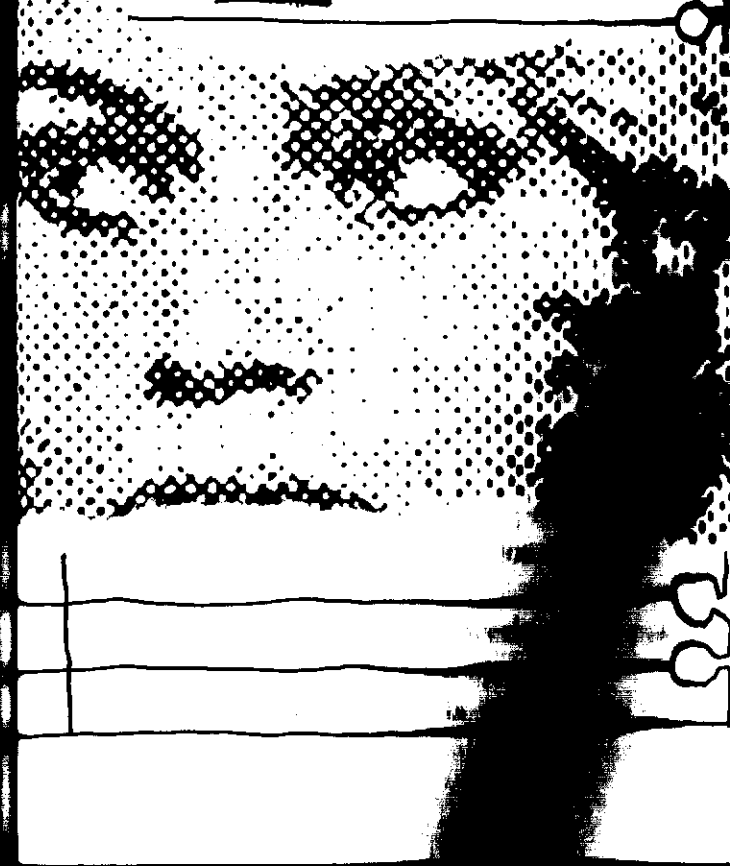
Extraje la pista que hacía un rato había visto caer del bolso. Un disco de Petri, lleno de bacterias *salmonella*.

Adrian respiraba tan fuerte que la creí al borde de un desmayo. En vez de esto, salió disparada, dejando a todos boquiabiertos y a Justin con la cabeza entre las manos.

No hubo representación aquella noche. Ni ninguna otra noche.

theory. Kö
and do
rhetoric
of ma
on, not d
the con
the proble
cies, led by

m as "in
it went
centrate
deter
mma
ecay and re
orge Bus



Hubiera debido llegar primero, pero Neil ya se encontraba allí cuando me presenté a la audiencia. Tendría lugar en el salón de conferencias situado detrás de la oficina, en el cual había estado anteriormente en dos ocasiones, o sea cada vez que mis profesores habían querido explicarle a mamá cuán decepcionados estaban de mí, al mismo tiempo que reiterarle su confianza en que podría mejorar si me aplicaba más.

—¿Estás preparada para esto?

Neil intentó emplear un tono despreocupado, pero su voz retumbaba por todos los rincones.

—Sí.

Me sentía tan culpable de hacerlo pasar por esto, que no pude mirarlo a los ojos.

La señora Balboa asomó la cabeza por la

puerta. Musgrove no quiso siquiera esperar el fin del año para dejar la escuela, y ahora era ella la directora:

—Carter, estamos listos.

Había diez personas alrededor de la mesa, tan serias como era de esperarse, teniendo en cuenta lo que se disponían a hacer. Había elegido mi traje especialmente para causarles buena impresión. De otra manera, no me hubiera puesto una falda gris plisada.

Tomé asiento en la única silla vacía, entre una mujer a quien reconocí como la madre de Wayne Davis y un hombre a quien nunca había visto. Delgado, pálido, con enormes lentes, tal como imagino a Neil cuando sea adulto.

—Carter —dijo la señora Balboa—, nos encontramos aquí para decidir si lo que usted ha hecho —husmear en los archivos de la escuela y hacer trampa en el examen de biología— justifica su expulsión de la TAD. ¿Desea decir algo antes de comenzar?

Se mostraba impávida. Sin importarle que le hubiera salvado la vida.

—Sí —dije—. En primer lugar, deseo agradecerles la oportunidad de defenderme.

Esta introducción no había sido idea mía, sino de Art. Me aconsejó que me mostrara tan humilde como me fuese posible.

—En segundo lugar —proseguí—, desearía admitir que efectivamente me introduje indebi-

damente en la oficina del director, y que eso estuvo mal.

Entonces hice otra cosa que Art había sugerido. Miré a algunos de los miembros del comité directamente a los ojos. Esto tenía el propósito de asegurarles mi sinceridad, y hacerles sentir que les confiaba mi destino.

—¿Entonces por qué lo hizo, Carter? —preguntó la señora Davis.

—Quería descubrir quién trataba de causar daño a la señora Balboa. Pensé que las calificaciones podían darme una pista —miré a la señora Balboa: continuaba impávida—. Ahora comprendo que he debido arreglármelas de otra manera.

Observé varias sonrisas. Puntos a mi favor.

—Y con respecto al examen de biología —continué, sacando de mi bolso la grabadora—, tengo algo aquí que lo explicará —la coloqué sobre la mesa—. La primera voz que escucharán es la mía. La otra es la de Linsey Curtis.

Encendí la grabadora:

«¿Por qué se encontraba aquella hoja tramposa entre mis libros?»

«Yo la coloqué allí».

«¿Por qué?»

«Porque Adrian Attridge me amenazó».

«¿Cómo te amenazó?»

«Dijo que me acusaría de algo que yo había hecho».

«¿Y qué era?»

«Dibujé la serpiente en el ascensor para que Balboa la encontrara allí cuando Josh la hubiera encerrado. Traje las pinturas de mi clase de arte. Sólo que no estaba enterada de lo que planeaba hacer Josh. Más tarde lo supe».

«¿Cómo consiguió que dibujaras la serpiente?»

«Me dijo que era un rito de iniciación de los embajadores. Debíamos gastarle algunas bromas a Balboa. No nos dijo que después serían peores, como tampoco que tendríamos que hacerle maldades a ti también».

Miré a Balboa de nuevo. Ya no se veía aburrida.

«¿Por qué contra mí?»

«Quería que te echaran de la escuela para impedir la investigación. Y cuando esto no le funcionó, intentó lastimarte».

Apagué la grabadora. Y esta vez, cuando miré a Balboa, apartó la vista. La comprendía. Es difícil admitir una equivocación.

Nadie dijo una palabra. Sólo se miraron unos a otros como si fuese la cosa más increíble que habían escuchado.

Mi estrategia estaba funcionando. En ese momento los tenía sin cuidado que yo hubiese violado las reglas. Deseaban oír acerca de los embajadores.

—Primero —dije—, si desean comprender lo

que ha estado ocurriendo aquí, deben saber algo acerca de Adrian Attridge.

Dije que Adrian era muy insegura.

—Necesitaba sentir que controlaba a la gente. Al convertirse en directora de los embajadores, empezó a utilizar a los estudiantes para que actuaran para ella. Y lo hacía de una manera aparentemente bien intencionada. Los convencía de que estaban gastando bromas inocentes a la señora Balboa como parte de los ritos de iniciación, y después convertía esas bromas en arma contra ellos, los chantajeaba para conseguir que hicieran cosas más peligrosas, cosas que asustaran a la señora Balboa para que abandonara la escuela.

Por haber observado a los abogados que aparecían en el programa de Art, sabía que la mejor manera de argumentar era hacer una pregunta y responderla en seguida.

—¿Qué tenía Adrian contra la señora Balboa? —proseguí—. El hecho de que la señora Balboa sabía que era una farsante. Adrian conseguía ganarse a los otros profesores con sonrisas y conversaciones ingeniosas, pero no podía engañar a la señora Balboa. Y Adrian no podía soportarlo. Deseaba que todos creyeran que era perfecta, pero ni siquiera estaba haciendo su propio trabajo de biología. Mi hermano prácticamente lo hizo todo. Ahora querrán saber qué clase de pruebas tengo, además de la confesión de Linsey

—dije, deseando que Art me hubiera visto. Y repasé mi lista—: Bob Earle colocó las fotografías pornográficas en el cuaderno de anotaciones de Balboa. Entonces Adrian usó esto como presión para lograr que robara las llaves del auto. Después empleó esta nueva carta que tenía contra él para conseguir que iniciara el incendio en el laboratorio, y finalmente que rompiera el eje de la rueda del auto. Adrian ejercía una influencia especialmente fuerte sobre Bob Earle, pues él estaba enamorado de ella.

—Consiguió que Josh hiciera las llamadas amenazadoras, y después se valió de esto para conseguir que manipulara el cable del proyector de modo que se produjera la descarga eléctrica; por último usó esto para conseguir que encerrara a la señora Balboa en el ascensor.

—He debido descubrir lo del ascensor hace mucho tiempo —dije—. El club de teatro tenía ensayo la noche en que fue encerrada la señora Balboa. Josh, Linsey y Adrian se encontraban en la escuela cuando ocurrió.

Esto dejaba por fuera dos incidentes que no coincidían. Uno era el del sapo en el almuerzo de Balboa, *antes* de que Adrian fuera elegida directora de los embajadores. El otro era el de la glicerina en la alacena, precisamente el día de la elección.

Había interrogado a Judy y a Corey, y ellas habían admitido lo del sapo.

—Y fue la misma Adrian quien derramó la glicerina en el suelo. Estaba furiosa con la señora Balboa, porque había rechazado las flores que ella le había ofrecido y se había burlado de ella delante de los demás alumnos.

Un hombre sentado frente a mí meneó la cabeza:

—Lo siento —dijo—, pero me parece imposible creer en esto. ¿Por qué algunos estudiantes, especialmente buenos estudiantes, habrían de hacer todo esto?

—Precisamente por ser buenos estudiantes —dije—, con calificaciones excelentes. Adrian les dio la oportunidad de «relajarse» por medio de las bromas, lo cual, en principio parecía bastante intrascendente. Después los amenazó con delatarlos a menos que hicieran algo peor, y ellos accedieron a hacerlo para no manchar su hoja de vida. Cada uno de ellos aspiraba a ingresar en una buena universidad, y Adrian sabía cuán importante era esto para ellos. Lo sabía porque también para ella lo era. Ingresar en una buena universidad era todo lo que le importaba... le importaba más que una profesora de biología —dije, mirando a Balboa.

—¿Cómo diablos averiguaste todo esto? —preguntó mi vecino de mesa.

Le dije que cuatro cosas ocurridas durante mi estancia en el hospital me habían puesto sobre la pista.

—En primer lugar, Adrian me había dicho que los embajadores habían sentido mucho mi ausencia de su reunión de la mañana del sábado... especialmente cuando se enteraron de la razón que me había impedido asistir. Pero no podían saber cuál era la razón, porque ni siquiera mi propia familia supo que había sufrido un accidente hasta el sábado *por la tarde*, horas después de terminada la reunión. Lo único que les permitía saber acerca del accidente era que ellos mismos lo habían provocado. En segundo lugar, Adrian me obsequió unas flores y una tarjeta, y después Neil trajo las fotografías ampliadas del letrero del ascensor. El nombre escrito por Adrian en el sobre y las palabras «Cuídate, Balboa», escritas en el ascensor, se asemejaban mucho y podían haber sido escritas por la misma persona. Los rasgos al final de la *a*, la *e* y la *t* en «Carter» eran casi idénticos a los del letrero en el ascensor. Y es lo más aproximado que se puede obtener cuando se compara algo escrito en un papel con algo escrito en la pared de un ascensor. Y en tercer lugar, las palabras de la nota que hallé en mi bicicleta habían sido recortadas de un número de *Mademoiselle* que Adrian dijo tener en casa. Y finalmente, yo fui la única persona del hospital afectada por la *salmonella*; alguien la había colocado en mi cena. Justin estaba enseñando a Adrian cómo cultivar bacterias; por lo tanto, sabía cómo cultivar *sal-*

monella. La trajo consigo cuando vino a visitarme, y logró que Linsey la mezclara con los huevos. Al igual que con la sopa de Balboa.

Les describí cuán nerviosa estaba Linsey cuando trajo mi cena, y cómo prácticamente me previno que no la comiera.

—Antes de intentar hacerme daño, Adrian intentó asustarme —dije—. Me enseñó una nota amenazante que había recibido. Fue muy convincente.

Busqué de nuevo en mi bolso, y extraje esta vez un tubo de líquido transparente. Hundí el dedo en él y me di unos toques en el borde de los párpados.

—Llegó bañada en lágrimas —dije, asegurándome de que todos vieran las lágrimas de glicerina en mi rostro—. Había utilizado glicerina, la misma que empleó para hacer resbalar a la señora Balboa.

—Decidió hacerme daño inmediatamente después de haberla sorprendido con Bob Earle. Pensó que había alcanzado a oír cuando lo convencía de que rompiera el eje. Me invitó a la reunión y a la cena para aplacarme —expliqué—, pero estaba segura de que no podría asistir. Cuando me visitó en el hospital y averiguó que saldría a tiempo para la cena, me dio la *salmonella*.

Eso era todo. Había terminado.

Por un momento el recinto permaneció en silencio. Después, se miraron unos a otros, ex-

presando en un murmullo lo que parecía ser asombro.

—Antes de hacer una recomendación al comité —dijo Balboa, sonriendo como si se considerara el tipo de persona que me sentiría orgullosa de haber rescatado—, deseo agradecer a Carter por su persistencia en resolver este caso.

Todavía sonriendo, me miró directamente a los ojos. Luego, infortunadamente, continuó:

—Sin embargo, les sugiero que se atengan al hecho de que violó la oficina del computador. Si un adulto fuera acusado de este cargo, podría ser sentenciado a diez años de cárcel.

Hasta aquí llegó mi estrategia.

Entonces me pidió abandonar el recinto, advirtiéndome que no debía hablar con Neil mientras esperaba.

Neil y yo nos encontramos uno frente al otro, riendo. Era ridículo.

Por fin, Balboa me hizo entrar de nuevo.

Tomé asiento, y la señora Davis se volvió hacia mí para comunicarme el veredicto:

—Carter, hemos decidido dejarte permanecer en la TAD. Sin embargo, no podrás participar en actividades extracurriculares ni ser miembro de las sociedades escolares.

En otras palabras, terminaba mi carrera como periodista.

—¿Tiene algo que decir antes de retirarse?

—preguntó Balboa.

Tenía *mucho* que decir: consideraba que Balboa hubiera podido mostrar un poco de gratitud, y que no tenía sentido castigarme cuando yo había reconocido suficientemente que había actuado mal. Pero esto sólo me hubiera traído mayores dificultades. De modo que me limité a decir:

—No castiguen a Neil. Me acompañó sólo porque yo se lo rogué. El no deseaba hacerlo.

Algunos asintieron, pero esto no significaba nada.

Ahora me tocaba el turno de desear buena suerte a Neil. Iba a hacerlo, cuando dijo:

—Tengo algo que decirte. Una confesión.

—Está bien...

—Descubrí lo que hacía Judy en casa de von Thelan —bajó los ojos—: Toma clases privadas de arte con la madre de Tony.

Yo nunca le había contado que había visto a Judy en casa de Tony. Debió ser Merry.

—Y la razón de que él se encontrara en el hospital era que estaba esperando a Peter, que necesitaba que lo enyesaran de nuevo.

Otra vez Merry.

No había nada que decir, así que lo hice: lo besé. Pero no en los labios. En la mejilla. Luego corrí hacia la calle, donde me esperaba Justin para conducirme a casa.



Justin mostraba el mismo semblante que hubiera tenido yo si me hubiesen expulsado.

—Tranquilo, Just. Todo salió bien —dije, acomodándome a su lado.

Y era cierto. Claro está, el castigo me había puesto furiosa. Pero al menos podía permanecer en la TAD. Y Tony no estaba con Judy. Al menos tenía una oportunidad.

Asintió, como si fuesen noticias conocidas, y puso el auto en marcha.

—¿Me dices qué te pasa, o me veré obligada a hacerte cosquillas para que lo confieses?

—Nada pasa.

—Sí, y yo soy la reina de Rumanía.

—Me siento como un idiota, es todo.

—¿Por lo de Adrian?

Asintió.

—No fuiste el único en volverte un poco loco por ella. No debieras tomarlo tan a pecho.

—Incluso *sabía* que me estaba utilizando... pero...

—Lo sé. Ella te gustaba y pensabas que tu relación podía convertirse en algo más serio.

Asintió:

—Soy un completo idiota.

—No eres un idiota por haber confiado en ella. ¡Ella es la idiota, por ser alguien en quien no se puede confiar!

Asintió de nuevo:

—Me pregunto qué le sucederá.

—¿Quieres decir, cuando salga del pabellón psiquiátrico?

—Se llama Unidad de Cuidados —dijo.

—En todo caso...

—Quiero decir el resto de su vida.

Me encogí de hombros.

—¿Y qué pasará con los demás?

—El que estén suspendidos el resto del año no impresionará a las universidades.

—Las impresionará... pero no favorablemente —dijo.

—¿Sabes lo que todavía me saca de quicio?

—¿Qué cosa?

—Que Musgrove le haya permitido a Donny salirse siempre con la suya.

—Donny nunca trató de extraer datos del computador —dijo Justin—. Lo que hiciste era más grave que perturbar la clase o armar bronca.

—Sí, lo sé —dije—. Pero me molesta igual.

—Mamá invitó a un poco de gente a la casa —dijo, cambiando de tema.

—¿Como a quién?

—Sólo reconocí a uno. Llegaron cuando yo salía. A quien reconocí fue al tipo de la finca raíz.

—¡Ese ordinario! —exclamé— ¿Crees que él y mamá...?

—No lo sé.

No le agradaba la idea más que a mí.

Cuando llegamos a casa, los visitantes se habían ido.

—¡Oh, qué bien! ¡Ya están aquí! —Mamá entró detrás de nosotros, fumando—. ¿Cómo estuvo todo?

—Puedo seguir en la escuela —respondí.

—Bueno —dijo—. O más bien maravilloso. O tal vez estupendo. O posiblemente sensacional. O quizá apenas bueno. Ahora, siéntense. Tengo algo que decirles.

¡Oh, no! Las mismas palabras que había empleado cuando dijo que ella y Art se iban a separar. Las mismas palabras que empleaba cuando decía algo que no deseábamos escuchar.

—Sólo porque no les he hablado antes de ello, esto no significa que no lo haya pensado mucho. Lo he hecho.

Encendió un cigarrillo y botó la cerilla en un cenicero fabricado por mí en la escuela primaria. Era mi mano moldeada en barro.

—He decidido vender la casa —dijo—. Nos mudaremos. He encontrado una casa en Haver-town.

Sonó el teléfono. Mamá se levantó a responder. Entre tanto, me preguntaba qué posibilidades habría de que esto fuera sólo una tremenda broma.

—Es para ti —agitó el auricular en dirección a mí.

No podía soportar mirarla en este momento, así que entré en la cocina para hablar allí.

—¡Aló!

—Trabajos forzados de por vida.

Era Neil.

—¿Qué dices?

—Me sentenciaron a trabajos forzados de por vida.

—Muy gracioso.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Déjame decirlo de esta manera: hubiera resultado igual si me hubieran expulsado.

—¿Cómo?

—Nos mudamos.

—*Que ¿qué?*

—No puedo hablar ahora. Debo averiguar si es verdad. Te llamaré más tarde.

—De acuerdo... Carter...

—Sí...

—Me perdonaron con una advertencia... no debo meterme contigo.

Colgué y llamé a Art.

—Lo que me mata —dije— es que he debido suponerlo. Resuelvo este enorme e increíble misterio en la escuela y, mientras tanto, no tengo ni idea de lo que pasa en mi propia casa.

—¿Cuáles eran las pistas?

—Ese tipo figoneando en una de las fiestas de mamá, un agente de finca raíz. Luego comenzó a venir y a hacer sugerencias para la decoración de la casa. Justin y yo creímos que era el nuevo novio de mamá. Pero cuando salía con él, estaba buscando una casa nueva. Y cuando se encontraban aquí, estaban decorando la casa para la venta. Al menos debí haberlo *sospechado*.

—Por otra parte —proseguí—, mamá ha estado lamentándose de la dificultad de cuidar la casa y diciendo cuánto odia a la gente del pueblo... aun cuando los invita a todos a sus estúpidas fiestas...

—Tómalo con calma, Carter... Tal vez tu madre haya hecho mal en ocultártelo, pero escucha...

Fue entonces cuando me invitó a California a pasar el verano.

Y lo que sucedió después es otra historia.